





THEATRO HESPAÑOL

POR DON VICENTE GARCIA
DE LA HUERTA.

PARTE PRIMERA.

COMEDIAS HEROICAS.

TOMO I.

CON LICENCIA EN MADRID
EN LA IMPRENTA REAL
[illegible]

THEATRO HESPAÑOL

POR DON VICENTE GARCIA
DE LA HUERTA.

PARTE TERCERA.

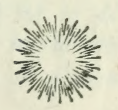
COMEDIAS HEROYCAS.

TOMO II.

CON LICENCIA EN MADRID
EN LA IMPRENTA REAL
MDCCLXXXV.

COMEDIAS

CONTENIDAS EN ESTE TOMO II.



EL DESDEN CON EL DESDEN,

COMEDIA

DE DON AGUSTIN MORETO.

Pués el Principe ha de ser,
quien dé á mi prima la mano;
y quien á mi me la dé
el que vencer ha sabido
el Desdén con el desden. Jorn. III.

ARGUMENTO.

Carlos, Conde de Urgél, el Principe de Bearne y el Conde de Fox pretenden á Diana, hija del Conde de Barcelona, quien por vanidad, ó por naturaleza aborrecia á los hombres.

Los pretendientes se esmeran en todo genero de obsequios sin ningun logro; pero Carlos aconsejado de Polilla su criado finge ser del mismo dictamen que Diana, y por consiguiente que no puede querer, ni ahun apetece ser querido; cuya extraña opinion empeña á la Dama, en obligarle á amar. Carlos, haciendose suma violencia, y constantemente ayudado de Polilla, introducido con Diana, sostiene tan bien su desden, que rinde á su amor á Diana.



PERSONAS.

CARLOS, *Conde de Urgél.*

EL PRINCIPE DE BEARNE.

DON GASTON, *Conde de Fox.*

DIANA.

EL CONDE DE BARCELONA, *su padre.*

LAURA, *criada.*

CINTIA, *criada.*

POLILLA, *criado.*

MUSICOS.



EL DESDEN CON EL DESDEN.

JORNADA PRIMERA.

Salen Carlos y Polilla.

CARLOS.

Yo he de perder el sentido
con tan extraña mujer.

POLILLA.

Dame tu pena á entender,
señor , por recien venido.
Quando te hallo en Barcelona
lleno de aplauso y honor,
donde tu heroyco valor

todo su pueblo pregona:
quando sobra á tus victorias,
ser Carlos Conde de Urgél,
y en el mundo no hay papel,
donde se escriban tus glorias:
¡qué causa ha podido haber,
de que estés tan mal guisado;
que por mas que la he pensado,
no la puedo comprehender!

CARLOS.

Polilla, mi desazon
tiene mas naturaleza.
Este pesar no es tristeza,
sino desesperacion.

POLILLA.

¡Desesperacion, señor!
Que te enfrenes, te aconsejo;
que tiras algo á vermejo.

CARLOS.

No burles de mi dolor.

POLILLA.

¡Yo burlar! Esto es templarte.
Mas tu desesperacion,
¿qué tanta es á esta sazon?

CARLOS.

La mayor.

POLILLA.

Cosa de ahorcarte;
que si no, poco te ahoga.

CARLOS.

No te burles; que me enfado.

POLILLA.

¿Pues si estás desesperado,
hago mal, en darte soga?

CARLOS.

Si dexáras tu locura,
mi mal te comunicára,
porque la agudeza rara
de tu ingenio me asegura,
como otras veces me has dado,
con que alivie mi cuidado,
que algun medio discurriera.

POLILLA.

Pues, señor, polilla fuera.
Desembucha tu pasion,
y no tenga tu cuidado,
teniendola en el criado,
polilla en el corazon.

CARLOS.

Ya sabes, que á Barcelona,
del ocio de mis Estados
me traxeron los cuidados
de la fama, que pregona

de Diana la hermosura,
de esta corona heredera,
en quien la dicha que espera,
tanto Principe procura,
compitiendo en su deseo
gala, brío y discrecion.

POLILLA.

Ya sé, que sin pretension
viniste á este galantéo,
por lucir la bizarria
de tus heroicos blasones,
y que en todas las acciones
siempre te has llevado el dia.

CARLOS.

Pues oye mi sentimiento.

POLILLA.

Ello, ¿estás enamorado?

CARLOS.

Sí estoy.

POLILLA.

Gran susto me has dado.

CARLOS.

Pues escucha.

POLILLA.

Vá de cuento.

CARLOS.

Ya sabes, como en Urgél
tube antes de mi partida

del amor del de Bearne,
y el de Fox larga noticia.
De Diana pretendientes,
dieron con sus bizarrías
voz á la fama, y asombro
á todas estas Provincias.
El ver de amor tan rendidos,
como la fama publica,
dos Principes tan bizarros,
que ahun los alaba la envidia,
me llevó á ver, si esto en ellos
era por galantería,
gusto, opinion ó violencia
de su hermosura divina.
Entré pues en Barcelona;
vila en su palacio un dia,
sin susto del corazon
ni admiracion de la vista:
una hermosura modesta,
con muchas señas de tibia,
mas sin defecto comun,
ni perfeccion peregrina,
de aquellas, en quien el juicio,
quando las vemos queridas,
por la admiracion apela
al no sé qué de la dicha.
La ocasion, de verme entre ellos,
quando al valor desafian

en públicas competencias,
con que el favor solicitan,
ya que no pudo á mi amor,
empeñó mi bizarría
ya en fiestas y ya en tornéos,
y otras empresas debidas
al culto de una deidad,
á cuya soberanía,
sin el empeño de amor
la obligacion sacrifica.
Tube en todas tal fortuna,
que dexando deslucidas
sus acciones, salí siempre
coronado con las mias.
Y el vulgo con el suceso
la corona merecida
con la suerte dió á mi frente
por merito, siendo dicha;
que qualquiera de los dos,
que en ella me competia,
lo mereció mas que yo;
pero, para conseguirla,
tube yo, el faltarme amor,
y no tener la codicia,
con que ellos la deseaban:
y asi por fuerza fue mia;
que en los casos de la suerte,
por tema de su malicia,

se ván siempre las venturas,
á quien no las solicita.
Siendo pues mis alabanzas
de todos tan repetidas,
solo en Diana hallé siempre
una entereza, tan hija
de su esquiva condicion,
que siendo mis bizarrías
dedicadas á su aplauso,
nunca me dexó noticia,
ya que no de favorable,
siquiera de agradecida;
y esto con tanta esquivéz,
que en todos dexó la misma
admiracion, que en mis ojos;
pues la extraña demasía
de su entereza, pasaba
del decoro la medida,
y excediendo de recato,
tocaba ya en grosería;
que á las damas de tal nombre
puso el respeto dos lineas,
una, es la desatencion;
y otra el favor; mas la avisa,
que ponga entre ella la planta
tan ajustada y medida,
que en uno ni en otro toque;
porque, si de agradecida

adelanta mucho el pie,
la raya del favor pisa,
y es ligereza; y si entera
mucho la planta retira,
por no tocar el favor,
pisa en la descortesía.
Este error hallé en Diana,
que empeñó mi bizarría
á moverla por lo menos
á atencion, si no á caricia;
y este deseo en las fiestas
me obligaba, á repetirlas,
y á buscar nuevos empeños
al valor y á la osadía.
Mas nunca pude sacar
de su condicion esquiva
mas, que mas causa á la quexa
y mas culpa á la malicia.
De esto nació el inquirir,
si ella conmigo tenia
alguna aversion ó quexa
mal fundada ó presumida;
y averigüé, que Diana
del discurso las primicias
con las luces de su ingenio
las dió á la filosofia.
De este estudio y la leccion
de las fabulas antiguas

resultó un comun desprecio
de los hombres unas iras
contra el orden natural
del amor, con quien fabrica
el mundo á su duracion
alcazares, en que viva;
tan estable en su opinion,
que dá con sentencia fixa
el querer bien por pasion
de las mujeres indigna:
tanto, que siendo heredera
de esta Corona, y precisa
la obligacion de casarse,
la renuncia y desestima,
por no ver, que haya quien triunfe
de su condicion altiva.
A su quarto hace la selva
de Diana, y son las Ninfas
sus damas; y en este estudio
las emplea todo el dia.
Solo adornan sus paredes
de las Ninfas fugitivas
pinturas, que persuaden
al desden. Alli se mira
á Daphne, huyendo de Apolo,
á Anaxarte convertida
en piedra, por no querer,
á Aretusa en fuentecilla,

que al tierno llanto de Alfeo
paga en lagrimas esquivas.
Y viendo el Conde su padre,
que en este error se confirma
cada dia con mas fuerza,
que la razon no la obliga,
que su ruego no la ablanda,
y con tal furia se irrita,
en hablandola de amor,
que teme, que la encamina
á un furor desesperado,
que el medio mas blando elija,
le aconseja su prudencia,
y á los Principes convida,
para que, haciendo en su aplauso
fiestas y galanterías,
sin la persuasion ni el ruego
la naturaleza misma
sea, quien lidie con ella;
por si, teniendo á la vista
aplausos y rendimientos,
ansias, lisonjas, caricias,
su propio interés la vence,
ó la obligacion la inclina;
que á quien la razon no labra,
endurece la porfia
del persuadir; y no hay cosa,
como dexar, á quien lidia

con su misma sinrazon;
pues si ella misma le guia
al error, en dando en él,
es fuerza, quedar vencida.
Y asi no hay, con el que á obscuras
por un mal paso camina,
para que vea su engaño,
mejor luz, que la caída.
Habiendo ya averiguado,
que esto en su opinion esquiva
era desprecio comun,
y no repugnancia mia,
claro está, que yo debiera
sosegarme en mi porfia,
y considerando bien
opinion tan exquisita,
primero que á sentimiento,
pudiera moverme á risa.
Pues, para que se conozca
la vileza mas indigna
de nuestra naturaleza,
aquella hermosura misma,
que yo antes libre miraba
con tantas partes de tibia,
quando la ví desdeñosa
por lo imposible á la vista,
la que miraba comun,
me pareció peregrina.

¡Oh baxeza del deseo;
que, ahunque sea á la codicia
de mas precio, lo que alcanza,
que no lo que se retira,
solo por la privacion
de mas valor lo imagina,
y da el precio á lo dificil,
que su mismo sér le quita.
Cada vez que la miraba,
mas bella me parecia;
é iba creciendo en mi pecho,
este fuego tan aprisa,
que absorto de ver la llama,
á ver la causa, volvia,
y hallaba, que aquella nieve
de su desden muda y tibia
producia en mí este incendio.
¡Qué exemplo para el que olbida!
Seguro piensa que está,
el que en la ceniza fria
tiene ya su amor difunto.
¡Qué engañado lo imagina!
¡Si amor se enciende de nieve,
quién se fia en la ceniza!
Corrido yo de mis ansias,
preguntaba á mis fatigas:
traydor corazon, qué es esto!
qué es esto, aleves caricias!

¡La que neutral no os agrada,
os parece bien esquiva!
¡La que vista no os suspende,
quando es ingrata, os admira!
¡Que le añade á la hermosura
el rigor! ¡Que la ilumina!
¡Con el desden es hermosa,
la que sin desden fue tibia!
¡El desprecio no es injuria!
¡La que desprecia, no irrita!
¡Pues, la que no pudo afable,
por qué os arrastra enemiga!
La crueldad á la hermosura,
el sér de deydad le quita:
¡pues qué para mí la ensalza,
lo que para sí la humilla!
Lo inhumano se aborrece:
¿pues á mí cómo me obliga!
¡Qué es esto, amor! ¡Es acaso,
hermosa la tiranía!
No es posible, no; esto es falso.
No es esto amor, ni hay, quien diga,
que arrastrar pudo inhumana,
lo que no movió divina.
¡Pues qué es esto! ¿Esto no es fuego?
Sí; que mi ardor lo acredita:
no; que el hielo no le causa:
sí; que el pecho lo publíca.

No puede ser; no es posible.
No; que á la razon implica.
¿Pues qué será? Esto es deseo,
que me dá mi muerte misma.
Yo mi mal querer no puedo.
¿Pues qué será? Una codicia
de aquello, que se me aparta.
No, porque no lo querria
el corazon. ¿Esto es tema?
¿No? ¿Pues, alma, qué imaginas?
Baxeza es del pensamiento.
No es sino soberanía
de nuestra naturaleza,
cuya condicion altiva
todo lo quiere rendir,
como superior se mira.
Y habiendo visto, que hay pecho,
que á su halago no se rinda,
el dolor de este desden
la abrasa y la martiriza,
y produce un sentimiento:
con que á desear, se obliga,
vencer aquel imposible,
y ardiendo en esta fatiga,
como hay parte de deseo,
y este deseo lastíma,
parece efecto de amor,
porque apetece y aspira;

y no es sino un sentimiento,
equivocado en caricia.
Esto la razon discurre;
mas la voluntad indigna
toda la razon me arrastra,
y todo el valor me quita.
Sea amor ó sentimiento,
nieve, ardor, llama ó ceniza,
yo me abraso, yo me rindo
á esta furia vengativa
de amor contra la quietud
de mi libertad tranquila;
y sin esperanza alguna
de sosiego en mis fatigas
yo padezco en mi silencio,
yo mismo soy de las iras
de mi dolor alimento:
mi pena se hace á sí misma;
porque mas que mi deseo,
es rayo, que me fulmina
ahunque es tan digna la causa,
el ser la razon indigna;
pues mi ciega voluntad
se lleva y se precipita
del rigor, de la crueldad,
del desden y tiranía:
y muero, mas que de amor,
de ver, que á tanta desdicha,

quien no pudo como hermosa,
me arrastrase como esquiva.

POLILLA.

Atento, señor, he estado,
y el suceso no me admira;
porque esto, señor, es cosa
que sucede cada dia.
Mira: siendo yo muchacho,
habia en mi casa vendimia,
y por el suelo las uvas,
nunca me daban codicia.
Pasó este tiempo; y despues
colgaron en la cocina
las uvas para el invierno:
y yo, viendolas arriba,
rabiaba, por comer de ellas;
tanto, que trepando un dia,
por alcanzarlas, caí,
y me quebré las costillas.
Este es el caso, el por el.

CARLOS.

No, el ser natural, me alivia,
si es injusto el natural.

POLILLA.

Dime, señor: ¿ella mira
con mas cariño á otro?

CARLOS.

No.

POLILLA.

¿Y estos no la solicitan?

CARLOS.

Todos vencerla pretenden.

POLILLA.

Pues que cae mas aprisa,
apostaré.

CARLOS

¿Por qué causa?

POLILLA.

Solo porque es tan esquiva.

CARLOS.

¿Cómo ha de ser?

POLILLA.

Verbi gracia.
¿Viste una breva en la cima
de una higuera, y los muchachos,
que en alcanzarla porfian,
piedras la tiran á pares;
y, ahunque á algunas se resista,
al cabo de aporreada
con las piedras que la tiran,
viene á caer mas madura?
Pues lo mismo aqui imagina.
Ella está tiesa y muy alta;
tú tus pedradas la tiras,
los otros tiran las suyas.
Luego, por mas que resista,

ha de venir á caer
de uno y otro á la porfia
mas madura, que una breva;
mas cuidado á la caída;
que el cojerla es, lo que importa;
que ella caerá, como hay viñas.

CARLOS.

El Conde su padre viene.

POLILLA.

Acompañado se mira
del de Fox y el de Bearne.

CARLOS.

Ninguno tiene noticia
del incendio de mi pecho;
porque mi silencio abriga
el aspid de mi dolor.

POLILLA.

Esta es mayor valentía:
callar tu pasion, es mucho,
vive Dios. ¿Por qué imaginas,
que llaman ciego, á quien ama?

CARLOS.

Porque sus yerros no mira.

POLILLA.

No tal.

CARLOS.

¿Pues por qué está ciego?

POLILLA.

Porque el que ama, al ciego imita.

CARLOS.

¿En qué?

POLILLA.

En cantar la pasion
por calles y por esquinas.

Sale el Conde de Barcelona, el Príncipe de Bearne y D. Gaston, Conde de Fox.

CONDE.

Principes, vuestro justo sentimiento,
mirado bien, no es vuestro, sino mio.
Ningun remedio intento,
que no le venza el ciego desvarío
de Diana, en que hallo
cada vez menos medio de emendallo.
Ni del poder de padre á usar me atrevo,
ni del de la razon, porque se irrita
tanto, quando de amor hablarla pruebo,
que á mas daño el furor la precipita.
Ella en fin, por no amar ni sujetarse,
quiere morir, primero que casarse.

D. GASTON.

Esta, señor, es opinion aguda
de su discurso, á sus estudios dado,
que el tiempo solo, ó la razon la muda,
y sin razon estás desesperado.

CONDE.

Conde de Fox, ahunque verdad es esa,
no me atrevo, á empeñaros en la empresa,
de que asistais en vano á su hermosura,
faltando en vuestro estado á su asistencia.

BEARNE.

Señor, con tu licencia.
El que es capricho injusto, nunca dura;
y, ahunque, el vencerle, es dificultoso,
yo estoy, perdiendo tiempo, mas ayroso,
ya que á este intento de Bearne vine,
que dexando la empresa mi constancia;
porque es mayor desayre, que imagine
nadie, que la dexé por inconstancia;
ni eso credito es de su hermosura,
ni del honesto amor, que la procura.

D. CARLOS.

El Príncipe, señor, ha respondido,
como galan, bizarro y caballero;
que, ahun en mí, que he venido
sin ese empeño, solo aventurero,
á festejar, no haciendo competencia,
dexar de proseguir, fuera indecencia.

CONDE.

Principes, lo que siento es, empeñaros
en porfiar, quando halla la porfia
de mayor resistencia indicios claros.
Si la gala, el valor, la bizarría

no la mueve ni inclina, ¿con qué intento
vencer imaginais su entendimiento?

POLILLA.

Señor, un necio á veces halla un medio,
que aprueba la razon. Si dais licencia,
yo me atreveré, á daros un remedio;
con que, ahunque ésta aborrezca su presencia,
se le vayan los ojos hechos fuentes,
tras qualquiera galan de los presentes.

CONDE.

¿Pues qué medio imaginas?

POLILLA.

Como mio.
Hacer justas, torneos á una ingrata,
es poner ollas, á quien tiene hastío.
El medio es, que rendirla no dilata,
poner en una Torre á la Princesa,
sin comer quatro dias ni ver mesa,
y luego han de pasar estos galanes
delante de ella, convidando á escote,
el uno con dos pollas y dos panes,
el otro con un plato de gigote,
y á mí me lleve el diablo, si los viere,
si tras ellos corriendo no saliere.

CARLOS.

Calla, loco, bufon.

POLILLA.

¡Esto es locura!
Executese el medio, y á la prueba.
Sitien luego por hambre su hermosura,
y verán, si los ojos no la lleva,
quien sacáre un vestido de camino,
guarnecido de lonjas de tocino.

BEARNE.

Señor, sola una cosa por mí pido,
que Don Gaston tambien ha de querella.
Nunca hablar á Diana hemos podido.
Danos licencia tú de hablar con ella;
que el trato y la razon puede mudarla.

CONDE.

Ahunque la ha de negar, he de intentarla.
Pensad vosotros medios y ocasiones
de mover su entereza; que á escucharos,
yo la sabré obligar con mis razones;
que es quanto puedo hacer, para ayudaros
á la empresa tan justa y deseada,
de ver mi succesion asegurada. *Vase.*

BEARNE.

Condes, credito es de la nobleza.
de nuestra heroyca sangre, la porfia
de rendir el desden de su belleza.
Juntos la hemos de hablar.

CARLOS.

Yo compañia,

al empeño os haré, mas no al deseo;
porque yo sin amor sigo este empleo.

D. GASTON.

Pues ya que vos no estais enamorado,
¿qué medio seguirémos de obligalla;
que esto lo vé mejor el descuidado?

CARLOS.

Yo un medio sé, que mi silencio calla;
porque otro empeño es, que al proponerle,
qualquiera de los dos ha de quererle.

BEARNE.

Decís bien.

D. GASTON.

Pues, Bearne, vamos luego,
á imaginar festejos y finezas.

BEARNE.

A introducir en su desden el fuego.

D. GASTON.

Rindanse á nuestro incendio sus tibiezas.

CARLOS.

Yo á eso asistiré.

BEARNE.

Pues á esta gloria.

CARLOS.

Y de aquel mas felíz sea la victoria. *vase.*

POLILLA.

¡Pues qué es esto, señor! ¿Por qué has negado
tu amor?

CARLOS.

He de seguir otro camino
de vencer un desden tan desusado.
Vén, y yo te diré, lo que imagino;
que tú me has de ayudar.

POLILLA.

Eso no hay duda.

CARLOS.

Allá has de entrar.

POLILLA.

Seré Simon y ayuda.

CARLOS.

¿Sabráste introducir?

POLILLA.

Y hacer pesquisas.
¿Yo Polilla no soy? ¡Eso previenes!
Me sabré introducir en sus camisas.

CARLOS.

Pues ya á mi amor le doy los parabienes.

POLILLA.

Vamos; que si eso importa á las marañas
yo sabré apolillarla las entrañas.

Vanse, y salen los Musicos, Diana, Cintia, Laura y damas.

MUSICA.

Huyendo la hermosa Daphne,
burla de Apolo la fé,
sin duda la sigue un rayo,

pues la defiende un Laurél

DIANA.

¡Qué bien que suena en mi oído
aquel honesto desden!
¡Qué hay mujer, que quiera bien!
¡Qué haya pecho agradecido!

CINTIA.

¡Que por error, su agudeza *ap.*
quiera el amor condenar!
¡Y, si lo es, quiera emendar
lo que erró naturaleza!

DIANA.

Ese Romance cantad.
Proseguid; que, el que le hizo,
bien conoció el falso hechizo
de esa tirana deidad.

MUSICA.

Poca ó ninguna distancia
hay de amar á agradecer.
No agradezca, la que quiere
la vitoria del desden.

DIANA.

¡Qué bien dice! Amor es niño,
y no hay agradecimiento;
que, al primer paso, ahunque lento,
no tropiece en su cariño.
Agradecer, es pagar
con un decente favor;

luego, quien paga el amor,
ya estima el verle adorar.
Pues, si estima agradecida,
ser amada una mujer,
¿qué falta, para querer,
á quien quiere ser querida?

CINTIA.

El agradecer, Diana,
es deuda noble y cortés.
La que agradecida es,
no se infiere, que es liviana.
Que agradece la razon
siempre en nosotras, se infiere.
La voluntad es quien quiere.
Distintas las causas son.
Luego, si hay diversidad
en la causa y el intento,
bien puede el entendimiento
obrar sin la voluntad.

DIANA.

Que haber puede estimacion
sin amor, es la verdad:
porque amor es voluntad,
y agradecer es razon.
No digo, que ha de querer
por fuerza la que agradece;
pero, Cintia, me parece,
que está cerca, de caer.

Y quien de esto se asegura,
no teme, ó no vé el engaño;
porque no recela el daño,
quien al riego se aventura.

CINTIA.

El ser desagradecida,
es delito descortés.

DIANA.

Pero el agradecer, es
peligro de la caída.

CINTIA.

Yo el delito no permito.

DIANA.

Ni yo un riesgo tan extraño.

CINTIA.

¿Pues, por excusar un daño,
es bien, hacer un delito?

DIANA.

Sí: siendo tan contingente
el riesgo.

CINTIA.

¿Pues no es menor,
si es contingente este error,
que ese delito presente?

DIANA.

No; que es mas culpa, el amar,
que falta el no agradecer.

CINTIA

¿No es mejor, si puede ser,

el no que querer y estimar?

DIANA.

No; porque, á querer, se ha de ir.

CINTIA.

¿Pues no puede alli parar?

DIANA.

Quien no resiste á empezar,
no resiste á proseguir.

CINTIA.

¿Pues el ser agradecida,
no es mejor, si esto es ganancia,
y gastar esa constancia,
en resistir la caída?

DIANA.

No; que eso es introducirle
al amor, y al desecharle,
no basta, para arrojarle,
lo que puede resistirle.

CINTIA.

Pues, quando esto haya de ser,
mas que á la atencion faltar,
me quiero yo aventurar
al peligro de querer.

DIANA.

¡Qué es querer! ¡Tú hablas asi,
ó atrevida ó sin cuidado!
Sin duda te has olbidado,
que estás delante de mí.

¡Querer se ha de imaginar!
¡En mi presencia querer!
Mas esto no puede ser.
Laura, volved á cantar.

MUSICA.

No se fie en las caricias
de amor, quien niño le vé;
que con presencia de niño,
tiene decretos de Rey.

Sale Polilla de Medico.

POLILLA.

Plegue al cielo, que dé fuego
mi entrada.

DIANA.

¿Quién entra aqui?

POLILLA.

Ego.

DIANA.

¿Quién?

POLILLA.

Mihi, vel mi.
Scholasticus sum ego,
pauper & inamoratus.

DIANA.

¡Vos enamorado estais!
¡Pues cómo aqui entrar osais!

POLILLA.

No, señora: *escarmentatus.*

DIANA.

¿Qué os escarmentó?

POLILLA.

Amor ruin;
y escarmentado en su error,
me he hecho Medico de amor,
por ir de ruin á rocín.

DIANA.

¿De dónde sois?

POLILLA.

De un lugar?

DIANA.

Fuerza es.

POLILLA.

Pues no he dicho poco;
que en Latin lugar es *loco*.

DIANA.

Ya os entiendo.

POLILLA.

Pues andar.

CINTIA.

¿Y á qué entrais?

POLILLA.

La fama oí
de vos, con admiracion
de tan rara condicion.

DIANA.

¿Dónde supisteis de mí?

POLILLA.

En Acapulco.

DIANA.

¿Dónde es?

POLILLA.

Media legua de Tortosa:
y mi codicia envidiosa,
de saber curar despues
del mal de amor, sarna insana,
me traxo á veros, por Dios,
por solo aprender de vos.
Partime luego á la Habana,
por venir á Barcelona,
y tomé postas allí.

DIANA.

¡Postas en la Habana!

POLILLA.

Sí;
y me apeé en Tarragona,
de donde vengo hasta aqui,
como hace fuerte el verano,
á pie, á pediros la mano.

DIANA.

¿Y qué os parece de mí?

POLILLA.

Esto es fuerza, que me aturda.
No tiene amor mejor flecha,
que vuestra mano derecha,

sino es que saqueis la zurda.

DIANA.

Buen humor teneis.

POLILLA.

Ah, sí:
?gusta mi conversacion?

DIANA.

Sí.

POLILLA.

Pues con una racion
os podeis hartar de mí.

DIANA.

Yo os la doy.

POLILLA.

Beso::: ¡Qué error!
¡Beso dixe! Ya no beso.

DIANA.

¿Pues por qué?

POLILLA.

El beso es el queso
de los ratones de amor.

DIANA.

Yo os admito.

POLILLA.

Dios delante;
mas sea con plaza de honor.

DIANA.

¿No sois Medico?

POLILLA.

Hablador;
y asi seré Platicante.

DIANA.

¿Y del mal de amor, que mata,
cómo curais?

POLILLA.

Al que es franco,
curo con ungüento blanco.

DIANA.

¿Y sana?

POLILLA.

Sí; porque es plata.

DIANA.

¿Estais mal con él?

POLILLA.

Su nombre
me mata. Llamó al amor
Averroes hernia, un humor,
que hila las tripas á un hombre.
Amor, señora, es congoja,
traycion, tiranía villana:
y solo el tiempo le sana,
suplicaciones y aloja.
Amor es quita razon,
quita sueño, quita bien,
quita pelillos tambien,
que hará calvo á un motilón;

y las que obligan á amar,
todas se acaban en quita;
Francisquita, Mariquita,
por ser todas al quitar.

DIANA.

Lo que yo habia menester
para mi divertimiento,
tengo con vos.

POLILLA.

Con ese intento,
vine yo desde Añovér.

DIANA.

¡Añovér!

POLILLA.

El me crió;
que en este Lugar extraño,
se vén melones cada año;
y asi Añovér se llamó.

DIANA.

¿Cómo os llamais?

POLILLA.

Caniquí.

DIANA.

Caniquí, á vuestra venida
estoy muy agradecida.

POLILLA.

Para las Dianas nací.
Ya yo tengo introduccion. *Ap.*

Asi en el mundo sucede.
Lo que un Principe no puede,
yo he logrado por bufón.
Si ahora no llega á rendirla
Carlos, sin maña se viene,
pues ya introducida tiene
en su pecho la polilla.

LAURA.

Con los Principes tu padre
viene, señora, acá dentro.

DIANA.

¡Con los Principes, qué dices!
¡Qué intema mi padre, cielos!
Si es, repetir la porfia,
de que me case, primero
rendiré el cuello á un cuchillo.

CINTIA.

¡Hay tal aborrecimiento
de los hombres! ¡Es posible,
Laura, que el brio, el haliento
del de Urgél no la arrebate!

LAURA.

Que es hermafrodita, pienso.

CINTIA.

A mí me lleva los ojos.

LAURA.

Y á mí el Caniquí en secreto
me ha llevado las narices;

que me agrada para lienzo.

Sale el Conde con los tres Principes.

CONDE.

Principes, entrad conmigo.

CARLOS.

Sin alma á sus ojos vengo. *ap.*
No sé, si tendré valor,
para fingir lo que intento.
Siempre la halio mas hermosa.

DIANA.

¡Cielos, qué puede ser esto! *ap.*

CONDE.

¿Hija, Diana?

DIANA.

¿Señor?

CONDE.

Yo, que á tu decoro atiendo
y á la deuda, en que me ponen
los Condes con sus festejos,
habiendo de ellos sabido,
que del retiro que has hecho
de su vista, están quexosos:::

DIANA.

Señor, que me dés te ruego
licencia, antes que prosigas,
ni tu palabra haga empeño
de cosa, que te esté mal,

de prevenirte mi intento.
Lo primero es, que contigo
ni voluntad tener puedo,
ni la tengo ; porque solo
mi albedrío es tu precepto.
Lo segundo es, que el casarme,
señor, ha de ser lo mesmo,
que dar la garganta á un lazo,
y el corazon á un veneno.
Casarme y morir es uno;
mas tu obediencia es primero,
que mi vida. Esto asentado,
venga ahora tu decreto.

CONDE.

Hija, mal has presumido;
que yo casarte no intento,
sino dar satisfaccion
á los Principes, que han hecho
tantos festejos por tí.
Y el mayor de todos ellos,
es pedirte por esposa,
siendo tan digno su haliento,
ya que no de tus favores,
de mis agradecimientos.
Y, no habiendo de otorgarlo,
debe atender mi respeto,
á que ninguno se vaya
sospechando, que es desprecio,

sino aversion, que tu gusto
tiene con el casamiento.
Y tambien, que esta no es
resistencia á mi precepto,
quando yo no te lo mando,
porque el amor que te tengo,
me obliga á seguir tu gusto.
Y pues tú, en seguir tu intento,
ni á mí me desobedeces,
ni los desprecias á ellos,
dales la razon, que tiene
para esta opinion tu pecho;
que esto importa á tu decoro,
y acredita mi respeto. *vase.*

DIANA.

Si eso pretendeis no mas,
oíd; que darosla quiero.

D. GASTON.

Solo á ese intento venimos.

CONDE.

Y no extrañeis el deseo;
que mas extraña es en vos
la aversion al casamiento.

CARLOS.

Yo, ahunque á saberla he venido,
solo ha sido con pretexto,
sin extrañar la opinion,
de saber el fundamento.

DIANA.

Pues oíd; que ya le digo.

POLILLA.

Vive Dios, que es raro empeño.
¿Si hallará razon bastante; *ap.*
porque será bravo cuento,
dar razon, para ser loca?

DIANA.

Desde que al albor primero,
con que amaneció al discurso
la luz de mi entendimiento,
ví el dia de la razon,
fue de mi vida el empleo
el estudio y la leccion
de la historia, en quien dá el tiempo
escarmiento á los futuros
con los pasados exemplos.
Quantas ruinas y destrozos,
tragedias y desconciertos
han sucedido en el mundo,
entre ilustres ó plebeyos,
todas nacieron de amor.
Quanto los sabios supieron,
quando á la Filosofia
Moral liquidó el ingenio,
gastaron en prevenir
á los siglos venideros
el ciego error, la violencia,

el loco, el tirano imperio
de esa mentida deidad,
que se introduce en los pechos,
con dulce voz de cariño,
siendo un volcán allá dentro.
¿Qué amante jamás al mundo
dió á entender de sus afectos
sino lastimas, desdichas,
lagrimas, ansias, lamentos,
suspiros, quexas, sollozos,
sonando con este estruendo,
para lastimar las quexas,
para escarmentar los écos?
Si alguno correspondido
se vió, paró en un despecho;
que al que no su tiranía,
se opuso el poder del cielo.
Pues, si quien se casa, vá
á amar por deuda y empeño,
¿cómo se puede casar,
quien sabe de amor el riesgo;
pues casarse sin amor,
es dar causa sin efecto?
¿Cómo puede ser esclavo,
quien no se ha rendido al dueño?
¿Puede hallar un corazon
mas indigno cautiverio,
que rendirse su albedrío,

á quien no manda el deseo?
El obedecerle, es deuda.
¡Pues cómo vivirá un pecho
con una obediencia afuera,
y una resistencia adentro!
Con amor ó sin amor
yo en fin casarme no puedo:
con amor, porque es peligro;
sin amor, porque no quiero.

BEARNE.

Dandome los dos licencia,
responderé á lo propuesto.

D. GASTON.

Por mi parte yo os la doy.

CARLOS.

Yo, que responder no tengo,
pues la opinion que yo sigo,
favorece aquel intento.

BEARNE.

La mayor guerra, señora,
que hace el engaño al ingenio,
es estar siempre vestido
de aparentes argumentos.
Dexando las conseqüencias,
que tiene amor contra ellos,
que en un discurso engañoso,
suelen ser de menos precio,
la experiencia es la razon

mayor, que hay para venceros,
porque ella solo concluye
con la prueba del efecto.
Si vos os negais al trato,
siempre estareis en el yerro,
porque no cabe experiencia,
donde se excusa el empeño.
Vos vais contra la razon
natural, y el propio fuero
de vuestra naturaleza,
perturbais con el ingenio.
No negueis vos el oído
á las verdades del ruego,
porque, si es razon no amar,
contra la razon no hay riesgo;
y si no es razon, es fuerza,
que os ha de vencer el tiempo,
y entonces será victoria,
publicar el vencimiento.
Vos desfendeis del desden;
todos vencerle queremos;
vos decís, que eso es razon.
Permitios al festejo.
Haced escuela el desden,
donde en nuestro galantéo
los intentos de obligaros,
han de ser los argumentos.
Veamos, quien tiene razon,

porque ha de ser nuestro empeño,
inclinaros al cariño,
ó quedar vencidos ellos.

DIANA.

Pues, para que conozcais,
que la opinion, que yo llevo,
es hija del desengaño,
y del error vuestro intento,
festejad, imaginad,
quantos caminos y medios
de obligar una hermosura,
tiene amor, halla el ingenio;
que desde aqui me permito
á lisonjas y festejos
con el oído y los ojos,
solo para convenceros,
de que no puedo querer:
y que el desden, que yo tengo,
sin fomentarle el discurso,
es natural en mi pecho.

D. GASTON.

Pues, si argumento ha de ser,
desde hoy nuestro galanteo,
todos vamos á argüir
contra el desden y despego.
Príncipes, de la razon
y de amor es ya el empeño.
Cada uno un medio elija,

de seguir este argumento.
Veamos, para concluir,
quién elige mejor medio. *vase.*

BEARNE.

Yo voy á escojer el mio.
Y de vos, señora, espero,
que habeis de ser contra vos
el mas agudo argumento. *vase.*

CARLOS.

Pues yo, señora, tambien
por deuda de caballero
proseguiré, en festejaros;
mas será sin ese intento.

DIANA.

¿Pues por qué?

CARLOS.

Porque yo sigo
la opinion de vuestro ingenio.
Mas, ahunque es vuestra opinion,
la mia es con mas extremo.

DIANA.

¿De qué suerte?

CARLOS.

Yo, señora,
no solo querer no quiero;
mas ni quiero, ser querido.

DIANA.

¡Pues en ser querido, hay riesgo!

D. CARLOS.

No hay riesgo , pero hay delito.
No hay riesgo , porque mi pecho
tiene tan establecido
el no amar en ningun tiempo,
que , si el cielo compusiera
una hermosura de extremos,
y ésta me amára , no hallára
correspondencia en mi afecto.
Hay delito ; porque , quando
sé yo, que querer no puedo,
amarme y no amar, sería
faltar mi agradecimiento.
Y asi yo, ni ser querido,
ni querer , señora, quiero;
porque temo ser ingrato,
quando sé yo, que he de serlo.

DIANA.

¿Luego vos me festejais,
sin amarme?

CARLOS.

Eso es muy cierto,

DIANA.

¿Pues para qué?

CARLOS.

Por pagaros
la veneracion, que os debo.

DIANA.

¿Y eso no es amor?

CARLOS.

¡Amor!

No, señora; esto es respeto.

POLILLA.

¡Cuerpo de Christo, qué lindo!
¡Qué bravo boton de fuego!
Echala de este vinagre,
y verás, para su tiempo
qué bravo escabeche sale.

DIANA.

¿Cintia, has oído á este necio?
¿No es graciosa su locura?

CINTIA.

Soberbia es.

DIANA.

¿No será bueno,
enamorar á este loco?

CINTIA.

Si amas, hay peligro en eso.

DIANA.

¿De qué?

CINTIA.

Que tú te enamores,
si no logras el empeño.

DIANA.

Ahora eres tú mas necia.

¿Pues cómo puede ser eso?
¡No me mueven los rendidos,
y ha de arrastrarme el soberbio!

CINTIA.

Esto, señora, es aviso.

DIANA.

Por eso he de hacer empeño,
de rendir su vanidad.

CINTIA.

Yo me holgaré mucho de ello.

DIANA.

Proseguid la bizarría;
que yo ahora lo agradezco
con mayor estimacion,
pues sin amor os la debo.

CARLOS.

¡Vos agradeceis, señora!

DIANA.

Es, porque con vos no hay riesgo.

CARLOS.

Pues yo iré, á empeñaros mas.

DIANA.

Y yo voy, á agradecerlo.

CARLOS.

Pues mirad, que no querais;
porque cesaré en mi intento.

DIANA.

No me costará cuidado.

CARLOS.

Pues, siendo asi, yo lo acepto.

DIANA.

Andad. Venid, Caniquí.

CARLOS.

¿Qué dices?

POLILLA.

Soy ya eso lienzo.

DIANA.

Cintia, rendido has de verle.

CINTIA.

Sí será; pero yo temo,
el que se trueque la suerte,
y eso es lo que yo deseo. *vase.*

DIANA.

Mas oíd.

CARLOS.

Qué me quereis?

DIANA.

Que, si acaso os muda el tiempo:::

CARLOS.

¿A qué, señora?

DIANA.

á querer.

CARLOS.

¿Qué he de hacer?

DIANA.

Sufrir desprecios.

CARLOS.

¿Y si en vos hubiese amor?

DIANA.

Yo no querré.

CARLOS.

Asi lo creo.

DIANA.

¿Pues qué pedís?

CARLOS.

Por si acaso.

DIANA.

Este acaso está muy lexos.

CARLOS.

¿Y si llega?

DIANA.

No es posible.

CARLOS.

Supongo.

DIANA.

Yo lo prometo.

CARLOS.

Esto pido.

DIANA.

Bien está.

Quede asi.

CARLOS.

Guardeos el cielo.

DIANA.

Ahunque me cueste un cuidado,
he de rendir á este necio. *vase.*

POLILLA.

Señor, buena vá la danza.

CARLOS.

Polilla, yo estoy muriendo.
Todo mi valor ha habido
menester mi fingimiento.

POLILLA.

Señor, llevalo adelante,
y verás, si no dá fuego.

D. CARLOS.

Eso importa.

POLILLA.

Vén, señor;
que ya yo estoy acá dentro.

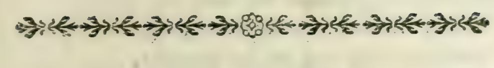
CARLOS.

¿Cómo?

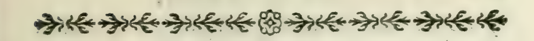
POLILLA.

Con lo Caniqui
me he hecho ya lienzo casero.





JORNADA SEGUNDA.



Salen Carlos y Polilla.

CARLOS.

Polilla, amigo, el pesar
me quita. Dale á mi amor
alivio.

POLILLA.

A espacio, señor;
que hay mucho que confesar.

CARLOS.

Dimelo todo; que lucha
con mi cuidado mi amor.

POLILLA.

¡Quieres besarme, señor!
Apartate allá y escucha.
Lo primero, estos bobazos
de estos Príncipes, ya sabes,
que en fiestas y asuntos graves
se están haciendo pedazos.
Fiesta tras fiesta no tarda,

y con su desden tirano
hacer fiestas, es en vano,
porque ella no se las guarda.
Ellos gastan su dinero,
sin que con ello la obliguen,
y de enamorarla siguen
el camino carretero.
Y ellos mismos son testigos,
que ván mal; que á esta mujer,
el alcanzarla, ha de ser
echando por esos trigos.
Y es tan cierta esta opinion,
que con tu desden fingido
de tal suerte la has herido,
que ha pedido confesion.
Y con mi bellaquería
su pecho ha comunicado,
como ella me ha imaginado
Doctor de esta Theología.
Para rendirte, un intento
siempre, á preguntarme, sale.
Mira tú, de quién se vale,
para que se yerre el cuento.
Yo dixe con voz madura:
si eso te trahe cuidadosa,
para obligarle, no hay cosa
como tu propria hermosura.
Hazle un favor, golpe en bola

de quando en quando al cuitado,
y en viendole enamorado,
vuelvete y dile , mamola.
Ella , de mi parecer,
se ha agradado de tal arte,
que ya está en galantearte;
mas ahora es menester,
que con ceño impenetrable,
ahunque parezcas grosero,
siempre te estés mas entero,
que olla de miserable.
No te piques con la salsa;
no piense tu bobería,
que está la casa vacía,
por ver la cedula falsa;
porque ella la trahe pegada;
y si tú vás á leella,
has de hallar , que dice en ella:
aqui no se alquila nada.

CARLOS.

¿Y de eso, qué ha de sacarse?

POLILLA.

Que se pique esta mujer.

CARLOS.

¿Pues cómo puedes saber,
que ha de venir á picarse?

POLILLA.

¡Cómo picarse! Esto es bueno.

si ella lo finge diez dias,
y tú de ella te desvías,
te ha de querer al onceno.
A los doce ha de rabiar,
y á los trece, me parece,
que ahunque ella se esté en sus trece,
te ha de venir á rogar.

CARLOS.

Yo pienso, que dices bien;
mas yo temo de mi amor,
que si ella me hace un favor,
no sepa, hacer un desden.

POLILLA.

Qué mas dixera una niña!

D. CARLOS.

¿Pues qué haré?

POLILLA.

Mostrarte helado.

CARLOS.

¡Cómo, si estoy abrasado!

POLILLA.

Beber mucha garapiña.

CARLOS.

Yo he de esforzar mi cuidado.

POLILLA.

Ah, sí; pesia mi memoria;
que lo mejor de la historia
es, lo que se me ha olbidado.

Ya sabes, que ahora son
Carnestolendas:::

CARLOS.

¿Y pues?

POLILLA.

que en Barcelona uso es
de esta gallarda nacion,
que con fiestas se divierte,
llevar sin nota en su fama
cada galan á su dama.
Eso en Palacio es por suerte;
ellas elijen colores.
Pide uno el galan que viene,
y la dama, que le tiene,
vá con él y hace favores
al galan. El dia la empeña,
y él se obliga á ser su imán;
y es gusto; porque hay galan,
que suele ir con una dueña.
Esto supuesto, Diana
contigo el ir ha dispuesto,
y no sé, por lograr esto,
como han puesto la pabana.
Ello está trazado ya.
Mas ella sale. Hácia alli
te esconde. No te halle aqui,
porque lo sospechará.

CARLOS.

Persuade tú á su desvío,
que me enamóre.

POLILLA.

Es forzoso.
Tú eres enfermo dichoso,
pues te cura el beber frio.

Salen Diana , Cintia y Laura.

DIANA.

Cintia , este medio he pensado,
para rendirle á mi amor.
Yo he de hacerle mas favor.
Todas , como os he mandado,
como yo habeis de traher
flores de todas colores,
con que al pedir los favores,
podreis qualquiera escojer
el galan , que os pareciere;
pues qualquier color que pida,
ya la teneis prevenida,
y la que el de Urgél pidiere,
dexadmela para mí.

CINTIA.

Gran victoria has de alcanzar,
si le sabes obligar,
á quererte.

DIANA.

¿Caniquí?

POLILLA.

¡Oh luz de este firmamento!

DIANA.

¿Qué hay de nuevo?

POLILLA.

Me he hecho amigo
de Carlos.

DIANA.

Mucho me obligo
de tu cuidado.

POLILLA.

Asi intento,
ser espía y del consejo.
No es mi prevencion muy vana;
que esto es, echarle botana, *ap.*
por si se sale el pellejo.

DIANA.

¿Y no has descubierto nada,
de lo que yo de él procuro?

POLILLA.

¡Ay señora; está mas duro,
que huevo para ensalada!
Pero yo sé tretas bravas,
con que has de hacerle bramar.

DIANA.

Pues tú lo has de gobernar.

POLILLA.

Ay, pobreta; que te clavas. *ap.*

DIANA.

Mil escudos apercibo,
si tú su desden allanas.

POLILLA.

Sí haré. El emplasto de ranas
pondré por madurativo.
¿Y si le vieses querer,
que harás, despues de tentarle?

DIANA.

¿Qué? Ofenderle, despreciarle,
ajarle, y darle á entender,
que ha de rendir sus sosiegos
á mis ojos por despojos.

CARLOS.

Fuego de amor en tus ojos.

POLILLA.

Qué gran gusto es, ver dos juegos.
¿Digo, y no fuera mejor,
despues de haberle rendido,
tener piedad del caído?

DIANA.

¿Qué llamas piedad?

POLILLA.

De amor.

DIANA.

¿Qué es amor?

POLILLA.

Digo, querer;
asi al modo de empezar;
que aquesto de pellizcar,
no es lo mismo que comer.

DIANA.

¡Que eso dices! ¡A querer,
yo me habia de rendir!
Ahunque le viera morir,
no me pudiera mover.

CARLOS.

¡Hay mujer mas singular!
¡Oh cruel!

POLILLA.

Dexame hacer;
que no solo ha de querer,
vive Dios, sino envidar.

CARLOS.

Yo salgo. El alma se abrasa.

POLILLA.

Carlos viene.

DIANA.

Disimula.

POLILLA.

Lastima es, que tome bula.
Si supiera, lo que pasa.

DIANA.

Cintia, avisa, quando es hora,

de ir al sarao.

CINTIA.

Ya he mandado,
que estén con ese cuidado.

CARLOS.

Y yo el primero, señora,
vengo, pues es deuda igual,
á cumplir mi obligacion.

DIANA.

¿Pues, cómo sin aficion
sois vos el mas puntual?

CARLOS.

Como tengo el corazon
sin los cuidados de amar,
tiene el alma mas lugar,
de cumplir su obligacion.

POLILLA.

Hazle un favorcillo al vuelo,
por si mas grato le vés.

DIANA.

Eso procuro.

POLILLA.

Esto es, *ap.*
hacerla escupir al cielo.

DIANA.

Mucho, no teniendo amor,
vuestra asistencia me obliga.

CARLOS.

Si es mandarme, que prosiga,
sin hacerme este favor,
lo haré yo, porque obligada
á esto mi atencion está.

DIANA.

Poca lumbre el favor dá.

POLILLA.

Está la yesca mojada.

DIANA.

¿Luego á este favor, que os hago,
no le dais estimacion!

CARLOS.

Eso con veneracion
mas que con amor le pago.

POLILLA.

Necio, ni ahun asi le pagues.

CARLOS.

¿Qué quieres? Templa mi ardor,
ahunque es fingido, el favor.

POLILLA.

Pues enjuagate, y no tragues.

DIANA.

¿Qué le has dicho?

POLILLA.

Que, al oillos,
agradezca tus favores.

DIANA.

Bien haces.

POLILLA.

Esto es, señores,
engañar á dos carrillos.

DIANA.

Si yo á querer algun dia
me inclinase, fuera á vos.

CARLOS.

¿Por qué?

DIANA.

Porque entre los dos,
hay oculta simpatía.
El llevar vos mi opinion,
es ser vos del genio mio;
y, á sufrirlo mi albedrío,
fuera á vos mi inclinacion.

CARLOS.

Pues hicierais mal.

DIANA.

No hiciera;
que sois galan.

CARLOS.

No es por eso.

DIANA.

¿Pues por qué?

CARLOS.

Porque os confieso,

que yo no os correspondiera.

DIANA.

¿Pues, si os vierades amar
de una mujer como yo,
no me quisierades?

CARLOS.

No.

DIANA.

Claro soys.

CARLOS.

No sé engañar.

POLILLA.

¡Oh pecho heroyco y valiente!
Dale por esos hijares.
Si tú no se la pegares,
me la peguen en la frente.

DIANA.

Mucho al enojo me acerco.
Tal desahogo no he visto.

POLILLA.

Desvergüenza es, vive Christo.

DIANA.

¿Has visto tal?

POLILLA.

Es un puerco.

DIANA.

¿Qué haré?

POLILLA.

Meterle en la danza
de amor, y á puro desden
quemarle.

DIANA.

Dices muy bien;
que esa es la mayor venganza.
Yo os tube por mas discreto.

CARLOS.

¿Pues qué he hecho contra razon?

D. ANA.

Eso es ya desatencion.

CARLOS.

No ha sido sino respeto;
y porque veais, que es error,
que haya en el mundo, quien crea,
que el que quiere lisonjea,
escuchad, lo que es amor.
Amar, señora, es tener
inflamado el corazon
con un deseo de ver,
á quién causa esa pasion,
que es la gloria del querer.
Los ojos, que se agradaron
de algun sujeto que vieron,
al corazon traslaron,
las especies que cojieron,
y esta inflamacion causaron.

Su hidrópico ardor procura
apagar de sus antojos
la sed, viendo la hermosura;
mas crece la calentura,
mientras mas beben los ojos.
Siendo esta fiebre mortal,
quien corresponde al amor,
bien se vé, que es desleal,
pues le remedia el dolor,
dando mas fuerzas al mal.
Luego el que amado se viere,
no obliga en corresponder,
si daña, como se infiere;
pues oíd, como, en querer,
tampoco obliga, el que quiere.
Quien ama con fee mas pura,
pretende de su pasion
aliviar la pena dura,
mirando aquella hermosura,
que adora su corazon.
El contento de miralla,
le obliga al ansia de vella.
Eso en rigor es amalla;
luego aquel gusto que halla,
la obliga solo á querella.
Y esto mejor se percibe,
del que aborrecido está,
pues aquel amando vive,

no por el gusto que dá,
sino por el que recibe.
Los que aborrecidos son
de la dama que apetecen,
no sienten la desazon,
porque causa su pasion,
sino porque ellos padecen.
Luego, si por su tormento
el desden siente, quien ama,
el que quiere mas atento,
no quiere el bien de su dama,
sino su proprio contento.
A su propria conveniencia
dirige amor su fatiga;
luego es clara consequencia,
que ni con amor se obliga,
ni con su correspondencia.

DIANA.

El amor es una union
de dos almas, que su ser
truecan por transformacion:
donde es fuerza, que ha de haber
gusto, agrado y eleccion.
Luego, si el gusto es despues
del agrado y la eleccion,
y ésta voluntaria es,
ya le debo obligacion,
si no amante, de cortés.

CARLOS.

Si vuestra razon infiere,
que el que ama, hizo obligacion,
¿por qué os ofende, el que quiere?

DIANA.

Porque yo tendré razon,
para lo que yo quisiere.

CARLOS.

¿Y qué razon puede ser?

DIANA.

Yo otra razon no prevengo
mas, que quererla tener.

CARLOS.

Pues ésta es, la que yo tengo,
para no corresponder.

DIANA.

¿Y si acaso el tiempo os muestra,
¿qué vence vuestra porfia?

CARLOS.

Siendo una la razon nuestra,
si se venciere la mia,
no es muy segura la vuestra.

Suenan los instrumentos.

LAURA.

Señora, los instrumentos
ya de ser hora dán señas,
de comenzar el sarao
para las Carnestolendas.

POLILLA.

Y ya los Principes vienen.

DIANA.

Tened todas advertencia,
de prevenir los colores.

POLILLA.

Ah señor, estad alerta.

CARLOS.

Ay Polilla, lo que finjo
toda una vida me cuesta.

POLILLA.

Calla; que de enamorarla
te hartarás, al ir con ella,
por la obligacion del dia.

CARLOS.

Disimula; que ya llegan.

Salen los Principes y los Musicos cantando.

MUSICA.

Venid los galanes,
á elegir las damas;
que en Carnestolendas
amor se disfraza.
Falara, la ra la, &c.

BEARNE.

Dudoso vengo, señora,
pues, teniendo corta estrella,
vengo fiado en la suerte.

D. GASTON.

Ahunque mi duda es la mesma,
el elegir la color,
me toca á mí; que el ser buena,
pues le toca á mi fortuna,
ella debe cuidar de ella.

DIANA.

Pues sentaos, y cada uno
elija color, y sea,
como es uso, previniendo
la razon, para escojerla:
y la dama que la tiene,
salga con él, siendo deuda,
el enamorarla en él,
y el favorecerle en ella.

MUSICA.

Venid los galanes,
á elegir las damas, &c.

BEARNE.

Esta es accion de fortuna,
y ella, por ser loca y ciega,
siempre le dá lo mejor,
á quien menos partes tenga.
Por ser yo el de menos partes,
es forzoso, que aqui sea,
quien tiene mas esperanza;
y asi el escojer, es fuerza,
el color verde,

CINTIA.

Si yo
escojo de lo que queda, *ap.*
despues de Carlos ya elijo
al de Bearne. Yo soy vuestra;
que tengo el verde. Tomad.

Dale una cinta verde.

BEARNE.

Corona, señora, sea
de mi suerte el favor vuestro,
que á no serlo, eleccion fuera.

Danzan una mudanza, y ponense mascarillas, y retiranse á un lado, quedando en pie.

MUSICA.

Vienen los galanes
con sus esperanzas,
que para ser dichas,
el tenerlas, basta: Falará, &c.

D. GASTON.

Yo nunca tube esperanza,
sino envidia, pues qualquiera
debe mas favor, que yo,
á las luces de su estrella:
y, pues siempre estoy zeloso,
azul quiero.

FENISA.

Yo soy vuestra;
que tengo el azul. Tomad.

Dale una cinta azul.

D. GASTON.

Mudar de color pudiera,
pues ya, señora, mi envidia
con tan buena suerte cesa.

Danzan y retiranse.

MUSICA.

No cesan los zelos
por lograr la dicha,
pues lo hay entonces,
de los que la envidian. Falará, &c.

POLILLA.

¿Y yo he de elegir color?

DIANA.

Claro está.

POLILLA.

Pues vaya afuera;
que ya salir me queria
á la cara de vergüenza.

DIANA.

¿Qué color pides?

POLILLA.

Yo tengo

hecho el buche á damas feas,
de suerte, que habrá de ser
muy mala, la que me quepa.
De las damas que aqui miro,
no hay ninguna que no sea
como una rosa, y pues yo
la he de hacer mala por fuerza,
por si ella es como una rosa,
yo la quiero rosa seca.
Rosa seca, sal acá.
¿Quién la tiene?

LAURA.

Yo soy vuestra;
que tengo el color. Tomad.

Dale una cinta.

POLILLA.

¿Yo aqui he de favorecerla,
y ella á mí ha de enamorarme?

LAURA.

No sino al revés.

POLILLA.

Pues vuelta.
Enamórame al revés.

LAURA.

Que no ha de ser eso, bestia:
sino enamorarme tú.

POLILLA.

¿Yo? Pues toda la manteça

hecha pringue en la sarten,
á tu blancura no llega,
ni con tu pelo se iguala
la frisa de la bayeta,
ni dos ojos de jabon
mas que los tuyos blanquean:
ni siete bocas hermosas
las unas tras otras puest
son tanto como la tuya.
Y no hablo de pies y piernas,
porque no hilo tan delgado;
que, ahunque yo con tu belleza
he caído, no he caído,
pues no cae, el que no peca.

Danzan y retiranse.

MUSICA.

Quien á rosas recas
su eleccion inclina,
tiene amor de rosas,
y temor de espinas. Falará, &c.

CARLOS.

Yo á elegir quedo el postrero,
y ha sido por la violencia,
que me hace la obligacion,
de haber de fingir finezas,
y, pues, ir contra el dictamen,
despecho es, enojo y pena,

para que lo signifique,
de los colores que quedan,
pido el color encarnado.
¿Quién le tiene?

DIANA.

Yo soy vuestra;
que tengo el nacar. Tomad.

Dale una cinta de nacar.

CARLOS.

Si yo, señora, supiera
el acierto de mi suerte,
no tubiera por violencia,
fingir amor: pues ahora
le debo tener de veras.

Danzan y retiranse.

MUSICA.

Iras significa
el color de nacar:
el desden no es ira;
quien tiene iras, ama. Falará, &c.

POLILLA.

Ahora te puedes dar
un hartazgo de finezas
como para quince dias;
mas no te haítes con ellas.

DIANA.

Guie la Musica pues
á la plaza de las fiestas,
y ya galanes y damas
vayan cumpliendo la deuda.

MUSICA.

Vayan los galanes,
todos con sus damas,
que en Carnestolendas
amor se disfraza. Falará, *la, &c.*

Vanse todos de dos en dos, y al entrar se detienen Diana y Carlos.

DIANA.

Yo he de rendir este hombre, *ap.*
ó he de condenarme á necia.
¡Qué tibio galan haceis!
Bien se vé en vuestra tibieza,
que es violencia enamorar:
y siendo, el fingirlo, fuerza,
no saberlo hacer, no es falta
de amor, sino de agudeza.

CARLOS.

Si yo hubiera de fingirlo,
no tan remiso estubiera;
que, donde no hay sentimiento,
está mas pronta la lengua.

DIANA.

¿Luego estais enamorado
de mí?

CARLOS.

Si no lo estubiera,
no me atára este temor.

DIANA.

¡Qué decís! ¡Hablais de veras!

CARLOS.

¿Pues si el alma lo publica,
puede fingirlo la lengua?

DIANA.

¿No me dixísteis, que vos
no podeis querer?

CARLOS.

Eso era,
porque no me habia tocado
el veneno de esta flecha.

DIANA.

¡Qué flecha!

CARLOS.

La de esta mano,
que el corazon me atraviesa;
y como el pez, que introduce
su venenosa violencia
por el hilo y por la caña,
y al pescador pesca y hiela
el brazo con que la tiene,

á mí el alma me penetra
el dulce ardiente veneno,
que de vuestra mano bella
se introduce por la mia,
y hasta el corazon me llega.

DIANA.

Albricias, ingenio mio; *ap.*
que ya rendí su soberbia.
Ahora probará el castigo
del desden de mi belleza.
¿Que en fin vos no imaginabais
querer, y quereis de veras?

CARLOS.

Toda el alma se me abrasa:
todo mi pecho es centellas.
Temple en mí vuestra piedad
este ardor, que me atormenta.

DIANA.

Soltad. ¡Qué decís! Soltad.

Quitase la mascarilla Diana, y sueltale la mano.

¡Yo favor! La pasion ciega
para el castigo os disculpa,
mas no para la advertencia.
¡A mí me pedís favor,
diciendo, que amais de veras!

CARLOS.

Cielos, yo me despeñé; *ap.*
pero valgame la emienda.

DIANA.

¿No os acordais, de que os dixe,
que, en queriendome, era fuerza,
que sufrieseis mis desprecios,
sin que os valiese la quexa?

CARLOS.

¿Luego de veras hablais?

DIANA.

¿Pues vos no quereis de veras?

CARLOS.

¡Yo, señora! ¡Pues se pudo
trocar mi naturaleza!
¡Yo querer de veras! ¡Yo!
¡Jesus, qué error! ¡Eso piensa
vuestra hermosura! ¡Yo amor!
Pues, quando yo le tubiera,
de vergüenza lo callára.
Esto es cumplir con la deuda
de la obligacion del dia.

DIANA.

¡Qué! ¡Qué decís! Yo estoy muerta.
¡Que no es de veras! ¡Qué escucho! *ap.*
¡Pues cómo aqui::! A hablar no acierta
mi vanidad de corrida.

CARLOS.

¡Pues vos, siendo tan discreta,
no conoceis, que es fingido!

DIANA.

¡Pues aquello de la flecha,
del pez, el hilo y la caña,
y decir, que el desden era,
porque no os habia tocado
del veneno la violencia!

CARLOS.

Pues eso es, fingirlo bien.
¿Tan necio quereis que sea,
que, quando á fingir me ponga,
lo finja sin aparencia?

DIANA.

¡Qué es esto, que me sucede! *ap.*
¡Yo he podido ser tan necia,
que me haya hecho este desayre!
Del incendio de esta afrenta
el alma tengo abrasada.
Mucho temo, que lo entienda.
Yo he de enamorar á este hombre
si toda el alma me cuesta.

CARLOS.

Mirad, que esperan, señora.

DIANA.

¡Que á mí este error me suceda! *ap.*
¡Pues cómo vos:::!

CARLOS.

¿Qué decís?

DIANA.

¡Qué iba yo á hacer! Ya estoy ciega. *ap.*
Poneos la máscara, y vamos.

CARLOS.

No ha sido mala la emienda.
¡Asi trata el rendimiento!
¡Ah cruél! ¡Ah ingrata! ¡Ah fiera! *ap.*
Yo echaré sobre mi fuego
toda la nieve del Etna.

DIANA.

Cierto, que sois muy discreto;
y lo fingis de manera,
que lo tube por verdad.

CARLOS.

Cortesanía fue vuestra,
el fingiros engañada,
por favorecer con ella;
que con esto habeis cumplido
con vuestra naturaleza,
y la obligacion del dia;
pues, siguiendo la cautela
de engañaros, porque á mí
me dais credito con ella,
favoreceis el ingenio,
y despreciais la fineza.

DIANA.

Bien agudo ha sido el modo,
de motejarme de necia. *ap.*
Mas asi le he de engañar.
Venid pues; y ahunque yo sepa,
que es fingido, proseguid;
que eso, á estimaros, me empeña
con mas veras.

CARLOS.

¿De qué suerte?

DIANA.

Hace á mi desden mas fuerza
la discrecion, que el amor;
y me obligais mas con ella.

CARLOS.

¡Quien no entendiese su intento! *ap.*
Yo la volveré la flecha.

DIANA.

¿No proseguis?

CARLOS.

No, señora.

DIANA.

¿Por qué?

CARLOS.

Me ha dado tal pena,
el decirme, que os obligo,
que me ha hecho perder la senda,
de fingirme enamorado.

DIANA.

¿Pues vos, qué perder pudierais,
en tenerme á mi obligada
con vuestra atencion discreta?

CARLOS.

Arriesgarme, á ser querido.

DIANA.

¡Pues tan mal os estubiera!

CARLOS.

Señora, no está en mi mano;
y si yo en eso me viera,
fuera cosa de morirme.

DIANA.

¡Que esto escuche mi belleza *ap.*
¿Pues vos presumís, que yo
puedo quereros?

CARLOS.

Vos mesma
decís, que, la que agradece,
está de querer muy cerca.
¿Pues, quien confiesa, que estima,
qué falta, para que quiera?

DIANA.

Menos falta para injuria
á vuestra loca soberbia,
y eso poco que le falta,
pasando ya de grosera,
quiero excusar, con dexaros.

Idos.

CARLOS.

¡Pues cómo á la fiesta
quereis faltar! ¡Puede ser,
sin dar causa á otra sospecha!

DIANA.

Ese riesgo á mí me toca.
Decid, que estoy indispuesta;
que me ha dado un accidente.

CARLOS.

Luego con eso licencia
me dais, para no asistir.

DIANA.

¿Si os mando, que os vais, no es fuerza?

CARLOS.

Me habeis hecho un gran favor.
Guarde Dios á vuestra Alteza *vase.*

DIANA.

¡Qué es esto, que por mí pasa
Tan corrida estoy, tan ciega,
que, si supiera algun medio,
de triunfar de su soberbia,
ahunque arriesgára el respeto,
por rendirle á mi belleza,
á costa de mi decoro
comprára la diligencia.

Sale Polilla.

POLILLA.

¡Qué es esto, señora mia!
¡Cómo se ha aguado la fiesta!

DIANA.

Hame dado un accidente.

POLILLA.

Si es cosa de la cabeza,
dos parches de tacamaca,
y que te traygan las piernas.

DIANA.

No tienen piernas las damas.

POLILLA.

Pues por esa razon mesma
digo yo, que te las traygan.
¿Mas que ha sido tu dolencia?

DIANA.

Aprieto del corazon.

POLILLA.

Jesus; pues si no es mas de esa,
sangrate, y purgate luego,
y echate unas sanguijuelas,
dos docenas de ventosas,
y al instante estarás buena.

DIANA.

Caniquí, yo estoy corrida,
de no vencer la tibieza

de Carlos.

POLILLA.

¿Pues eso dudas?
¿Quieres, que por tí se pierda?

DIANA.

¿Pues cómo se ha de perder?

POLILLA.

Hazle, que tome una renta.
Pero (de veras hablando)
¿tú, señora, no deseas,
que se enamore de tí?

DIANA.

Toda mi Corona diera,
por verle morir de amor.

POLILLA.

¿Y eso es cariño, ó es tema?
La verdad: ¿te entra el Carlillos?

DIANA.

¡Qué es cariño! Yo soy peña.
Para abrasarle á desprecios,
á desayres y á violencias,
lo deseo solo.

POLILLA.

Zape. *ap.*
Ahun está verde la breva;
mas ella madurará,
como hay muchachos y piedras.

DIANA.

Yo sé, que él gusta de oír
cantar.

POLILLA.

Mucho, como sea
la Pasion y algun buen Psalmo,
cantado con castañetas.

DIANA.

¡Psalmo! ¡Qué dices!

POLILLA.

Es cosa,
señora, que eso le eleva.
Lo que es musica de Psalmos,
pierde su juicio por ella.

DIANA.

Tú has de hacer por mí una cosa.

POLILLA.

¿Qué?

DIANA.

Abierta hallarás la puerta
del jardín; yo con mis damas
estaré alli, y, sin que él sepa,
que es cuidado, cantaremos.
Tú has de decir, que le llevas,
porque nos oyga cantar,
diciendo, que, ahunque le vean,
á tí te echarán la culpa.

POLILLA.

Tú has pensado buena treta,
porque, en viendote cantar,
se ha de hacer una jaléa.

DIANA.

Pues vé, á buscarle al momento.

POLILLA.

Llevaréle con cadenas.
A oír cantar irá el otro
trás un entierro; mas sea
buen tono.

DIANA.

¿Qué te parece?

POLILLA.

Alguna cosa burlesca,
que tenga mucha alegría.

DIANA.

¿Cómo qué?

POLILLA.

Un *Requiem eternam.*

DIANA.

Mira, que voy al jardín.

POLILLA.

Pues ponte como una Eva,
para que cayga este Adan.

DIANA.

Allí espero. *vase.*

POLILLA.

Norabuena;
que tú has de ser la manzana,
y has de llevar la culebra.
¡Señores, que estas locuras
ande haciendo una Princesa!
Mas quien tiene la mayor,
¿qué mucho, que estotras tenga?
Porque las locuras son
como un plato de cerezas,
que en tirando de la una,
las otras se ván trás ella.

Sale Carlos.

CARLOS.

¿Polilla amigo?

POLILLA.

Carlos, bravo cuento.

CARLOS.

¿Pues qué ha habido de nuevo?

POLILLA.

Vencimiento.

CARLOS.

¿Pues tú qué has entendido?

POLILLA.

Que para enamorarte, me ha pedido,
que te lleve al jardin, donde has de vella
mas hermosa y brillante que una estrella,

cantando con sus damas;
que como te imagina duro tanto,
ablandarte pretende con el canto.

CARLOS.

¡Eso hay! Mucho lo extraño.

POLILLA.

Mira, si es liviandad de buen tamaño,
y si estará harto ciega,
pues esto hace, y de mí á fiarlo llega.

CARLOS.

Ya escucho el instrumento.

POLILLA.

Esta es la tuya.

CARLOS.

Calla; que cantan ya.

POLILLA.

Pues *Aleluya.*

MUSICA.

Olas eran de Zafir
las del mar sola esta vez,
con el que siempre le aclaman
los mares segundo Rey.

POLILLA.

Vamos, señor.

CARLOS.

¡Qué dices; que yo muero!

POLILLA.

Dexa eso á los Pastores del Arcadia,
y vamonos allá ; que esto es primero.

CARLOS.

¿Y qué he de hacer?

POLILLA.

Entrar , y no mirarla;
y divertirte con la copia bella
de flores ; y ahunque ella
se haga raxas cantando , no escucharla,
porque se abrase.

CARLOS.

No podré emprenderlo.

POLILLA.

¡Cómo no! Vive Christo, que has de hacerlo,
ó te tengo de dar con esta daga,
que traygo para eso ; que esta llaga
se ha de curar con escozor.

CARLOS.

No intentes
eso ; que no es posible, que lo allanes.

POLILLA.

Señor , tú has de sufrir polvos de Joanes;
que toda el alma tienes ya podrida.

Cantan dentro.

CARLOS.

Otra vez cantan; oye por tu vida.

POLILLA.

Pese á mi alma, vamos;
no en eso el tiempo pierdas.

CARLOS.

Atendamos;
que luego entrar podemos.

POLILLA.

Allá desde mas cerca escucharémos.
Anda con Barrabás.

CARLOS.

Oye primero.

POLILLA.

Has de entrar, vive Dios.

CARLOS.

Oye.

POLILLA.

No quiero.

Metele á empujones, y salen Diana y todas las damas cantando.

Olas eran de Zafir
las del mar sola esta vez,
con el que siempre le aclaman
los mares segundo Rey.

DIANA.

¿No habeis visto entrar á Carlos?

CINTIA.

No solo no le hemos visto;
mas ni ahun, de que venir pueda,
en el jardin hay indicio.

DIANA.

Laura, tén cuenta, si viene.

LAURA.

Ya yo, señora, lo miro.

DIANA.

Ahunque arriesgue mi decoro,
he de vencer sus desvíos.

LAURA.

Cierto, que estás tan hermosa,
que ha de faltarle el sentido,
si te vé, y no se enamora.
Mas, señora, ya le he visto.
Ya está en el jardin.

DIANA.

¡Qué dices!

LAURA.

Que con Caniquí ha venido.

DIANA.

Pues volvamos á cantar,
y sentaos todas conmigo.

Sientanse y salen Polilla y Carlos.

POLILLA.

No te derritas, señor.

CARLOS.

¿Polilla, no es un prodigio
su belleza? En aquel trage
domestico es un hechizo.

POLILLA.

¡Qué bravas están las damas
en guardapies y justillo!

CARLOS.

¿Para qué son los adornos,
donde hay sin ellos tal brio?

POLILLA.

Mira; éstas son como el cardo,
que el hortelano, advertido,
le dexa las pencas malas;
que, ahunque no son de servicio,
avultan, para venderle;
pero, despues de vendido,
solo se come el cogollo.
Pues las damas son lo mismo.
Lo que se come, es aquesto;
que el moño y el artificio
de las faldas son las pencas,
que se echan á los borricos.
Pero vuelve allá la cara.
No mires; que vas perdido.

CARLOS.

Polilla, no he de poder.

POLILLA.

¡Qué llamas no! Vive Christo,
que he de meterte la daga,
si vuelves.

Ponele la daga á la cara.

CARLOS.

Ya no la miro.

POLILLA.

Pues la estás oyendo, engaña
los ojos con los oídos.

CARLOS.

Pues vamonos alargando;
porque si canta, el no oírlo,
no parezca, que es cuidado,
sino divertirme el sitio.

CINTIA.

Ya te escucha. Cantar puedes.

DIANA.

Así vencerle imagino.

CINTIA *cantando.*

El que solo de su Abril
escojió Mayo cortés,
por gala de su esperanza
las flores de su desden.

DIANA.

¿No ha vuelto á oír?

LAURA.

No, señora.

DIANA.

¡Cómo no! ¿Pues no me ha oído?

CINTIA.

Puede ser, porque está lexos.

CARLOS.

En toda mi vida he visto
mas bien compuesto jardin.

POLILLA.

Vaya de eso, porque es lindo.

DIANA.

¡El jardin está mirando!
¡Este hombre está sin sentido!
¡Qué es esto! Cantemos todas,
para ver, si vuelve á oírnos.

Cantan todas.

A tan dichoso favor
sirva tan florido mes:
por gloria de sus trofeos,
rendido le bese el pie.

CARLOS.

¡Qué bien hecho está aquel quadro
de sus armas! ¡Qué pulido!

POLILLA.

Harto mas pulido es eso.

POLILLA.

¡Que esto escucho! ¡Qué esto miro!
¡Los quadros está alabando,
quando yo canto!

CARLOS.

No he visto
hiedra mas bien enlazada.
¡Qué hermoso verde!

POLILLA.

Eso pido.
Dale en lo verde; que engordas.

DIANA.

No me ha visto, ó no me ha oído.
Laura, al descuido le advierte,
que estoy yo aqui.

Levantase Laura.

CINTIA.

Este capricho *ap.*
la ha de despeñar á amar.

LAURA.

Carlos, estad advertido,
que está aqui dentro Diana.

CARLOS.

Tiene aqui un famoso sitio.
Los laureles están buenos;
pero entre aquellos Jacintos,
aquel pie de guindo afea.

POLILLA.

¡Oh qué lindo pie de guindo!

DIANA.

¿No se lo advertiste, Laura?

LAURA.

Ya, señora, se lo he dicho.

DIANA.

Ya no yerra de ignorancia.
¡Pues cómo está divertido!

Pasan por delante de ellas, llevandole Polilla la daga junto á la cara, porque no vuelva.

POLILLA.

Señor, por aquesta calle
pasa, sin mirar.

CARLOS.

Rendido
estoy á mi resistencia.
Volver temo.

POLILLA.

Tén, por Christo;
que te herirás con la daga.

CARLOS.

Yo no puedo mas, amigo.

POLILLA.

Hombre, mira que te clavas.

CARLOS.

¿Qué quieres? Ya me he vencido.

POLILLA.

Vuelve por esotro lado.

CARLOS.

¿Por acá?

POLILLA.

Por allá digo.

DIANA.

¿No ha vuelto?

LAURA.

Ni lo imagina.

DIANA.

Yo no creo, lo que miro.
Vé tú al descuido, Fenisa,
y vuelve á darle el aviso.

Levantase Fenisa.

POLILLA.

Otro correo dispara;
mas no dan lumbre los tiros.

FENISA.

¿Carlos?

CARLOS.

¿Quién me llama?

POLILLA.

¿Quién?

FENISA.

Ved, que Diana os ha visto.

CARLOS.

Admirado de esta fuente,
en verla me he divertido,
y no habia visto á su Alteza.
Decid, que ya me retiro:

DIANA.

Cielos, sin duda se vá.
Escucha, oíd; á vos digo.

Levantase.

CARLOS.

¿A mí, señora?

DIANA.

Sí: á vos.

CARLOS.

¿Qué mandais?

DIANA.

¡Como atrevido
habeis entrado aqui dentro,
sabiendo, que en mi retiro
estaba yo con mis damas!

CARLOS.

Señora, no os habia visto.
La hermosura del jardin
me llevó. Perdon os pido.

DIANA.

Esto es peor; que ahun no dice,
que, para escucharme, vino.
¿Pues no me oísteis?

CARLOS.

No, señora.

DIANA.

No es posible.

CARLOS.

Un yerro ha sido,
que solo emendarse puede,
con no hacer mas el delito. *vase.*

CINTIA.

Señora, este hombre es un tronco.

DIANA.

Dexadme; que sus desvíos
el sentido han de quitarme.

CINTIA.

Laura, esto vá ya perdido.

LAURA.

Si ella no está enamorada
de Carlos, ya vá camino.

DIANA.

¡Cielos, qué es esto que véo!
Un Etna es quanto respiro.
¡Yo despreciada!

POLILLA.

Eso sí;

pese á su alma; dé brincos.

DIANA.

¿Caniquí?

POLILLA.

¿Señora mia?

DIANA.

¡Qué es esto! ¿Este hombre no vino,
á escucharme?

POLILLA.

Sí, señora.

DIANA.

¿Pues cómo no ha vuelto á oírlo?

POLILLA.

Señora, es loco de atar.

DIANA.

¿Pues qué respondió? ¿Qué dixo?

POLILLA.

Es vergüenza.

DIANA.

Dílo pues.

POLILLA.

Que cantabais como niños
de escuela, y que no queria
escucharos.

DIANA.

¡Eso ha dicho!

POLILLA.

Sí, señora.

DIANA.

¡Hay tal desprecio!

POLILLA.

Es un bobo.

DIANA.

Estoy sin juicio.

POLILLA.

No hagas caso:::

DIANA.

Estoy mortal.

POLILLA.

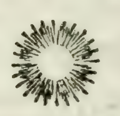
que es un barbaro.

DIANA.

Eso mismo
me ha de obligar á rendirle,
si muero, por conseguirlo. *vase.*

POLILLA.

Buena vá la danza, Alcalde,
y dá en la albarda el granizo.





JORNADA TERCERA.



Salen Carlos, Polilla, Don Gaston y el de Bearne.

BEARNE.

Carlos, nuestra amistad nos dá licencia,
de valernos de vos para este intento.

CARLOS.

Ya sabeis, que es segura mi obediencia.

BEARNE.

En fé de eso os consulto un pensamiento.

POLILLA.

Vá de consulta, y salga la propuesta; *ap.*
que todo lo demás es molimiento.

BEARNE.

Ya vos sabeis, que no ha quedado fiesta,
fineza, obstentacion, galantería,
que no haya sido de los tres compuesta,
para vencer la injusta antipatía,
que nos tiene Diana, sin debella,

ni ahun lo que debe dar la cortesía.
Pues habiendo salido vos con ella,
la obligacion y el uso de la suerte,
por no favoreceros, atropella;
y la alegría del festin convierte
en quexa de sus damas, y en desprecio
de nosotros, si el termino se advierte.
Y de nuestro decoro haciendo precio,
mas que de nuestro amor, nos ha obligado
solamente á vencer su desden necio,
y el gusto quedará desempeñado
de los tres, si la viesemos vencida
de qualquiera de todos al cuidado.
Para esto pues trahemos prevenidos
yo y Don Gaston la industria, que os dirémos;
que si á esta flecha no quedáre herida,
no queda ya camino, que intentemos.

CARLOS.

¿Qué es la industria?

D. GASTON.

Que pues para estos dias,
todos por suerte ya damas tenemos,
prosigamos en las galanterías
todos, sin hacer caso de Diana,
pues ella se excusó con sus porfias,
que, si á ver llega su altivéz tirana
por su desden su adoracion perdida,

si no de amante, se ha de herir de vana,
y en conociendo indicios de la herida,
nuestras finezas han de ser mayores,
hasta tenerla en su rigor vencida.

POLILLA.

No es ese mal remedio. Mas, señores,
eso es lo mismo, que á qualquier doliente
el quitarle la cena los Doctores.

BEARNE.

Pero si no es remedio suficiente,
quando no alivie ó temple la dolencia,
sirve, de que no crezca el accidente.
Si á Diana la ofende la decencia,
con que la festejamos, porfiarla,
solo será crecer su resistencia.
Ya no queda mas medio, que dexarla,
pues si la ley, que dió naturaleza
no falta en ella, asi hemos de obligarla.
Porque, en viendo perdida la fineza
la dama, ahun de aquel mismo que aborrece,
sentirlo, es natural en su belleza;
que la veneracion de que carece,
ahunque el gusto cansado la desprecia,
la vanidad del alma la apetece.
Y si le falta, lo que el alma aprecia,
ahunque lo calle allá su sentimiento,
la estará á solas condenando á necia;

y quando no se logre el pensamiento
de obligarla á querer, en que lo sienta,
queda vengado bien nuestro tormento.

CARLOS.

Lo que ofendido vuestro amor intenta,
por dos causas de mí queda aceptado.
Una, el ser fuerza, que ella lo consienta,
porque eso su desden nos ha mandado;
y otra, que sin amor ese desvío,
no me puede costar ningun cuidado.

BEARNE.

Pues la palabra os tomo.

CARLOS.

Yo la fio.

BEARNE.

Y ahun de Diana el nombre á nuestro labio,
desde aqui lo prohiba el albedrío.

D. GASTON.

Ese contra el desden es medio sabio.

CARLOS.

Digo, que de mi parte lo prometo.

BEARNE.

Pues vos veréis vengado nuestro agravio.

D. GASTON.

Vamos, y ahunque se ofenda su respeto,
en festejar las damas, prosigamos
con mas finezas.

CARLOS.

Yo el desvío aceto.

BEARNE. [mos,

Pues que, si á un tiempo todos la dexa-
cierto será, el vencerla.

CARLOS.

Asi lo creo.

BEARNE.

Vamos pues, Don Gaston. *vanse.*

D. GASTON.

Bearne, vamos.

BEARNE.

Logrado habeis de ver nuestro deseo.

POLILLA.

Señor, ésta es braba traza;
y medida á tu deseo;
que esto es, echarte el oxéo,
porque tú mates la caza.

CARLOS.

¡Polilla, mujer terrible,
que ahun no quiera tan picada!

POLILLA.

Señor, ella está abrasada;
mas, rendirse, no es posible.
Ella te quiere, señor,
y dice, que te aborrece;
mas, lo que ira le parece,
es quinta esencia de amor.

Porque, quando una mujer
de los desdenes se agravia,
bien puede llamarlo rabia,
mas es rabia por querer.
Dia y noche está tratando,
cómo vengar su congoja;
mas no temas, que te coja,
que ella te dará bien blando.

CARLOS.

¿Qué dice de mí?

POLILLA.

Te acusa.
Dice, que eres un grosero,
desatento, majadero;
y yo, que entiendo la musa,
digo: señora, es un loco,
un sucio; y ella despues,
vuelve por tí, y dice: no es;
que ni tanto ni tan poco.
En fin, porque sus desvelos
no se logran, yo imagino,
que ahora toma otro camino,
y quiere picarte á zelos.
Conoce tu la varilla;
y, si acaso te la echa,
disimula, y dí á la flecha
riendo: hagote cosquilla;
que ella se te vendrá al ruego.

CARLOS.

¿Por qué?

POLILLA.

Porque, ahunque se enoje,
quien, quando siembra, no coje,
vá á pedir limosna luego.
Esto es, señor, evidencia.
Lope, el Fenix Hespañol,
de los ingenios del sol,
lo dixo en esta sentencia:
„¿Quien tiene zelos, y ofende,
qué pretende?
La venganza de un desden;
y si no le sabe bien,
vuelve á comprar lo que vende."
Mas ya los Principes ván
sus musicas previniendo.

CARLOS.

Irme con ellos pretendo.

POLILLA.

Con eso juego te dán.

CARLOS.

Diana viene.

POLILLA.

Pues cuidado,
y escapate.

CARLOS.

Voyme luego. *vase.*

POLILLA.

Vete; que, si nos vé el juego,
perderémos lo envidado.

Cantan dentro, y vá saliendo Diana.

MUSICA.

Pastores, Cintia me mata,
Cintia es mi muerte y mi vida;
yo, de ver á Cintia, vivo,
y muero, por ver á Cintia.

DIANA.

¡Tanto Cintia!

POLILLA.

Es el reclamo
del Bearnés.

DIANA.

Finezas necias.

POLILLA.

Todo esto es, echar especias
al guisado de mi amo.

DIANA.

Por no ver estas contiendas,
de que á sus damas alaben,
deseo ya, que se acaben
aquestas carnestolendas.

POLILLA.

Eso es ya rigor tirano.
Dexa, señora, querer,

si no quieres; que esto es ser
el perro del hortelano.

DIANA.

¿Pues no es cosa muy cansada,
oír musicas precisas
de Cintias, Lauras, Fenisas
cada instante?

POLILLA.

¿Si te enfada
ver tu nombre en verso escrito,
qué han de hacer sino Cintiar,
Laurear, y Fenisar,
porque Dianar es delito?
Y el Bearnés tan fiero está
con Cintia, que esta en su pecho,
que una gran decima ha hecho.

DIANA.

¿Y como dice?

POLILLA.

Allá vá.

Cintia el mandamiento quinto
quebró en mí como saeta.
Cintia es la que á mí me aprieta,
y yo soy de Cintia el cinto.
Cintia y Cinta no es distinto,
y pues Cintia es semejante
á Cinta, soy fino amante
pues traygo Cinta en la liga;

y esta decima la diga,
Cintón el Representante.

DIANA.

Bien por cierto; mas ya suena
otra musica.

POLILLA.

Y galante.

DIANA.

Esta será de otro amante.

POLILLA.

Reventando está de pena. *ap.*

MUSICA.

No iguala á Fenisa el Fenix;
que si él muere y resucita,
Fenisa dá vida y mata.
Mas que el Fenix es Fenisa.

DIANA.

¡Qué finos están!

POLILLA.

Jesus,
mucha cosa, y ahun mi pecho.
Oye, lo que á Laura he hecho.!

DIANA.

¿Tambien dás musicas?

POLILLA.

Pues.
Laura en rigor es Laurél;
y pues Laura á mí me plugo,

yo tengo de ser vesugo,
por escabecharme en él.

DIANA.

¿Y Carlos no me pudiera
dar musica á mí tambien?

POLILLA.

Si él llegára á querer bien,
sin duda se te atreviera.
Mas él no ama, y tú el concierto
de que te dexase, hiciste:
con que al punto que dixiste,
id con Dios, vió el cielo abierto.

DIANA.

Que lo dixe asi, confieso;
mas él porfiar debia;
que aqui es cortés la porfia.

POLILLA.

¿Pues cómo puede ser eso,
si á las fiestas han de ir,
y es desprecio de su fama
no ir un galan con su dama,
y tú no quieres salir?

DIANA.

¿Qué pudiera ser, no infieres,
que saliese yo con él?

POLILLA.

Sí, señora; pero él
sabe poco de poderes.

Mas ya galanes y damas
á las fiestas ván saliendo.
Cierto que es un Mayo, ver
las plumas de los sombreros.

DIANA.

Todos vienen con sus damas,
y Carlos viene con ellos.

POLILLA.

Señores, si esta mujer,
viendo ahora este desprecio,
no se rinde á querer bien,
ha de ahorcarse, como hay Credo.

Salen todos los galanes con sus damas, con sombreros y plumas.

MUSICA.

A festejar sale amor
sus dichosos prisioneros,
dando plumas sus penachos
á sus harpones soberbios.

BEARNE.

Principes, para picarla,
es éste el mejor remedio.

D. GASTON.

Mostrarnos finos, importa.

CARLOS.

Mi fineza es el despego.

BEARNE.

Cada instante, Cintia hermosa,
me olbido, de que soy vuestro,
porque no creo á mi suerte
la dicha, que la merezco.

CINTIA.

Mas dudo yo, pues presumo,
que el ser tan fino, es empeño
del dia, y no del amor.

BEARNE.

Salir del dia deseo,
por venceros esa duda.

D. GASTON *á Fenisa.*

Y vos, si dudais lo mesmo,
vereis, pasar mi fineza
á los mayores extremos:
quando solo deuda sea
de la fé con que os venero.

DIANA.

Nadie se acuerda de mí.

POLILLA.

Yo por ninguno lo siento,
sino por aquel menguado
de Carlos, que es un soberbio.
Tiene él algo mas, que ser
muy galan y muy discreto,
muy liberal y valiente,
y hacer muy famosos versos,

y ser un Principe grande?
¿Pues qué tenemos con eso?

BEARNE.

Conde de Fox, no perdamos
tiempo para los festejos,
que tenemos prevenidos.

D. GASTON.

Tan felíz dia logremos.

DIANA.

¡Qué tiernos ván!

POLILLA.

Son menguados.

DIANA.

¿Pues es malo, el estar tiernos?

POLILLA.

Sí; que es cosa de capones.

BEARNE.

Proseguid el dulce acento,
que nuestra dicha celebra.

CARLOS.

Yo seré imán de sus écos.

Vanse pasando por delante de Diana, sin reparar en ella.

MUSICA.

A festejar sale amor
sus dichosos prisioneros, &c.

DIANA.

¡Qué finos ván y qué graves!

POLILLA.

¿Sabes, qué parecen estos?

DIANA.

¿Qué?

POLILLA.

Priores y Abadesas.

DIANA.

¡Y Carlos se vá con ellos!
Solo de él siento el desden.
Pero, de abrasarle á zelos,
es ésta buena ocasion.
Llamale tú.

POLILLA.

¿Ah caballero?

CARLOS.

¿Quién llama?

POLILLA.

Apropinquacion
ad parlandum.

CARLOS.

¿Con quién?

POLILLA.

Mecum.

CARLOS.

¿Pues para eso me llamabas,
quando vés, que voy siguiendo

ese acento enamorado?

DIANA.

¡Vos enamorado! Bueno.
¿Y de quién lo estais?

CARLOS.

Señora,
tambien yo aqui dama llevo.

DIANA.

¿Qué dama?

CARLOS.

Mi libertad,
que es, á quien yo galantéo.

DIANA.

Cierto, que me habia dado
gran susto. *ap.*

POLILLA.

Bueno vá esto.
Ya está mas allá de Illescas,
para llegar á Toledo.

DIANA.

¿La libertad es la dama?
Buen gusto teneis por cierto.

CARLOS.

En siendo gusto, señora,
no importa, que no sea bueno;
que la voluntad no tiene
razon para su deseo.

DIANA.

Pero ahí no hay voluntad.

CARLOS.

Si hay tal.

DIANA.

O yo no lo entiendo,
ó no la hay; que no se puede
dar voluntad sin sujeto.

CARLOS.

El sujeto es el no amar;
y voluntad hay en esto;
pues si quiero no querer,
ya quiero lo que no quiero.

DIANA.

La negacion no dá sér;
que solo el entendimiento
le dá al ente racional
un sér fingido y supuesto;
y asi esta no es voluntad,
pues sin causa no hay efecto.

CARLOS.

Vos, señora, no sabeis,
lo que es querer; y asi en esto
será lisonja, deciros,
que ignorais el argumento.

DIANA.

No ignoro tal; que el discurso
no ha menester los efectos

para conócer las causas,
pues sin la experiencia de ellos
las vé la Filosofia.
Pero yo ahora lo entiendo
con experiencia tambien.

CARLOS.

¿Pues vos quereis?

DIANA.

Lo deseo.

POLILLA.

Cuidado, que vá apuntando
la varilla de los zelos.
Untate muy bien las manos
con azeyte de desprecios,
no se te pegue la liga.

DIANA.

Si éste tiene entendimiento, *ap.*
se ha de abrasar, ó no es hombre.

POLILLA.

Eso fuera, á no estar hecho
el defensivo y pegado.

CARLOS.

De oíros, estoy suspenso.

DIANA.

Carlos, yo he reconocido,
que la opinion que yo llevo,
es ir contra la razon,
contra el util de mi Reyno,

la quietud de mis vasallos,
la duracion de mi Imperio.
Viendo estos inconvenientes,
he puesto á mi pensamiento
tan forzosos silogismos,
que le he vencido con ellos.
Determinada á casarme,
apenas cedió el ingenio
al poder de la verdad
su sofistico argumento,
quando ví, al abrir los ojos,
que la nube de aquel yerro
le habia quitado al alma
la luz del conocimiento.
Al Principe de Bearne,
mirado sin pasion:::

POLILLA.

Elos.
Al azeyte; que trahen liga.

DIANA.

es tan galán caballero,
que merece la atencion
mia; que harto lo encarezco.
Por su sangre no hay ninguno
de mayor merecimiento;
á sus partes no le iguala
el mas galan, mas discreto.
Lo afable en los agasajos,

lo humilde en los rendimientos,
lo primoroso en finezas,
lo generoso en festejos,
nadie lo tiene como él.
Corrida estoy, de que un yerro
me haya tenido tan ciega,
que no viese, lo que véo.

CARLOS.

Polilla, aunque sea fingido,
vive Dios, que estoy muriendo.

POLILLA.

Azeyte, pesia mi alma,
ahunque te manches con ello.

DIANA.

Y asi, Carlos, determino
casarme; mas antes quiero,
por ser tan discreto vos,
consultaros este intento.
¿No os parece, del de Bearne,
que será el mas digno dueño,
que dar puedo á mi corona;
que yo por el mas perfecto
le tengo, de todos quantos
me asisten? ¿Qué sentís de ello?
Parece, que os demudais.
¿Extrañais mi pensamiento?
Bien he logrado la herida; *ap.*
que del semblante lo infiero.

Todo el color ha perdido;
eso es, lo que yo pretendo.

POLILLA.

¿Ah señor?

CARLOS.

Estoy sin alma.

POLILLA.

Sacudete, majadero;
que te se pega la liga.

DIANA.

¡No me respondeis! ¿Qué es eso?
¿Pues de qué os habeis turbado?

CARLOS.

Me he admirado por lo menos.

DIANA.

¿De qué?

CARLOS.

De que yo pensaba,
que no pudo hacer el cielo
dos sujetos tan iguales;
que estén á medida y peso
de unas mismas qualidades,
que vos y yo, á lo que entiendo,
y lo estoy viendo en los dos;
pues pienso, que estamos hechos
tan debaxo de una causa,
que yo soy retrato vuestro.
Quánto ha, señora, que vos

teneis ese pensamiento?

DIANA.

Dias ha, que está trabada
esta batalla en mi pecho,
y desde ahier me he vencido.

CARLOS.

Pues aquese mismo tiempo
ha, que estoy determinado,
á querer, ello por ello;
y tambien mi ceguedad
me quitó el conocimiento
de la hermosura que adoro:
digo, que adorar deseo;
que cierto, que lo merece.

DIANA.

Sin duda logré mi intento. *ap.*
Pues bien podeis declararos;
que yo nada os he encubierto.

CARLOS.

Sí, señora, y ahun hacer
vanidades del acierto.
Cintia es la dama.

DIANA.

¡Quién, Cintia!

POLILLA.

Ah buen hijo, como diestro
herís por los mismos filos,
que esa es doctrina del Negro.

CARLOS.

¿No os parece, que he tenido
buena eleccion en mi empleo;
porque, ni mas hermosura,
ni mejor entendimiento
jamás en mujer he visto?
¿Aquel garbo, aquel sosiego,
su agrado no hace dichosa
mi pasion? ¿Qué sentis de ello?
Parece, que os he enojado.

DIANA.

Toda me ha cubierto un hielo. *ap.*

CARLOS.

¿No respondeis?

DIANA.

Me ha dexado
suspensa, el veros tan ciego;
porque yo en Cintia no he hallado
ninguno de esos extremos.
Ni es agradable ni hermosa
ni discreta; y ese es yerro
de la pasion.

CARLOS.

¡Hay tal cosa!
Hasta ahí nos parecemos.

DIANA.

¿Por qué?

CARLOS.

Porque á vos de Cintia
se os encubre el rostro bello;
y del de Bearne á mí,
lo galan se me ha encubierto;
con que somos tan iguales,
que decimos mal á un tiempo,
yo, de lo que vos quereis,
y vos, de lo que yo quiero.

DIANA.

Pues, si es gusto, cada uno
siga el suyo.

CARLOS.

Malo es esto.

POLILLA.

Encima viene la tuya:
no te se dé nada de eso.

CARLOS.

Pues ya con vuestra licencia,
iré, señora, siguiendo
aquel eco enamorado;
que, el disfrazaros mi intento,
fue temor, que ya he perdido,
sabiendo, que mi deseo
en la ocasion y el motivo
es tan parecido al vuestro.

DIANA.

¿Vais, á verla?

CARLOS.

Sí, señora.

DIANA.

Sin mí estoy. ¡Qué es esto, cielos!

POLILLA.

Pára largo, que la pierde.

CARLOS.

A Dios, señora.

DIANA.

Teneos;
aguardad. ¿Por qué ha de ser
tan ciego un hombre discreto,
que ha de oponer un sentido
á todo un entendimiento?
¿Qué tiene Cintia de hermosa?
¿Qué discurso? ¿Qué conceptos
os la han fingido discreta?
¿Qué garbo tiene? ¿Qué aseo?

POLILLA.

Cinco, seis y encaxe. Cuenta,
señor, que la vá perdiendo
hasta el codo.

CARLOS.

¡Qué decís!

DIANA.

Que ha sido mal gusto el vuestro.

CARLOS.

¡Malo, señora! Alli vá

Cintia; miradla ahun de lexos,
y vereis, quántas razones
dá su hermosura á mi acierto.
Mirad en lazos prendido
aquel hermoso cabello
y si es justo, que en él sea
yo el rendido y él el preso.
Mirad, en su frente hermosa
como junta el rostro bello,
bebiendo luz á sus ojos,
sol, luna, estrellas y cielo.
Y en sus dos ojos mirad,
si es digno y dichoso el yerro,
que hace esclavos á los mios,
ahunque ellos sean los negros.
Mirad el sangriento labio,
que fino el coral vertiendo,
parece, que se ha teñido
en la herida, que me ha hecho.
Aquel cuello de cristal,
que, por ser de garza el cuello,
al cielo de su hermosura
osa llegar con el vuelo.
Aquel talle tan delgado,
que yo pintarle no puedo;
porque es él mas delicado,
que todos mis pensamientos.
Yo he estado ciego, señora;

pues solo ahora lo veo,
y del pesar de mi engaño,
me paso á loco de ciego;
pues no he reparado aqui
en tan loco desacierto,
como alabar su hermosura
delante de vos. Mas de esto
perdon os pido, y licencia
de ir, á pedirsela luego
por esposa á vuestro padre,
ganando tambien á un tiempo
del Príncipe de Bearne
las albricias, de ser vuestro. *vase.*

DIANA.

¡Qué es esto, dureza mia!
Un volcan tengo en mi pecho.
¡Qué llama es ésta, que el alma
me abrasa! Yo estoy ardiendo.

POLILLA.

Alto: ya cayó la breba, *ap.*
y dió en la boca por yerro.

DIANA.

¿Caniquí?

POLILLA.

¿Señora mia?

¡Hay tan grande atrevimiento!
¿Por qué con él no envestiste,
y le arrancaste á este necio

todas las barbas á araños.

DIANA.

Yo pierdo el entendimiento.

POLILLA.

Pues pierde tambien las uñas.

DIANA.

Caniquí, esto es un soberbio.

POLILLA.

Eso no es sino bramante.

DIANA.

¡Yo arrastrada de un soberbio!
!Yo rendida de un desvío!
¡Yo sin mí!

POLILLA.

Señora, quedo;
que esto parece querer.

DIANA.

¡Qué es querer!

POLILLA.

Serán torreznos.

DIANA.

¡Qué dices!

POLILLA.

Digo de amor.

DIANA.

¡Cómo amor!

POLILLA.

No, sino huevos.

DIANA.

¡Yo amor;

POLILLA.

¿Pues qué sientes tú?

DIANA.

Una rabia y un tormento.
No sé, qué mal es aqueste.

POLILLA.

Venga el pulso y lo verémos.

DIANA.

Dexame: no me enfurezcas;
que es tanto el furor que siento,
que ahun á mí no me perdono.

POLILLA.

¡Ay, señora, vive el cielo,
que se te ponen azules
las venas, y es mal agüero!

DIANA.

¿Pues de aqueso qué se infiere?

POLILLA.

Que es pujamiento de zelos.

DIANA.

¡Qué dices, loco, villano,
atrevido, sin respeto!
¡Zelos yo! ¡Qué es lo que dices!
Vete de aqui; vete luego.

POLILLA.

Señora:::

DIANA.

Vete atrevido,
ó haré, que te arrojen luego
de una ventana.

POLILLA.

Agua vá.
Voyme, señora, al momento;
que no soy para vaciado.
¡Madre de Dios, quál la dexo.
Voyme; que adonde hay pañal,
el Caniquí tiene riesgo. *vase.*

DIANA.

¡Fuego en mi corazon! No; no lo creo.
¡Siendo de marmol, en mi pecho helado
pudo encenderse! No; miente el cuidado.
¡Pero, cómo lo dudo, si lo veo!
Yo deseé vencer por mi trofeo
un desden, que á mí misma me ha abrasado
fuego de amor. ¡Qué mucho, que haya entrado,
donde le abrió las puertas el deseo!
De este peligro no advertí el indicio;
pues para echár el fuego en otra casa,
yo le encendí en la mia. Hizo su oficio.
No admire pues mi pecho, lo que pasa;
que, quien quiere encender un edificio,
suele ser el primero, que se abrasa.

Sale el de Bearne.

BEARNE.

Gran victoria he conseguido,
si mi dicha es cierta ya.
Mas aqui Diana está.
A vuestras plantas rendido,
señora, perdon os pido,
de venir tan arrojado
con la nueva que me han dado;
que yo pienso, que ahun es poco,
siendo vuestro, el venir loco
de un favor imaginado.

DIANA.

No os entiendo. ¿Hablais conmigo?
¿Qué favor decís?

BEARNE.

Señora,
el de Urgél me ha dicho ahora,
que de él ha sido testigo,
y que yo el laurél consigo,
de ser vuestro.

DIANA.

Necio él fue,
si os dixo, lo que no sé,
y vos si lo habeis creido.

BEARNE.

Ya lo dudó mi sentido;
mas, quien lo creyó, es mi fé;
que como milagro fuera
de vos, el tener piedad,
os negára el ser deydad,
si mi amor no lo creyera.
En el pecho, que os venera,
haber mas fé, es mas trofeo;
y, pues fé ha sido el deseo
de imaginaros deydad,
perdonad mi necedad
por la fé, con que lo creo.

DIANA.

¡Pues no es mas atrevimiento,
creeros digna de amor!

BEARNE.

No; que vos con el favor,
podeis dar merecimiento,
y en esto mi pensamiento,
antes que en mí el merecer,
creyó de vos el poder.

DIANA.

¿Y él os ha dicho ese error?

BEARNE.

Sí, señora.

DIANA.

Esto es peor. *ap.*

que lo que acaba de hacer;
porque supone, estar yo
despreciada, y él amante,
pues al Principe al instante
el aviso le llevó;
que él nunca lo hiciera, no,
si á mí me quisiera bien.
Amor, la furia deten,
pues ya mi pecho has postrado,
que en él este hombre ha labrado
el Desden con el Desden.

BEARNE.

Señora, yo el modo erré,
de aceptar vuestro favor.
Y, lo que fuera mejor,
emendando el yerro, iré
á vuestro padre, y diré
la gracia, que os he debido,
y rogaré agradecido,
que interceda en mi pasion
por mi dicha y el perdon,
de haber andado atrevido. *vase.*

DIANA.

¡Qué es esto, que me sucede!
Yo me quemo; yo me abraso.
¿Mas, si es venganza de amor,
por qué su rigor extraño?
Esto es amor; porque el alma

me lleva el desden de Carlos.
Aquel hielo me ha encendido;
que amor su deydad mostrando,
por castigar mi dureza,
ha vuelto la nieve en rayos.
¡Pues qué he de hacer, ay de mí,
para emendar este daño,
que en vano el pecho resiste!
El remedio es, confesarlo.
¡Qué digo yo! ¡Publicar
mi delito con el labio!
¡Yo decir, que quiero bien!
Mas Cintia viene; el recato
de mi decoro me valga;
que tanto tormento paso
en el ardor que padezco,
como en haber de callarlo.

Salen Cintia y Laura.

CINTIA.

Laura, no creo mi dicha.

LAURA.

Pues la tienes en la mano,
lograrla, ahunque no la creas.

CINTIA.

Diana, el justo agasajo,
que, por ser tu sangre, yo
te he debido, ahora aguardo,

que sea con tu favor,
el que requiere mi estado.
Carlos, señora, me pide
por esposa, y en él gano
un logro para un deseo,
para mi nobleza un lauro.
Enamorado de mí,
pide, señora mi mano.
Solo tu favor me falta
para la dicha, que aguardo.

DIANA.

¡Eso es justicia de amor, *ap.*
uno tras otro el agravio!
¡Ya no me doy por vencida!
¡Qué mas quieres, Dios tirano!

CINTIA.

¿No me respondes, señora?

DIANA.

Estaba, Cintia, mirando,
de qué modo es la fortuna
en sus inciertos acasos.
Anhela un pecho infelíz
con dudas y sobresaltos,
diligencias y deseos
por un bien imaginado.
Solo, porque le desea,
huye de él, y es tan ingrato,
que de otro, que no le busca

se vá á poner en la mano.
Yo de su desden herida,
procuré rendir á Carlos;
obliguéle con favores;
hice finezas en vano:
siempre en él hallé desvío,
y sin buscarle tu halago,
lo que huyó de mi deseo,
se vá á rendir á tus brazos.
Yo estoy ciega de ofendida,
y el favor que me has rogado,
que te dé, te pido yo,
para vengar este agravio.
Llore Carlos tu desprecio:
sienta su pecho tirano
la llama de tu desvío,
pues yo en la suya me abraso.
Vengame de su soberbia:
hallete su amor de marmol:
pene, suspire y padezca
en tu desden, y llorando,
sufra:::

CINTIA.

¡Señora, qué dices!
¿Si él conmigo no es ingrato,
por qué he de dar un castigo,
á quien me hace un agasajo?
¿Por qué me has de persuadir

lo que tú estás condenando;
si en él su desden no es bueno,
tambien en mí será malo.
Yo le quiero, si él me quiere.

DIANA.

¡Qué es quererle! ¡Tu de Carlos
amada! ¡Yo despreciada!
¡Tú con él casarte, quando
del pecho se está saliendo
el corazon á pedazos!
¡Tú logrando sus cariños,
quando su desden helado,
trocando efectos la causa,
abrasa mi pecho á rayos!
Primero, viven los cielos,
fueran las vidas de entrambos
asunto de mi venganza,
ahunque con mis propias manos
sacára á Carlos del pecho,
donde, á mi pesar, ha entrado,
y para morir con él,
matára en mí su retrato.
¡Carlos casarse contigo,
quando yo por él me abraso!
¡Quando adoro su desvío,
y su desden idolatro!
¡Pero qué digo, ay de mí!
¡Yo asi mi decoro ultrajo!

Miente mi labio atrevido:
miente::: Mas él no es culpado;
que, si está loco mi pecho,
¡cómo ha de estár cuerdo el labio!
¡Mas yo me rindo al dolor,
para hacer de uno dos daños!
Muera el corazon y el pecho,
y viva de mi recato
la entereza. Cintia, amiga,
si á tí te pretende Carlos,
si dá amor á tu descuido,
lo que niega á mi cuidado,
casate con él y logra
casto amor en dulces lazos.
Yo solo quise vencerle;
y éste fue un empeño vano
de mi altivéz; que ya veo,
que fue locura, intentarlo,
siendo accion de la fortuna;
pues, como se vé en sus casos,
siempre consigue el dichoso,
lo que intenta el desdichado.
El ser querida una dama,
de quien desea, no es lauro,
sino dicha de su estrella.
Y, quando yo no lo alcanzo,
no se infiere, que yo tengo
en mi hermosura y mi aplauso,

partes para merecerlo,
sino suerte para hallarlo.
Y pues yo no la he tenido,
para lo que he deseado,
logralo tú, que la tienes;
dale de esposa la mano,
y triunfe tu corazon
de sus rendidos halagos.
Enlace::: ¡Pero qué digo;
que me estoy atravesando
el corazon! No es posible,
resistir á lo que paso.
Toda el alma se me abrasa.
¡Para qué, cielos, lo callo,
si por los ojos se asoma
el incendio, que disfrazo!
Yo no puedo resistirlo;
pues, quando lo mienta el labio,
¡cómo ha de encubrir el fuego,
que el humo está publicando!
Cintia, yo muero. El delito
de mi desden me ha llevado
á este mortal precipicio
por la senda de mi engaño.
El amor, como deydad
mi altivéz me ha castigado;
que es niño para las burlas,
y Dios para los agravios.

Yo quiero en fin::: Ya lo dixe,
y á tí te lo he confesado
á pesar de mi decoro,
porque tienes en tu mano
el triunfo, que yo deseo.
Mira, si habiendo pasado
por la afrenta, del decirlo,
te estará bien, el dexarlo. *vase.*

LAURA.

¡Jesus! El cuento del loco
él por él está pasando.

CINTIA.

¡Qué dices, Laura, qué dices!

LAURA.

Viendo prohibido el plato,
Diana enfermó del amor,
y del desden ha sanado.

CINTIA.

Ay, Laura, ¿pues qué he de hacer?

LAURA.

¿Qué, Señora? Asegurarlo;
y al de Bearne, que es fixo,
no soltarle de la mano,
hasta vér, en lo que pára.

CINTIA.

Calla; que aqui viene Carlos.

Salen Carlos y Polilla.

POLILLA.

Las unciones del desprecio,
señor, la vida le han dado.
Gran cura hemos hecho en ella.

CARLOS.

Si es cierto, gran triunfo alcanzo.

POLILLA.

Haz cuenta, que ya está sana;
porque queda babeando.

CARLOS.

¿Y has conocido, que quiere?

POLILLA.

¡Cómo querer! por San Pablo,
que me vine huyendo de ella,
porque la ví querer tanto,
que temí, que echase el resto,
y me destruyese.

CINTIA.

¿Carlos?

CARLOS.

¿Cintia hermosa?

CINTIA.

Vuestra dicha
logra ya triunfo mas alto,
que el que en mi mano pretende.

Vuestro descuido ha triunfado
del desden, que no ha vencido
en Diana el agasajo
de los Principes amantes.
Ella os quiere: yo me aparto
de mi esperanza por ella
y por vos, si es vuestro el lauro.

CARLOS.

¡Qué es lo que decís, señora!

CINTIA.

Que ella me lo ha confesado.

POLILLA.

Toma, si purga, señor.
No hay en la botica emplasto
para las mujeres locas,
como un parche de mal trato.
Mas aqui su padre viene
y los Principes. Al caso,
señor; ahunque esté rendida,
declararte con resguardo.

Salen el Conde de Barcelona y los Principes.

CONDE.

Principe, vos me dais tan buena nueva,
que es justo, que os la acepte, y ahunque os deba
lo que á vuestra persona

pago, en daros mi hija y mi Corona.

D. GASTON.

Pues ahunque yo, señor, no haya tenido
la dicha, que Bearne ha conseguido,
siempre estaré contento,
de que él haya logrado el vencimiento,
que tanto he deseado,
por la parte que debe á mi cuidado;
y el parabien le doy de este trofeo.

CARLOS.

Y tambien le admitid de mi deseo.

BEARNE.

Carlos, yo le recibo,
y el mio os apercibo;
pues en Cintia lograis tan digno dueño,
que envidiára el empeño,
á no lograr el mio.

Sale Diana al paño.

DIANA.

¡Dónde me lleva el loco desvarío
de mi pasion! Yo estoy muriendo, cielos,
de envidias y de zelos.
Mas los Principes todos se han juntado,
y mi padre con ellos.
Sin alma llego á vellos,

pues si su fin no alcanza,
yo tengo de morir con mi esperanza.

CONDE.

Carlos, pues vos pedís á mi sobrina,
yo pagando el deseo, que os inclina,
os ofrezco su mano;
y, pues tanto sosiego en esto gano,
haganse juntas todas
las bodas de Diana y vuestras bodas.

DIANA.

Cielos, yo estoy mi muerte imaginando.

POLILLA.

Señor, Diana, allí te está escuchando,
y has menester un modo muy discreto,
de declararte, porque tenga efecto;
que vá con condiciones el partido,
y, si yerras el cabe, vá perdido.

CARLOS.

Yo, señor, á Barcelona
vine, mas que á pretender,
á festejar de Diana
la hermosura y el desden.
Y, ahunque es verdad, que de Cintia
el hermoso rosiclér
amaneció en mi deseo,
á la luz del querer bien,
la entereza de Diana,

que tan de mi genio fue,
ha ganado en mi albedrío
tanto imperio, que no haré
cosa, que no sea su gusto;
porque la hermosa altivéz
de su desden me ha obligado
á que yo viva por él.
Y, puesto que haya pedido,
mi amor á Cintia, ha de ser
siendo asi su voluntad,
pues la mia suya es.

CONDE.

¿Pues quién duda, que Diana
de eso muy contenta esté?

POLILLA.

Eso lo dirá su Alteza,
por hacerme á mí merced.

DIANA.

Sí, diré; pero, señor, . *sale.*
¿vos contento no estaréis,
si yo me caso, que sea
con qualquiera de los tres?

CONDE.

Sí; que todos son iguales.

DIANA.

¿Y vosotros quedaréis
de mi eleccion ofendidos?

BEARNE.

Tu gusto, señora, es ley.

D. GASTON.

Y todos la obedecemos.

DIANA.

Pues el Principe ha de ser,
quien dé á mi prima la mano,
y quien á mi me la dé;
el que vencer ha sabido
el Desden con el Desden.

CARLOS.

¿Y quién es ese?

DIANA.

Tú solo.

CARLOS.

Dame ya los brazos pues.

POLILLA.

Y mi bendicion os cayga
por siempre jamás amen.

BEARNE.

Pues ésta, Cintia, es mi mano.

CINTIA.

Contenta quedo tambien.

LAURA.

Pues tú, Caniquí, eres mio.

POLILLA.

Sacudanse todos bien;
que no soy sino Polilla.

Mamóla vuesa merced.
Y con esto y con un vitor,
que pide humilde y cortés
el ingenio, aqui se acaba
el Desden con el Desden.



EL ALCAZAR DEL SECRETO,

COMEDIA

DE DON ANTONIO DE SOLIS.

Cuidado, que se acercan
mudos los riesgos,
porque no los detengan
los escarmientos. Jorn. I.

ARGUMENTO.

Sigismundo, Principe de Epiro, mató en buena guerra por sí mismo al Principe de Chipre, hijo de Fisberto, por lo que eran enemigos.

El vaticinio, de que Diana, hija de Fisberto, destinaba su amor para su mayor enemigo, obliga á su padre, á guardarla en un Alcazar; ofreciendola al mismo tiempo en casamiento, á quien matáse á Sigismundo.

Este, impelido de una tormenta, es arrojado á la Isla de Chipre, donde vé á Diana, y se enamora de ella, ocultando su nombre con el de Rugero, Principe de Creta, por no ser aborrecido y perseguido, con lo que es correspondido de Diana.

Rugero, èl verdadero Principe de Creta, enamorado por un retrato de Astrea, hermana de Sigismundo, ignorando, dónde hallar el original, se embarca, y es llevado á Chipre; á cuya isla aportó tambien Astrea por un furioso uracán, con lo que se vén, y se enamoran.

Cree Sigismundo, que Rugero ama á Diana, y lo mismo sospecha Rugero de Sigismundo: proponen ambos olbidarla al mismo tiempo que por la equivocacion de los nombres, creen Diana y Astrea (que se habia amparado de ella) amar á un mismo sujeto: hasta que la Sábia Alcina lo declara todo; y Fisberto, creyendo cumplido el destino de Diana, la casa con Sigismundo, y éste dá á Rugero á su hermana Astrea.





PERSONAS.

SIGISMUNDO, *Principe de Epiro.*

RUGERO, *Principe de Creta.*

FISBERTO, *Rey de Chipre.*

DIANA, *su hija.*

ASTREA, *hermana de Sigismundo.*

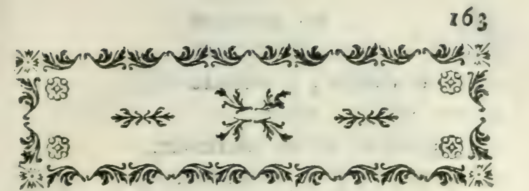
ALCINA, *Sábia.*

LISIDAS.

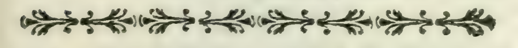
AURELIO.

LAURA, *criada.*

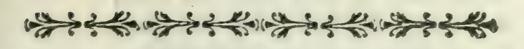
TURPIN, *criado.*



EL ALCAZAR DEL SECRETO.



JORNADA PRIMERA.



Sale la sabia Alcina cantando, cubierto el rostro con un velo y Astréa siguiendola.

ALCINA *cantando.*

¿Amor, dónde irá el deseo,
que no se encuentre contigo,
si, huyendo de tí, parece,
que te busca el albedrío?

ASTREA.

Sacerdotisa admirable
de Venus, á cuya voz
pierde el ayre lo velóz,

pierde la tierra lo estable,
dexa de cantar, y atiende
á una infelice mujer,
que, quando te ha menester,
se apresura, y se suspende.

ALCINA *cantando.*

Dónde estará el pensamiento
seguro de tus delirios,
si el huir de la memoria,
es desviar el olbido.

ASTREA.

Cubriendo el rostro de un velo,
y de otro la voz, me asombras
la atencion con menos sombras,
si es ceguedad mi desvelo.

ALCINA *cantando.*

Quién te ha de vencer, si saben
fabricar tus desvaríos
una libertad postrada
de un afecto resistido.

ASTREA.

Si desfallezco en la lucha
de otras pasiones mortales,
¿qué tienen que ver mis males,
con esa pasion?

ALCINA.

Escucha.

¿Me conoces?

Quitase Alcina el velo.

ASTREA.

¡Sabia Alcina,
á qué region me ha arrojado
el mar!

ALCINA.

No tengas cuidado;
que hácia tu dicha camina
ese, que juzgas retiro,
de tu fortuna.

ASTREA.

Sabrás,
que mi destino:::

ALCINA.

Dirás,
que tu padre, el rey de Epiro,
porque saber deseó,
si tu hermano Sigismundo
yace en el seno profundo
del mar, donde se arrojó,
consultó la soberana
voz de Tetis, cuyo altar
sitia y reverencia el mar
en una isla cercana;
que, el sacrificio acabado,
apenas pusiste el pie
en el vaxél, quando fue
de un uracán arrojado

á estas peñas, tan violento,
que ni allí pudo ampararte
tu gente, ni tú acordarte
de tu mismo deshaliento.

ASTREA.

¡Cómo desde aquí, saber
mis sucesos, has podido!

ALCINA.

Porque soy, quien te ha trahido,
donde tú me has menester.

ASTREA.

¡Cómo pues, si esto es así,
te oygo canciones de amor,
que no hacen á mi dolor,
y se le llevan trás sí!

ALCINA.

¿Qué te respondió la Diosa
en su oráculo fiel?

ASTREA.

„Huye de amor, que con él,
„huyendo, serás dichosa."

ALCINA.

Pues, si has de encontrar huyendo
las dichas de amor, advierte,
si, para explicar tu suerte,
erraba mi voz, diciendo::

CANTA.

Amor, donde irá el deseo,

que no se encuentre contigo,
si, huyendo de tí, parece,
que te busca el albedrío.

ASTREA.

Dime, de quién he de huir,
y de quién me he de amparar;
que otra vez me haces dudar,
lo que me quieres decir.

ALCINA.

¿Ignora tu voluntad
las leyes de amor?

ASTREA.

No sé,
que libre, ó cautiva esté.

ALCINA.

Recorre tu libertad.

ASTREA.

Quando estubiste en Epiro
aplaudida por tu ciencia,
me hablaste de la influencia
de mi estrella en el retiro
de un jardin, y me enseñaste
los Principes, en que hablaba
mi padre, que deseaba
casarme, quando llegaste.
De un espejo en el cristal
diversas regiones ví;
y entre todos los que alli

fingió el sentido neutral,
solo al Principe de Creta,
Rugero dexó formado
de un sentido sobornado
una memoria inquieta.
Mas, si no le he visto mas,
ni aquello pienso que fue
verle, ¿cómo pensaré,
que hablando de él estás?
Sepa yo, amiga, de tí,
de quien he de huir, y quien
ha de ampararme tambien.

RUGERO *dentro.*

Valgame el cielo!

DIANA *dentro.*

¡Ay de mí!

ALCINA.

Ya por mí te han respondido
sus voces.

ASTREA.

¡Qué es esto, cielos!

ALCINA.

Aplica al rostro ese velo,
y verás, lo que has oído.

Pone Alcina el velo con que salió cubierta Astrea, y por el un lado del teatro, en que ha de estar figurado un jardin, habrá una puerta, que ha de estar encubierta con hiedra; de suerte, que cerrada no se véa, y por ella salen Diana y Laura, volviendo á cerrar la puerta, y pasan por delante de Astrea y Alcina, representando lo que se sigue.

DIANA.

Vuelve á cerrar esa gruta:
que ya de lo que intentaba
mi ceguedad, se ha vengado
mi razon.

LAURA.

Ya está cerrada,
y la estatua, cuyó nicho
movible el secreto guarda,
finge tan bien el silencio,
que ahun con el silencio engaña.
¿Pero quién puede entenderte,
quando Rugero te aguarda
junto á la segunda boca
de esta gruta, y tú le llamas,
para decirle el peligro
en que está su vida?

DIANA.

Calla;
que me aconsejas lo mismo,
que el amor, y tus palabras
suenan bien hácia el afecto,
y hácia el decoro amenazan.

ASTREA.

¡Qué Rugero es éste!

ALCINA.

¿Ya
te dió cuidado? Oye, y calla.

DIANA.

Vete, y dexame. ¡Fortuna,
yo presa! ¡Yo amenazada
de mi propio padre! ¡Yo
enemiga de mi patria!
¡Y yo, lo que es mas que todo,
al amor:::? Pero no salgan
del pecho razones, que
no merecen ser palabras.
Haz, que avisen á Rugero;
que no he de salir:::

LAURA.

Aguarda.
¿Dónde te hallaré despues?

DIANA.

Junto á aquella fuente clara
me hallarás. Dexame un rato;

que quiero ver, si descansa
el corazon con ell llanto,
que es respiracion del alma.

LAURA.

Esta gana de llorar
es la peor de las ganas.

Vanse cruzando el tablado Diana y Laura.

ALCINA.

Esta es, quien ha de ampararte.

ASTREA.

¿Y aquel Rugero, en que hablaba,
es el Principe de Creta?

ALCINA.

Luego lo verás. Aguarda:
sabrás, de quién has de huir;
que es, lo que ahora te falta.

Rugero y Turpin dentro.

TURPIN

¿Dónde vais ondas feroces?
De ésta se estrella el batel
con las peñas. ¡Qué cruél
batacazo!

RUGERO.

No dés voces;
que ya me irrita tu miedo.

TURPIN.

Dexame quexar siquiera.
¿No te basta, que me muera,
sino que me muera quedo?

ASTREA.

Luchando alli con el mar,
una misera barquilla
anda buscando la orilla,
y ella no se dexa hallar.
Dos hombres son. ¡Qué dolor!
Cielos, su esfuerzo halentad.

Salen Rugero saltando de alto, y Turpin cayendo.

TURPIN.

Valgame el cielo.

RUGERO.

¡Has caído!
¡Qué torpemente has saltado!

TURPIN.

Nunca me he descalabrado,
que mas lo haya agradecido.

RUGERO.

¿A qué region extrangera
nos habrá arrojado el mar?

TURPIN.

Ahunque la abracé, al llegar,
no es mi conocida.

ASTREA.

Espera.
¿No es éste Rugero?

ALCINA.

Sí.
Oye y calla.

RUGERO.

¿Quándo, amor,
ha de encontrar mi fervor
tu hermoso origen?

TURPIN.

Ahí
te tiene tu desatino!
¡Qué ande como una veleta
todo un Principe de Creta,
derrotado y peregrino
por sola una retratada,
que, quien es, no se ha sabido,
ni si en la copia ha salido
hermosa de mal pintada:
quando hay Pintor liberal,
que ahunque mas feas le dén,
parece el retrato bien
de puro parecer mal!

RUGERO.

Yo he de morir, ó saber,
quién me ha muerto. Pero aguarda;
que hácia allí he visto, dos ninfas

ocultarse entre las ramas.
Lleguemos.

TURPIN.

Yo haré una apuesta, *ap.*
que les dá con su demanda:::

ALCINA.

Todo esto importa al amor
de Sigismundo y Diana.

RUGERO.

Ninfas hermosas, decidme,
si acaso:::

TURPIN.

y sin saludarlas.

RUGERO.

Conoceis de este retrato,
que en el templo de Diana
llegó á mis manos, el bello
original?

ALCINA.

Bien se traza,
lo que ha dispuesto mi ciencia.
Enseñad.

Toma Alcina el retrato, enseñasele á Astrea, y ella se turba.

¡Belleza rara!
El mismo retrato es,
que yo remití á la Sabia

Felicia, porque este afecto
sirve, á lo que Venus manda.
Llega, ámiga. ¿Le conoces?

ASTREA.

Espera. ¡El cielo me valga!
¡Ese no es retrato mio!
Confusa estoy y asombrada.
¡Qué es esto! ¡Quién padeció
tal duda!

ALCINA.

Ese velo aparta;
que he menester tu hermosura
para otra mayor hazaña.
Caballero, de esta suerte
satisfago vuestras ansias;
y tú mira, cómo cumples,
con lo que el cielo te manda.

Dale Alcina el retrato á Astrea; quitala el velo, y vase, quedando turbados Astrea y Rugero.

RUGERO.

Valgame el cielo. ¡Qué miro!

ASTREA.

Todo el corazon me falta.

TURPIN.

Ella es la misma, ó los ojos
como unas niñas se engañan.

RUGERO.

Bella deydad, que suspiste
desde una deydad sin alma,
enseñar á un albedrío
una ciencia, que ignoraba:
no esperado bien, que al mismo
dexarte hallar de mis ansias,
por corregir el deseo,
vienes contra la esperanza:
¿quién eres?

ASTREA.

Yo::: caballero:::
Vuestro afecto: (Estoy turbada)
tiene al cielo contra sí.

RUGERO.

¡Al cielo!

ASTREA.

Sí, pues me manda,
huir de vuestras lisonjas.

RUGERO.

¿Luego sabes:::

ASTREA.

No sé nada;
que afectos, que no se entienden,
siempre se ignoran.

RUGERO.

Aguarda.
¿Dónde vás?

ASTREA.

A obedecer
al cielo; que en tus palabras,
parece, que mi atencion
de su mano se dexaba.
Alcina, espera.

Vase huyendo.

RUGERO.

Detente,
prodigio hermoso.

TURPIN.

Alcanzarla,
es mejor, que persuadirla.

RUGERO.

Sigueme, Turpin; que el alma
he de perder, si la pierdo.

TURPIN.

Miren, qué cosa tan rara.
La homicida huyó, y el muerto
corre trás ella, que rabia.

Entranse los dos siguiendola, y dice Rugero desde adentro;

RUGERO.

Vuelve, hermosisimo dueño.
No te apresures; repara,
en que me voy deteniendo,
por no fatigarte.

Sale por la otra puerta Astrea apresurada.

ASTREA.

Ayrada
fortuna, ¡qué me persigues!
¡Qué me dexáse la sabia,
cruél Alcina en el riesgo!
Apenas pueden mis plantas
moverse entre la aspereza
de estos riscos.

Llega con las manos á una puerta, disimulada con hiedra en el peñasco.

¡Pero rara
novedad! ¡Qué es lo que miro!
Aquesta peña, al tocarla,
se ha movido, y entre fuertes
ocultos goznes librada,
puerta es de una obscura gruta,
que por la interior fachada
sobre no incuita materia
cultas cerraduras guarda.
Dexome llevar; que el cielo,
cuya voz huir me manda,
para encontrar con mi dicha,
sabe, hácia donde me aparta
del riesgo.

Entrase por la gruta, vuelve á cerrar trás sí con la peña, y salen Rugero y Turpin, que, al verla entrar, se quedan turbados.

RUGERO.

Detente: espera.
¡Mas qué es esto!

TURPIN.

La montaña
se la tragó.

RUGERO.

¡Hay mas asombros!

TURPIN.

¡Y te lleva la taymada
el retrato!

RUGERO.

Estoy sin juicio.

Llega con las manos á ver, si se mueve el peñasco.

Dexame llegar; aparta.
Pero el peñasco ni ahun señas,
de haberse movido, guarda.

TURPIN.

Ella se ha desvanecido,
de verse muy alabada.

RUGERO.

Vive Dios, que á los impulsos

de mi brazo::: pero es vana
diligencia.

Llega á forcejar con el peñasco, y dice SIGISMUNDO *dentro.*

Hombre atrevido,
tente. ¿ Qué intentas? Aguarda.

RUGERO.

¿Quién es, Turpin?

TURPIN.

Esta es otra.
¿Qué sé yo? El diablo, que anda
jugando con nuestros juicios
al renegado. La espada
preven; que un hombre se acerca
con ella en la mano.

Saca Rugero la espada, y sale con ella en la mano Sigismundo, y al verse los dos, se turban.

RUGERO.

Aparta.
Dexale llegar.

SIGISMUNDO.

¿ Qué intento,
qué locura os obligaba,
á profanar el sagrado

de esa peña? Si el tocarla:::
¡Pero qué miro! ¡Rugero!
¡Principe de Creta!

RUGERO.

¡Extraña
novedad! ¡Quién! ¡Sigismundo!
¡Principe de Epiro!

SIGISMUNDO.

El alma
se ha turbado. ¡Vos en Chipre,
y en este sitio!

RUGERO.

Y con tantas
confusiones, que no acierto
á discurrir.

SIGISMUNDO.

¿Qué buscabais
en esa peña?

RUGERO.

Una sombra
de mi afligida esperanza,
una ilusion de mi afecto,
una beldad soberana,
por quien vengo peregrino,
y arrojado de mi patria;
y en este sitio:::

SIGISMUNDO.

Aguardad.

Ya es mayor, que imaginaba, *ap.*
mi desdicha.

RUGERO.

¿Qué teneis?

SIGISMUNDO.

Antes de oír mas palabra,
he menester, que me oygais.

RUGERO.

Decid.

SIGISMUNDO.

Mandad, que se vaya
ese criado.

RUGERO.

Turpin,
vete á esperarme en la falda
de aquel monte.

TURPIN.

Ya me voy;
pero si es usted fantasma
como la señora, trate
de hundirse aprisa.

RUGERO.

Ya cansas.
Calla y vete.

TURPIN.

Ponga usted
en la margen: vase, y calla. *vase.*

SIGISMUNDO.

Ya os acordareis:::

RUGERO.

Sí acuerdo.
¿Qué obligado, como yo,
la obligacion olbidó?

SIGISMUNDO.

Perdonad; que este recuerdo
fue inadvertencia notoria
de un dolor sin libertad,
que, á buscar la voluntad,
se pasó por la memoria.

RUGERO.

Es verdad; pero he pensado,
que el beneficio mayor
ó calla, ó suena mejor
en la voz del obligado.
Yo le diré. Populares
tumultos, qùe en Creta ardieron,
á mi socorro os traxeron
con las armas auxiliares
de Epiro:::

SIGISMUNDO.

Tened. Si yo
entonces os socorrí,
con la alianza cumplí;
y no obliga, quien pagó.

RUGERO.

Vencisteis con vuestro haliento:::

SIGISMUNDO.

Ese valor me le hallé
en la sangre, que heredé.
No es mio el merecimiento.

RUGERO.

Llegó á ponerme el contrario
en un peligro evidente:::

SIGISMUNDO.

Vuestro riesgo fue el valiente,
que me hizo á mí temerario.

RUGERO.

La vida:::

SIGISMUNDO.

El tiempo se pierde;
que nada me habeis debido.

RUGERO.

¡Pues si todo esto lo olbido,
de qué quereis, que me acuerde!

SIGISMUNDO.

De que alli nuestra amistad
se estableció.

RUGERO.

Ya lo sé.

SIGISMUNDO.

Ahora proseguiré.

RUGERO.

Pues decid.

SIGISMUNDO.

Pues escuchad.
Despues de pacificar
con mis soldados el reyno
de Filipo , vuestro padre,
rey de Creta , y tan atento,
que coronó con sus sienes
la corona de su Imperio,
volví á mi patria , y en ella
hallé no menos incendio;
porque el Principe de Chipre,
antiguo enemigo nuestro,
luego que mi ausencia supo,
viendo á Epiro sin el nervio
de mi armada , se arrojó
con cien naves á sus puertos.
Llegué , y poniendo en batalla
mis vaxeles::: Mas no quiero
referiros el combate;
que os busco á mayor intento.
Solo os diré, que abordando
las dos Capitanas , ciego
de razon (que ira tan noble
se ciega con el acierto)
me arrojé á la Plaza de Armas
del contrario , y esgrimiendo

con el espiritu ahun mas
que con el brazo el acero,
maté al Principe de Chipre.
Tampoco os dixera esto,
sino que importa al dolor
de mi infelice suceso,
lucir lo mortificado
con olbidar lo modesto.
Teñido en ira el dolor
de sus soldados, á un tiempo
todos me envisten, y á todos
resisto, hasta que, sintiendo,
que la fuerza porfiaba,
en ser menor que el esfuerzo,
por no rendirles la vida,
ó por rendirla á instrumento
mas garvoso, me arrojé
desde la proa al mar fiero,
siendo aquel breve discurso,
que hizo el valor ó el despecho,
no diferenciar el daño,
sino mejorar el riesgo.
Recibióme en sus entrañas
el mar; pero yo, rompiendo
con el escudo y la espada
el indignado elemento,
le acuchillaba, nadando,
y él me vencia, sufriendo.

Hasta que ya sin discurso,
sin corazon, sin haliento,
me dexé llevar del pobre
batel de mi escudo mesmo,
que la costumbre del brazo
debió de aplicar al pecho.
Arrojado en fin del mar,
ó conducido del viento,
con un criado, que al agua
se arrojó trás mí, creyendo
socorrerme, entre esas peñas
me hallé, cerca del grosero
lóbrego umbral de una gruta,
donde me salió al encuentro
la piedad de Alcina, aquella
Sacerdotisa de Venus,
que es por su ciencia y su voz
asombro del siglo nuestro.
De ella supe, que me hallaba
en Chipre, donde el suceso,
de su Principe y la nueva
de que fue á mis manos muerto,
convocaba contra mí
la saña de todo el reyno.
Pero apenas reparado
del naufragio, á sus consejos,
debí mis seguridades
embozadas en misterios,

quando me dexé llevar
de su persuasion al templo,
donde aquel dia los Ciprios
le repetian á Venus
su trágico amor, cantando
los Adónicos lamentos.
Estaba junto al altar
al lado del Rey Fisberto
Diana, su hermosa hija.
Si no os dice mi silencio,
lo que obró en mí su hermosura,
mi voz dirá mucho menos.
Miréla absorto; volví
á mirarla mas atento.
Miréla otra vez, dudando,
si la atencion era afecto;
y á poco rato advertí,
que, sin pensar, se iba haciendo
del descuido de mis ojos
el cuidado de mi pecho.
En estos primeros pasos
de mi no entendido riesgo,
andaba mi libertad
dorandome el cautiverio;
quando la Sacerdotisa,
suavizando con su acento
el horror de las palabras,
pronunció un edicto fiero

de su Rey, en que ofrecia
su hermosa hija y su Imperio,
á quien me diese la muerte,
vengando al Principe muerto.
Y ordenaba, que Diana
en ese Alcazar soberbio
presa estubiese, ó negada
á los ojos de su Reyno
hasta este plazo: y, si á Chipre
llegase algun forastero
Principe, la voz de Alcina,
á vista del mismo precio
de la empresa, le intimase
la injusta ley, atendiendo
á no sé qué vaticinio
del oráculo funesto,
y á infundir con su hermosura
amor y aborrecimiento.
No sabré, amigo, deciros,
cómo quedó mi sosiego,
desde este dia. Tal vez
mi afligido entendimiento,
sin resistencia escuchaba
de la razon los consejos:
y tal, despues de escucharlos,
desconociendola ciego,
se fingia otra razon
de su mismo desacierto.

Yo en fin no basté, á dexar
de rendirme, y conociendo
un riesgo, en decir mi nombre,
y otro, en callarle, supuesto,
que osar tanto, sin ser tanto
como soy, era otro riesgo,
me resolví, á declarar
por medio de Alcina, el fuego
de mi corazon, tomando,
vuestro nombre; que en mi afecto,
ó en mi vanidad ninguno
pudiera ocurrir primero,
para dar garvo al dolor,
y proporcion al intento.
Seis meses ha, que á Diana,
con el nombre de Rugero,
Principe de Creta adoro.
Esa peña, que al intento
resistió de vuestro brazo,
encierra en su oculto seno
una surtida secreta
del Alcazar, donde han puesto
á Diana, cuya mina
desemboca por de dentro
en el muro de un jardin:
y cuyo raro secreto
solo á la ciencia de Alcina
revelado, fue instrumento

de mis dichas: pues por él
despues de muchos desprecios
llegué á ver, si no admitidos,
perdonados mis afectos.
Pero ahora, que avisado,
de que saldria á este puesto
Diana, á él me acercaba
impaciente, en él os véo,
forcejando con la peña,
que cierra esa gruta, y luego
en vuestra voz y en la voz
de vuestros ojos encuentro
señas, de que su hermosura
irá obrando en vuestro pecho,
lo mismo que obró en el mio.
Notad ahora el empeño,
en que estoy, rendido amante
de mi enemiga: encubierto
con vuestro nombre: mi vida
arriesgada, como premio
de mi muerte: resistido
de imposibles mi deseo;
y ultimamente asustado
mi amor de vuestros afectos,
y empeñado, en reprimir
de vuestros ojos::: Mas esto
no me toca á mí. Vos mismo
habeis de formar el ruego

de mi razon. No se deban
á otro que vos los aciertos.
Oíd á vuestro discurso,
lo que os calla mi respeto,
y hallareis, en consultando
el oido con el pecho,
que tambien ha menester
vuestra atencion mi silencio.
¿Callais? ¿No me respondeis?

RUGERO.

Es mucho, á lo que prevengo
mi corazon, y no es facil
responder con juicio, y presto.

SIGISMUNDO.

¿Pues á qué os determinais?

RUGERO.

A que me deba un intento
imposible la amistad:
á encarcelar mis afectos,
donde estaba mi razon,
y á poner con mi despecho
la voluntad, donde pueda
pisarla el entendimiento.

SIGISMUNDO.

Decidme, amigo, decidme,
vuestro amor es mas que un fuego,
que de recien encendido
se extraña, y se siente á un tiempo?

RUGERO.

No, amigo; no es sino un Etna,
que ya no cabe en el pecho.

SIGISMUNDO.

¡Tan luego ha crecido tanto
vuestra pasion!

RUGERO

No es tan luego;
que quizá son mas antiguos
mis delirios, que los vuestros.

SIGISMUNDO.

¡Mas antiguos!

RUGERO.

Mas antiguos.

SIGISMUNDO.

¡Pues qué intentais!

RUGERO.

Lo que intento
es, dexaros libre el campo;
y á pesar de mis afectos
y de mi vida:::

SIGISMUNDO.

Tened;
que se avergüenza mi haliento,
de ver, que emprendeis por mí,
lo que yo por vos no emprendo.
Yo tambien sabré, por vos
probar á morir.

RUGERO.

Yo tengo
menos razon.

SIGISMUNDO.

La amistad
es igual; y yo:::

Sale Aurelio.

AURELIO.

¿Rugero?

RUGERO.

¿Quién me llama?

SIGISMUNDO.

No es á vos. *ap.*
¿Ya os olbidais, de que tengo
vuestro nombre?

RUGERO.

Perdonad;
que erró la costumbre.

SIGISMUNDO.

¿Aurelio,
qué quereis?

AURELIO.

La sábia Alcina
dice, que te apartes luego
de este sitio, y que la esperes
á las espaldas del Templo.

SIGISMUNDO.

Alguna gran novedad
hay sin duda. Amigo, el duelo
de nuestra amistad se quede
para despues. Forastero
sois en Chipre; á mí me toca,
hospedaros.

RUGERO.

Y yo debo
asistiros, quando vais
cuidadoso.

SIGISMUNDO.

No me atrevo,
á llevaros, donde Alcina
os pueda ver.

RUGERO.

No es mi intento,
embarazaros.

SIGISMUNDO.

Despues:::
Guia tú este caballero
hácia la Quinta. Despues
á nuestra lid volverémos.

AURELIO.

Seguidme por esta senda.

RUGERO.

Id con Dios; que yo os ofrezco:::

SIGISMUNDO.

¿Qué, olbidar?

RUGERO.

Olbidar no.

SIGISMUNDO.

¿Pues qué?

RUGERO.

Procurarlo.

SIGISMUNDO.

Temo:::

RUGERO.

¿Qué temeis, que no podré?

SIGISMUNDO.

que este nuestro hazar violento,
es ímpetu generoso
de nuestra amistad.

RUGERO.

Verémos,
adonde llega este noble
porfiar con los afectos.

Vanse y salen Fisberto, Rey de Chipre, Lisidas, Laura y acompañamiento.

FISBERTO.

¿Dónde está Laura? Dí presto.

LAURA.

Junto á aquella fuente estaba
llorando.

FISBERTO.

Ay de mí. ¡Lloraba!

LAURA.

Sí, señor.

FISBERTO.

Calla. ¡Qué es esto!
Mal podré hablarla advertido,
quando tengo un corazon,
que á cada respiracion
responde con un gemido.
No digas, que estoy aqui
hasta despues.

LAURA.

Bien está. *vase.*

FISBERTO.

¿Llamaron á Alcina?

LISIDAS.

Ya
la avisaron.

FISBERTO.

Ay de mí,
digo otra vez, y á mi haliento
otra razon no le escucho;
que, de haber de decir mucho
enmudece el sentimiento.
¡Mas qué extraño, y qué me admiro,
si es, en quien siente mejor,
para decir un dolor,

razon entera un suspiro.
¡Qué es esto, cielo indignado!
(Dexadme solo) ¡Qué es esto!
Vanse Lisidas y los criados.
¡Todo tu poder opuesto
á un padre (¡mortal cuidado!)
que tubo el temor atento!
¡Si al oraculo escuché,
quando á Venus consulté
de mi hija el casamiento,
que á mi mayor enemigo
la destinaba su estrella,
fuera bien dexar en ella
la eleccion de mi castigo!
¡Guardarla en esta prision
del peligro, no fue bien,
y ofrecer su mano á quien
sobornase mi pasion,
dando muerte á aquel tirano,
que dió á mi hijo la muerte!
¡He de aguardar, que la suerte
ponga mi cetro en su mano!
Sale Alcina.

ALCINA.

¿Y dónde irá tu esperanza,
burlada una inspiracion,
que buscó tu prevencion,
y encontró con tu venganza?

FISBERTO.

Dices bien. ¡Oh ciego errado,
culpable, humano desvelo,
que quieres tener el cielo
piadoso y desobligado!
Mira, si alguien nos escucha.

ALCINA.

No, señor. Solos estamos.

FISBERTO.

Yo te he llamado á este sitio,
donde vine con recato,
para implorar de tu ciencia
el auxîlio soberano
contra un cuidado:::

Mirando á todas partes.

ALCINA.

Prosigue;
que nadie escucha.

FISBERTO.

un cuidado,
que se lleva la atencion,
y me dexa el sobresalto.
Ya sabes, que Sigismundo,
Príncipe de Epiro (el llanto
anda tras girar la voz
hácia los ojos) estando
sobre aquel Reyno la Armada
de mi hijo, con sus manos

le dió la muerte. ¡Oh memoria,
alhaja de desdichados!
Ya sabes tambien, que Venus
me predixo, que los hados
destinaban la hermosura
de Diana, y con su mano
la sujecion de este Reyno,
al que es mi mayor contrario;
que esto me obligó, á guardarla
en este Alcazar, juzgando,
que tendria la prudencia
dominio sobre los Astros;
y que, hallandome sin otro
enemigo, que el tirano
Sigismundo, la ofrecí,
á quien vengase mi agravio
con su muerte.

ALCINA.

¿Si él supiera, *ap.*
que Sigismundo está amando
con el nombre de Rugero
su amigo á Diana?

FISBERTO.

Y, quando
creí, que esta grande oferta
pudiera haber excitado
el favor de mi venganza
los Príncipes comarcanos,

como causa en fin torcida
produxo efectos contrarios;
pues de ella nació, el hablarse
contra Diana , llegando
á mirarla ó á temerla
como objeto del presagio.
Y esta voz, que en el principio
corrió con tanto recato,
que , al pronunciarla el haliento,
se guardaba de los labios,
creció , hasta ser halarido
de la misma plebe , tanto,
que , atendiendo á prevenir
los riesgos, que en este caso
pueden suceder , se vale
de tu ciencia mi cuidado.
Este alcazar , (oye atenta,)
segun me dixo un anciano
Sacerdote , fue en su origen
fábrica de Venus, quando
hasta las dichas de Anonis,
sus afectos se humanaron.
Y previniendo la fuga
de su amante y los asaltos
de Marte , mandó formar
una gruta , que minando
la tierra , pierde la voz
en este jardin , y al campo

ale á buscarla por senda
tan oculta, que del raro
artificio procedió
el llamarse este Palacio
el Alcazar del secreto.
Esto me dixo aquel sábio,
y que el dia, que esta gruta
se hallase, vería logrados
mis deseos, y el anhelo
de todos mis sobresaltos
cesaria, cuyo anuncio
me obliga á pensar, si el hado
tiene guardada esta senda
por no entendidos arcanos,
para asegurar la vida
de Diana.

Salen Diana y Laura, y se quedan escuchando al paño.

LAURA.

Llega paso;
que no quiso, que supieses
su venida.

DIANA.

O yo me engaño,
ó la vida de Diana
dixo. Escucha.

FISBERTO.

Si yo hallo
esta gruta:::

LAURA.

¿No lo oiste?
En la gruta están hablando.

DIANA.

¡Sin vida estoy!

FISBERTO.

Si por medio
de tu ingenio soberano
este secreto descubro,
mi recelo y mi cuidado
para qualquiera accidente
se prevendria.

LAURA.

¿Qué mas claro
puede decirlo?

DIANA.

El lo sabe.

FISBERTO.

Tu pues, á quien son los Astros
clausulas legibles: Tu:::
Pero Diana ha llegado.
Disimula hasta despues.

DIANA.

Ya me han visto. Muerta salgo.
¡Qué mal se halla una disculpa

en un haliento turbado!
Pero ya es fuerza, decirle,
que mi culpa no ha llegado
á mas, que á un esfuerzo inutil
de mi temor ó mi engaño.
Señor, ahunque mis desdichas
mi vida han puesto en estado,
que solo sirve de tiempo,
para que dure mi llanto:
temiendo mas tu disgusto,
que mi muerte, intenta el labio,
como alivio de tu pena,
la defensa de mi daño.
Yo confieso, que el amor:::

ALCINA.

Ella se vá despeñando. *ap.*
Yo la socorro. Señor,
este noble sobresalto
de Diana, es sentimiento
de su destino contrario.

DIANA.

Segun esto yo lo erraba. *ap.*
Fuerza es, volver á emendarlo.
Yo confieso, que el amor
paternal está irritado
con razon; pues mi desdicha
se hace culpa, ocasionando
tu pesar.

FISBERTO.

Ay hija mia.
Diana, el rigor del hado,
mi crueldad::: ¡Qué nudo es éste,
que impide á la voz el paso!
Yo no he de tener valor,
para escucharla. ¡Qué aguardo!
Quedate, Alcina, con ella,
y con el suave encanto
de tu voz, suplir procura,
lo que yo á su alivio falto;
que, si ella empieza á llorar,
y yo mi atencion no aparto,
quanto con su llanto puedan
los ojos mal informados,
no han de poder los oídos
con la razon de su llanto. *vase.*

LAURA.

Con su vida acertarás;
porque ya estaba temblando,
de oirle hablar en la gruta
tan cerca de ella.

DIANA.

Habla paso.
¡Qué es esto! ¿Alcina, ha sabido,
que Rugero::: ? ¿Mas llamaron
en la gruta?

Dan golpes en la gruta á la parte del jardin.

LAURA.

Esta es la seña
de Rugero.

DIANA.

¡Cómo ha entrado,
sin avisarte!

LAURA.

El aviso
fue , que saldrias al campo
por la gruta.

DIANA.

A persuasion
de Alcina le habia llamado;
pero luego hácia el decoro
retrocedieron mis pasos.
¿Fuese mi padre?

LAURA.

Ya van
las carrozas caminando
hácia la Ciudad.

DIANA.

Pues mira:::

Golpes en la gruta.

Pero otra vez han llamado.

LAURA.

Mejor es, abrir, primero
que el ruido descubra el paso
de la gruta á tus criadas.

DIANA.

Bien dices; pero entretanto:::

LAURA.

Ya te entiendo. No te asustes;
que yo entretendré cantando
(bien se dispone mi intento)
las criadas. Tén cuidado
con la letra; que ella misma
será, quien te avise, en caso
que alguna intente acercarse.

DIANA.

¡Oh cómo espera asustado
el valor!

ALCINA.

La confianza *ap.*
hace valiente lo ingrato.
Yo veré, si con los zelos,
anda el amor tan bizarro.

Vase Alcina, abre Laura la puerta de la gruta y sale por ella Astrea.

LAURA.

Abro pues. ¡Pero qué miro!

Valganme los Dioses santos.

DIANA.

¿Qué tienes?

LAURA.

Llega tú, á verlo.

DIANA.

Aparta.

ASTREA.

¡Sin vida salgo!

DIANA.

¿Quién es? ¡Señora, qué es esto!

ASTREA.

¿No es ésta, la que, asombrados
los ojos con aquel velo,
me enseñó á Alcina? ¡Qué aguardo,
si es, la que me ha de amparar!
¿Señora?

DIANA.

¿Cómo has ntrado
á esta gruta?

ASTREA.

Solo sé,
que solicita tu amparo
una mujer infelíz.

DIANA.

Sosiega; que ya has hallado
otra infelíz, que será
tu amiga, por el infausto

cariño, con que se escuchan
sus quexas los desdichados.
¿Quién eres?

ASTREA.

Astrea soy,
Princesa de Epiro.

DIANA.

¡Extraño
suceso! ¡Astrea!

ASTREA.

¿Qué dudas?
Parece, que te ha pesado,
de oirlo.

DIANA.

¡La hermana misma, *ap.*
del que dió muerte á mi hermano,
se vale de mí!

ASTREA.

Ya véo
en tu semblante, que erraron
mis desdichas tu piedad.

DIANA.

Ya mi piedad se ha empeñado,
en ampararte. Prosigue.
¿Cómo encontraron tus pasos

con el rumbo impenetrable
de esta gruta?

ASTREA.

Le encontraron,
huyendo:::

DIANA.

¿De quién?

ASTREA.

de un riesgo,
que llamaba con halagos
mi atencion; de un desvarío
de mi afecto, que, probando
á echarle de la memoria,
se me queda en el cuidado.

ALCINA *dentro cantando.*

Tarde, amor, convalece
de sus congojas,
el que busca el olbido
con la memoria.

ASTREA.

Bien dices. Parece Alcina.

DIANA.

Hablame, Astrea, mas claro.
¿De quién huías?

ASTREA.

Yo debo,

quando el cielo me ha mandado,
que á tu sombra me defienda
de la envidia de los hados,
informarte con verdad
de mis riesgos. Por un caso
que sabrás despues, habrá
dos horas, que á los peñascos
de esa playa me arrojó
piadosamente inhumano
el mar. En ella encontré
por otro accidente raro
un amante, que en mí busca
andaba peregrinando
el mundo. Escuché lisonjas,
que á verdades me sonaron.
Huí; pero, ahunque iba huyendo,
advertí, que iba escuchando.
Fueme sagrado esa gruta,
cuya boca á pocos pasos
encontré.

DIANA.

Detente: aguarda.
¡Cómo es eso! ¿A pocos pasos
de la gruta estaba (¡cielos,
qué escucho!) el que enamorado::: ?

ALCINA *cantando.*

Zelos siempre ignorantes,
¿quién os ntiende,
pues andais codiciosos,
de lo que os duele?

DIANA.

No es seña ; pero es hablar
conmigo. ¿El que enamorado
(digo) te habló en ese sitio,
sabes, quién es?

ASTREA.

El negarlo,
fuera error ; que has de ampararme
por decreto soberano,
y es bien, que sepas de quién,
para obedecerle.

LAURA.

Al caso;
que está pendiente de un hilo
la espada sobre los cascos.

ASTREA.

Rugero se llama, y es
Principe de Creta.

DIANA.

¡Oh quánto
he menester mi valor!

LAURA.

Hízose el hilo pedazos, *ap.*
y clavóse en la respuesta
la pregunta.

ASTREA.

Al escucharlo, *ap.*
perdió el color. ¡Si es su amante!
¡Mas qué dudo! Estos turbados
afectos son mudas voces,
que me lo están confesando.

DIANA.

¡Que mereciesen descuidos
de mi rigor sus engaños!

ASTREA.

¡Que me sonasen afectos
los lisonjeros halagos!

DIANA.

¡Cómo es esto, si Rugero *ap.*
me esperaba allí, y ha tanto,
que está en Chipre!

ASTREA.

¡Cómo es esto,
si Rugero ha breve rato,
que yo misma hácia esta playa
le ví venir navegando!

DIANA.

¡Pero no pudo ser antes
este amor, que estotro engaño!

ASTREA.

¡Pero no pudo salir
de aqui, y volver arrojado
del mar!

DIANA.

¡Qué dudo!

ASTREA.

¡Qué espero!

DIANA.

¡Ah traydor!

ASTREA.

¡Ah injusto!

DIANA.

¡Ah falso!

ASTREA.

Yo acabaré de una vez
con este concepto ingrato,
que iba rindiendo el discurso.

DIANA.

Yo haré, si puedo lograrlo,
la salud de la razon
del dolor del desengaño.

ALCINA *dentro cantando.*

¡Qué de cosas proponen
amor y zelos,
que hallan el imposible
junto al intento!

DIANA.

„Qué de cosas proponen
amor y zelos:::

ASTREA.

„que hallan el imposible
junto al intento."

LAURA.

Mientes, lisongero hechizo.

ASTREA.

Mientes, fabuloso encanto.

DIANA.

¿Qué dices?

ASTREA.

Yo te queria,
preguntar lo mismo.

DIANA.

El canto
de Alcina:::

ASTREA.

Mal disimulas.
Si, de ofrecerme tu amparo,
te arrepientes:::

DIANA.

¡Eso dices!

ASTREA.

Tu semblante:::

DIANA.

Hate engañado.
No le creas; que antes ya
te ha menester mi recato,
para acabar una hazaña
de mi dolor.

ASTREA.

Desdichado
merito es, el de llegar
aproposito del llanto.

DIANA.

Quien importa al escarmiento,
quita las fuerzas al daño.

ASTREA.

Ya te entiendo.

DIANA.

¡Ya me entiendes!

ASTREA.

Hablan los ojos muy claro.

DIANA.

Ojos, que entienden los ojos,
no miran sin el cuidado.

ALCINA *dentro cantando.*

Cuidado, que se acercan
mudos los riesgos,
porque no los detengan
los escarmientos.

LAURA.

Que se acercan dixo.

DIANA.

Seña
fue sin duda.

LAURA.

De los pasos
siento ya el rumor.

DIANA.

Astrea,
vete con Laura á mi quarto,
mientras yo::: Pero ya llegan.

ASTREA.

Pues á Dios.

DIANA.

¿En qué quedamos?

ASTREA.

Yo te ofrezco:::

DIANA.

¿Qué?

ASTREA.

enseñarte,
á olbidar.

DIANA.

¡Cómo!

ASTREA.

Olbidando.

DIANA.

¡Qué huespeda me has trahido,
destino siempre inhumano!

ASTREA.

! Fortuna siempre enemiga,
adónde me has arrojado!



JORNADA SEGUNDA.

A un lado dice Laura desde adentro, y al otro canta Alcina lo que se sigue, y por enmedio sale Turpin de Jardinero, escuchando.

LAURA.

Jardineros, á porfia
se empiece el trabajo, á fin
de lograr en el jardin
la primer sazon del dia.

ALCINA *cantando.*

Cantad al Alba primores,
xilgerillos éloqüentes,
pues travesean las fuentes
con la niñéz de las flores.

TURPIN.

Laura desde alli animando
los Jardineros está.
Alcina desde acullá

saluda el Alba cantando;
y yo, cuitado de mí,
por las dos estoy perdido;
que los ojos y el oído.
me han echado por ahí.
En trage de jardinero
vengo aqui. Dos dias ha,
que, á Dios gracias, me hallo ya
entre los tristes. Rugero,
despues que vió aquella dama
del retrato, anda asombrado:
y el otro, que le ha hospedado,
que ahun no sé, cómo se llama,
calla tambien y suspira.
Aqui pues vine, á saber
de esta encerrada mujer,
por qué causa se retira:
y entrando á esta comision,
ví á Laura, y quando la ví,
se me puso un *ay de mí.*
al lado del corazon.
Poco despues escuché
á Alcina, y quedé rendido
de amor, porque en el oído
se me encendió un no sé qué.

LAURA *dentro.*

Trabajad, vuelvo á decir;

que Diana ha de baxar,
y habrá mas que cultivar,
si ella empieza á producir.

TURPIN.

Esta sí. ¡Con qué hermosura
tan ilustre y soberana
me está quitando la gana
de sanar de mi locura!

ALCINA *dentro cantando.*

Qué simple aquel rui-señor,
quando su ausente se alexa,
por dar dulzura á la quexa,
quita el credito al dolor.

TURPIN.

Esta tambien. ¡Con qué haliento,
con qué dulce suavidad
se me entra en la voluntad
por junto al entendimiento!

Sale Laura, y se queda al paño.

LAURA.

Este es sin duda el criado,
que en trage de jardinero
nos ha puesto aqui Rugero.
Alcina me lo ha fiado,
adivinando tambien,
que, á ser mi esposo, vendrá,

y diz, que es mi amante ya.
Desde aqui le veré bien.
No es muy malo.

TURPIN.

Yo estoy lleno
de confusion. ¡Ciego dios,
como he de querer á dos!

LAURA.

¡A dos dixo! Ni muy bueno. *sale.*
Mas ya me ha visto.

TURPIN.

Ella viene.
¡Cómo la diré mi amor!

LAURA.

Disimular, es mejor.
Jardinero, (esto conviene,)
¿cómo tan ocioso estás?

TURPIN.

Ahunque no acudo al destajo,
no tengo poco trabajo.

LAURA.

Yo el ocio véo, y no mas.

TURPIN.

No debe usted de saber,
por mas que el ocio la asombre:::

LAURA.

Qué?

TURPIN.

lo que trabaja un hombre,
quando adora á una mujer.

LAURA.

No lo entiendo.

TURPIN.

Es, que habló á escuras.
Digo, si usted no lo alcanza,
que acá dentro á mi esperanza
le cultívo las verduras.

LAURA.

No entiendo filaterías.
Trabaje y calle.

TURPIN.

¡Callar!
Eso no. ¡Yo he de cabar
con mis dias! No en mis dias.
Despues, señora, que os ví,
muerto de amores quedé.
Vos me diréis, cómo fue,
porque yo no estaba allí.
Muchas ví; pero ninguna:::

LAURA.

Tenga; cogile en la red.
La otra me diga usted,
que ya sé, quál es la una.

ALCINA *dentro cantando.*

Qué hermoso aquel arrebol,

por orden de la mañana,
tiende una alfombra de grana
donde se recueste el sol.

Dexase llevar Turpin hácia la voz.

LAURA.
¿Dónde vás? ¡Asi me dexas!

TURPIN.
Es que alli, (yo estoy perdido,)
porque estaba divertido,
me tiraban las orejas.

LAURA.
Esta es la otra. ¡Un menguado,
hombre de poco momento
se atreve al atrevimiento,
de dividir su cuidado!
¡Que no castigue el amor
con fuego estos bachilleres!
¡Un picaro dos mujeres!
¡Qué mas hiciera un señor!

TURPIN.
Mira, si bien se repara,
no hay zelos, sobre querer
cantoras; que suelen ser
desentonadas de cara.
Las orejas atrevidas
se regalan ó se encienden;
mas las musicas no ofenden,

porque se quieren de oídas.

Sale Alcina cantando, y tras ella Lisidas, como arrebatado.

ALCINA *cantando.*

Cantad al Alba primores,
xilguerillos eloquentes;
pues travesean las fuentes
con la niñez de las flores.

LISIDAS.

Alcina, esto es violentar
el sentido sin violencia.
Dexa de cantar, y advierte,
que importa mucho la nueva,
que llevo al Rey, que ha salido
al bosque; y tu voz me eleva,
ó me aprisiona de suerte,
que no me permite:::

ALCINA.

Espera.
Laura, mira: á mí me importa,
que este criado diviertas,
de suerte, que no me escuche.

LAURA.

¡Quién hay, que no te obedezca
como á deydad! Pero advierte,
que, si está de las estrellas,
que ha de ser mio:::

ALCINA.

¿Qué quieres?

LAURA.

que le cantes otra letra.

ALCINA.

Vete aprisa.

LAURA.

Jardinero,
vén conmigo.

TURPIN.

Alto. ¿Agradéla?
Oyes, ¿qué te dixo Alcina?

LAURA.

¿Qué me dixo? Que es vergüenza,
que un asno entienda la solfa.

TURPIN.

¡Ah ingrata! Bueno estubiera,
si yo la quisiera sola,
Dios me libre de una y buena.

Vanse Laura y Turpin.

ALCINA.

Lisidas, no ha sido acaso
(ya estamos solos) la fuerza,
que te han hecho de mi voz
las misteriosas cadencias.
Tú no has de decir al Rey,
lo que has visto.

LISIDAS.

¿De qué seña
exterior has conocido
mi intento?

ALCINA.

¿Sabes mi ciencia?

LISIDAS.

Bien la sé; pero tambien
sabes tú, que en mi nobleza
y en mi obligacion no cabe:::

ALCINA.

¡Yo acaso te propusiera
lo indigno de tí!

LISIDAS.

Está bien.

ALCINA.

Pues oye, y no te diviertas.
Con una embaxada fuiste
á Epiro, quando la guerra
de aquel Reyno se rompió
tan infelíz y sangrienta.
Tú solo en Chipre conoces
á Sigismundo, que en ella
dió á nuestro Principe muerte,
y á nuestro Rey otra pena
mayor que la muerte; pues
agoniza en la violencia
de su rencor, y á Diana

tiene en la prision estrecha
de este Alcazar del Secreto,
hasta que haya, quien merezca
su mano, dando la muerte
á Sigismundo.

LISIDAS.

Esa mesma
atencion es, quien me obliga:::

ALCINA.

No es atencion, lo que intentas.
¿No es decir al Rey, que has visto
á Sigismundo?

LISIDAS.

¿Y no hiciera
traycion::?

ALCINA.

No; que el Rey está
opuesto á la providencia
de los Dioses. Y, si tú,
que estás sin pasion, lo hicieras,
tendrias tu culpa y la suya.

LISIDAS.

No entiendo:::

ALCINA.

Que no lo sepa,
conviene, y quien mas te fia,
mas, á que calles, te enseña.
De la resaca arrojado,

halló puerto en esas peñas
Sigismundo : vio á Diana;
amarla es luego, que verla.
Comunicóme su amor,
y yo á Venus, que me ordena
apadrinar sus afectos,
sin violentar con mi ciencia
la voluntad de Diana.
Y para esta noble empresa,
tomó Sigismundo el nombre
del gran Principe de Creta,
Rugero, su estrecho amigo;
pero, ahunque por mí sus penas
consiguieron la fortuna
de escuchadas, son tan nuevas
para el pecho de Diana
las armas de amor violentas,
que un dia el afecto hieren,
y otro irritan la entereza.
Y asi, dexando mis lineas,
que mandan á las estrellas,
me dispuse á contrastar
su desden con otra ciencia
de amor, que á los desvalidos
algunas veces enseña
la máxima de los zelos,
para encantar la tibieza.
A este fin hice venir

de Epiro á la hermosa Astrea,
hermana de Sigismundo,
y á Rugero , que por ella
andaba peregrinando,
y texí con tal cautela
los acasos , que en las dos
igual sentimiento engendra
la equivocacion del nombre
de Rugero , y esta pena
en el Rugero fingido,
y el verdadero se esfuerza,
creyendo , que las dos son
una misma ; de manera,
que están Astrea y Diana:::
Pero Diana y Astrea:::

LISIDAS.

¿Qué he de hacer?

ALCINA.

Verme despues,
y callar , hasta que sepas
lo demás.

LISIDAS.

Obedecerte,
es preciso. A Dios te queda. *vase.*

ALCINA.

Proponiendo olbidar vienen
por dos diferentes sendas;
pero mi voz les dirá,

quánto se engaña, quien piensa,
en hacer cuerdo al amor
con la razon de una quexa.

Canta Alcina, y al acabar la primera copla, salen por los dos lados Diana y Astrea.

ALCINA *cantando.*

Los remedios del olbido
no los conocí jamás;
que siempre he querido mas,
lo que olbidar he querido.

ASTREA.

¿Qué te importa, amor, hacer
esfuerzos, ni porfiar,
si la ciencia de olbidar,
se consigue sin querer?
Discurso, engañado estás;
que, ahunque yo te he persuadido,
„los remedios del olbido
no los conocí jamás.“

DIANA.

Quien aspira á la victoria,
de una pasion impedida,
si se acuerda, de que olbida,
se queda con la memoria.
¡Qué es lo que intentas, sentido!
No forcejes. ¡Dónde vás;
„que siempre he querido mas,

lo que olbidar he querido!"

ASTREA.

¿Qué importa, que mi pasion
con mi razon se despeche,
si, para que me aproveche,
he de olbidar mi razon?
Corazon, no insistas mas;
pues yo, que el daño he sentido,
„los remedios del olbido
no los conocí jamás."

DIANA.

Quien de olbidar hace empeño,
no lo podrá conseguir;
que el deseo de dormir,
suele desterrar el sueño.
Discurso, no estés rendido,
si tan obstinado estás;
„que siempre he querido mas,
lo que olbidar he querido."

ALCINA *cantando.*

Los remedios del olbido
no los conocí jamas;
que siempre he querido mas,
lo que olbidar he querido.

DIANA.

¡Oh pese á tu voz!

ASTREA.

¡Oh pese

á tu::: ¿Mas, Diana?

DIANA.

¿Astrea?

ASTREA.

Amiga, el haberte visto
estos dias indispuesta,
me ha obligado, á suspender
nuestra noble competencia.
Como parienta de Alcina
y criada tuya, en esta
prision me hallo introducida,
y segura de que sepan,
quien soy; pero este silencio
de mi razon y tu quexa:::

DIANA.

¡Yo quexa, ni tú razon!

ASTREA.

¿No me oirás aqui en presencia
de Alcina?

DIANA.

Dí.

ASTREA.

Desde el Templo
de Tetis, que en una Isleta
de Epiro, impone á las aguas
freno mayor que la tierra:::

DIANA.

te arrojó el mar á esta playa,

para que yo te debiera
la dicha de un desengaño,
que hiere, quanto remedia.

ASTREA.

En ella encontré á Rugero:::

DIANA.

tu amante, que, al verte en ella,
á hurto de su mudanza
proseguia su fineza,

ASTREA.

Mandóme el cielo, que huyese:::

DIANA.

y sin su precepto huyeras;
que ese valor de la fuga
el recato nos le enseña.

ASTREA.

Y como hermana me hallé
de tu enemigo:::

DIANA.

Pudieras,
si á mí no me conocias,
fiar mas de tu inocencia.

ASTREA.

por la boca de la gruta
vine á encontrar una puerta:::

DIANA.

que en este jardin esconde
la astucia de aquella hiedra.

ASTREA.

Inadvertencia fue, hablarte
de Rugero:::

DIANA.

¡Inadvertencia!
¡Buena pones tu razon,
si asi tratas, lo que aciertas!

ASTREA.

Despues que te conocí:::

DIANA.

Querrás decirme, que intentas
olbidar.

ASTREA.

Si no me escuchas,
no es posible, que me entiendas.

ALCINA.

Yo haré, que en esta porfia
sus tibios afectos crezcan.

ASTREA.

Rugero es tu amante; Alcina
sabe, que la vez primera,
que le hablé, fue en esa playa.

DIANA.

Si ese testigo presentas,
tambien sabe mis desprecios.

ASTREA.

¡Qué te detienes!

DIANA.

¡Qué esperas!

ASTREA.

Dilo.

DIANA.

Acaba.

ALCINA.

¿Tú, Diana,
quieres hacer por Astrea
la fineza, de olbidar
á Rugero?

DIANA.

¡Esa es fineza!
Mas la ciencia del estilo
no suele andar con la ciencia.

ALCINA.

¿Tú, Astrea, (bien se dispone)
tambien por Diana intentas,
batallar con este afecto?

ASTREA.

¡Este es afecto! ¡Qué necia
suele ser la discrecion!

DIANA.

Tarde; pero mucho yerra.

ALCINA.

¿No aborreceis á Rugero?

DIANA.

No nos le pongas tan cerca

del corazon.

ALCINA.

Pues probad
ese valor en presencia
del enemigo. Llamadle;
apurese vuestra quexa
de una vez.

ASTREA.

Bien dice.

ALCINA.

Aquel
Jardinero, que alli cerca
está con Laura, es criado
de Rugero; que con esta
industria le ha introducido
en el jardin. Otra prueba *ap.*
he de hacer de sus afectos.
Con él avisad, que venga
al jardin; que yo:::

DIANA.

Prosigue.

ALCINA.

Qué dices?

DIANA.

No te detengas.

ALCINA.

A vuestras dos confusiones,
respondo de esta manera.

Vá cantando y sale Turpin.

Los remedios del olbido
no los conocí jamás;
que siempre he querido mas,
lo que olbidar he querido.

DIANA.

Dice bien.

ASTREA.

No dice mal.

DIANA.

Mucho emprendo.

ASTREA.

Yo estoy muerta.

Mientras dura la copla que canta Alcina, ha de venir como arrebatado de la voz Turpin, y quando la acabe se ha de entrar por la otra puerta.

TURPIN.

Desasíme de los ojos,
y fuíme tras las orejas.

DIANA.

¿Jardinero?

TURPIN.

¿Quien? ¡Mas, cielos,
qué es lo que miro!

DIANA.

En Astrea *ap.*
ha reparado.

TURPIN.

Ella es.
Por el retrato y la peña
que la tragó, la conozco. *ap.*

DIANA.

Tambien parece, que en ella *ap.*
se reconoce atencion.

ASTREA.

El mismo es, que en la arena
de esa playa con Rugero
encontré. *ap.*

TURPIN.

Hablarla quisiera; *ap.*
mas no me atrevo delante
de estotra, que está con ella.

DIANA.

¡En indicios me detengo, *ap.*
quando sobran evidencias!
Vamos hácia el desengaño,
que resolvió mi entereza.
Dí á Rugero:::

TURPIN.

Confidente
debe de ser. Bien se ordena.

DIANA.

que esta noche en el jardin
le espera:::

TURPIN.

La que le espera.
Ya sé, quien es tal deydad,

Arrodillase delante de Astrea.

á quien yo pido una suela
de su chapin, que corone
mis labios de bigotera.
Mi amo, señora, está,
desde que te vió en las peñas
de esa playa, tan rendido,
que solo de tí se acuerda;
y en este disfráz me envia,
á decirte:::

DIANA.

¡Hay evidencia
mas indigna de mi oído!

TURPIN.

Que su amor:::

DIANA.

No te detengas.
Bueno está.

TURPIN.

Queria pagarte
las albricias, que me esperan.

ASTREA.

Confieso, que me ha pesado.

DIANA.

¿Lo has visto?

ASTREA.

La razon nuestra
consiste en su ceguedad.

DIANA.

¡Pues qué resuelves!

ASTREA.

Que veas,
que la voluntad se cura
con la voluntad, si enferma.

DIANA.

Ya sé, que el querer sanar,
es primer convalecencia.

ASTREA.

Antes que el olbido está
el desprecio.

DIANA.

Por las huellas
del dolor los escarmientos
llegan tarde, pero llegan.

ASTREA.

¡Corazon, de qué te asustas;
que parece, que te hielas,
acabado de irritar!

DIANA.

¡De qué os congoxais, ofensas,
que andais buscando la ira,
y encontrais con la paciencia!

Vanse y salen Sigismundo y Rugero por los dos lados, sin verse.

RUGERO.

Sigismundo se ha quedado
dormido. A la soledad
de este bosque retirado,
al duelo de mi amistad
llama otra vez mi cuidado.

SIGISMUNDO.

¿Dónde se ha ido Rugero?
¿Si pensó, que yo dormia?
Mas ya, que estoy solo, quiero,
pues me escucha el alma mia,
que sepa el mal, de que muero.

RUGERO.

Yo, (no es posible) yo intento,
que pueda mas que un amor,
una amistad.

SIGISMUNDO.

Yo me haliento
(no es posible) á que un valor
se forme de un rendimiento.

RUGERO.

¡Corazon, si estás vencido,
cómo ofreces la victoria!
Aqui de mi amor rendido;
que me busco en la memoria,
y me encuentro en el olbido.

SIGISMUNDO.

¡Ciega, violenta pasion,
en qué piensa tu ardimiento!
Aqui de mi obstinacion;
que quiere el entendimiento,
mandar en el corazon.

RUGERO.

¡Las aras, que yo erigí,
ha de arruinar mi cuidado!
¡Pero qué importa, ay de mí,
si el ídolo derribado
se lleva el templo tras sí!

SIGISMUNDO.

¡Dulce prision, en que vivo,
yo te he de romper la puerta!
¡Mas qué importa, cielo esquivo,
si es carcel, que, estando abierta,
se vá tras el fugitivo!

RUGERO.

¡Yo aborrecer, lo que quiero!

SIGISMUNDO.

¡Yo morir como insensible!

RUGERO.

¡En qué discurro!

SIGISMUNDO.

¡Qué espero!

RUGERO.

No es posible.

SIGISMUNDO.

No es posible..

RUGERO.

¡Mas, Sigismundo!

SIGISMUNDO.

¡Rugero,
qué dices!

RUGERO.

Acá trahía
no sé qué pleyto conmigo;
y, si la verdad te digo,
pedirte ahora queria:::

SIGISMUNDO.

Ya sabes, que soy tu amigo.

RUGERO.

licencia, para ausentarme.

SIGIMUSNDO.

¡Ausentarte, quieres!

RUGERO.

Sí.

SIGISMUNDO.

¡Pues te animas, á dexarme

¡ Tú piensas , que haces por mí
algo mas que acompañarme!

RUGERO.

No, cierto.

SIGISMUNDO.

Tú no te has de ir.

RUGERO.

Sigismundo, esto ha de ser;
pues sé , que me has de vencer,
dexame , no resistir.
Yo no me atrevo , á fiar
de mis ojos mi pasion;
porque no suele acertar,
por los ojos la razon
á ponerse en su lugar.

SIGISMUNDO.

Amigo , distante os veo
del acierto. Nuestro amor
aspira á muy alto empleo,
para que llegue el temor,
donde no llegó el deseo.
Dos, que no han de merecer,
solo apuestan á sufrir;
que , en tan nuevo padecer,
lo imposible del vencer,
hace amigo el competir.
Los que adoran , por quien son,
á los Dioses, con sosiego

miran la ajena oblacion;
que una adoracion sin ruego
no estorba otra adoracion.
Luego bien puede adorar
á una deydad nuestro amor;
que, quien nada ha de alcanzar,
obliga al competidor,
si le vence, en no esperar.

RUGERO.

Vos adorais admitido.

SIGISMUNDO.

Con vuestro nombre lo estoy.
Principe de Creta soy,
en la opinion de su oído.

RUGERO.

Vuestras prendas sus enojos
templarán; pues ellas fueron,
las que ese nombre aplaudieron
en opinion de sus ojos.

SIGISMUNDO.

Si mis quexas ha escuchado,
tambien dió á vuestras verdades
el oído.

RUGFRO.

En las deydades
nunca es parcial el agrado.

SIGISMUNDO.

Mas propicias:::

RUGERO.

No hay propicias;
que me olbidó.

SIGISMUNDO.

Es porfiar:
Sigismundo ha de olbidar.

RUGERO.

No, sino Rugero,

Sale Turpin.

TURPIN.

Albricias.

RUGERO.

¡Qué dices, Turpin!

TURPIN.

Que ví
y hablé:::

RUGERO.

¡A quién! Temblando estoy,
de escucharte.

SIGISMUNDO.

En todo el pecho,
no me cabe el corazon.

TURPIN.

á aquella misma beldad,
que por la peña se hundió,
quando con los dos hocicos
tomamos tierra los dos.

RUGERO.

¿Y qué te dixo?

SIGISMUNDO.

Prosigue.

TURPIN.

Una criada, á quien yo
no he visto otra vez, que estaba
con ella, me dixo (¡ay Dios,
qué albricias me esperan!) dí
á Rugero, tu señor,
que esta noche al jardin venga.

SIGISMUNDO.

¡A quién esto sucedió!

RUGERO.

¡Quién vió mayor desengaño!

TURPIN.

¡Suspiran! ¡Tanto dolor
las cuesta, solo el decir
á unas albricias de no!

RUGERO.

¡No aplaudís vuestra fortuna!

SIGISMUNDO.

La vuestra aplaudiendo estoy.

RUGERO.

¿Esto acaso habla conmigo?

SIGISMUNDO.

¡Pues con quién, sino con vos!

RUGERO.

¿No os llamais tambien Rugero?

SIGISMUNDO.

¿Quando en la playa os habló,
no estaba con vos Turpin?

RUGERO.

¿Y qué prueba vuestro error
con eso?

SIGISMUNDO.

Que, si un criado,
que por vuestro conoció,
trahe el recado, no viene
para mí. Esforzando estoy, *ap.*
lo que temo.

RUGERO.

¡Ah mal nacida
tristeza:::

SIGISMUNDO.

¡Ah injusto dolor:::

RUGERO.

huyes del semblante, y quieres
envestir al corazon!

SIGISMUNDO.

ahun no admites la paciencia,
quando te dexa el valor!

TURPIN.

Lo que yo saco de aqui,
es, que erré la comision,

y salí descalabrado.

RUGERO.

¡Cómo!

TURPIN.

Perdí la mejor
libertad, que yo tenia.
Mal hubiese, quien colgó
de la rueca del sentido
el uso de la razon.

RUGERO.

No te entiendo.

TURPIN.

Enamoréme;
y, si es en otros primor,
acertar de dos la una,
yo acerté de una las dos.

RUGERO.

¿Qué resolveis? Calla loco.

SIGISMUNDO.

Yo, amigo::: ¡Mas qué rumor
es éste!

Dentro ruido de voces.

UNO.

A la senda.

OTRO.

Al valle.

FISBERTO *dentro*.

A está parte se emboscó.
Sitiadle.

UNO.

Al valle.

OTRO.

A la senda.

TURPIN.

Temblando de miedo estoy.

SIGISMUNDO.

Deben de ser cazadores.

RUGERO.

¡Qué necia imaginacion!

SIGISMUNDO.

¿Creiste, que era otra cosa?

RUGERO.

Al principio me ocurrió,
si os habrian conocido,
y armado alguna traycion.

SIGISMUNDO.

Lo peor es, que hoy me ha visto
uno,que fue Embaxador
en Epiro, y su reparo
sospechoso me dexó.

TURPIN.

En estas cosas del miedo
yo puedo hacer opinion
mas probable. Y esta caza,

me huele á caza mayor.

TODOS *dentro.*

Por acá.

LISIDAS *dentro.*

Ya está sitiado.

TURPIN.

Despues que sitiado estoy,
me muero de hambre, señores.

Sale Lisidas con venablo.

LISIDAS.

Aqui del bruto feroz
la huella::: ¡Pero qué miro!

SIGISMUNDO.

Aqui de nuestro valor,
amigo.

LISIDAS.

¡Aqui Sigismundo!

SIGISMUNDO.

¡No veis, cómo reparó
en mí!

RUGERO.

Causandome está
novedad su turbacion.

SIGISMUNDO.

Este es, el que yo he dudado,
si me conoce.

LISIDAS.

Ocasion
notable, si acaso el Rey:::
Proe no viene; y, pues yo
debo obedecer á Alcina,
hablando en ella la voz
de los Dioses, avisarle
de su riesgo, es lo mejor.

TURPIN.

Parece, que tiene miedo
de la caza el cazador.

SIGISMUNDO.

Exâminemos su intento;
que, si ya me conoció,
es fuerza, darle la muerte,
antes que pueda:::

LISIDAS.

Señor,
advertid, que el Rey está
muy cerca.

SIGISMUNDO.

¿Sabeis, quién soy?

LISIDAS.

Sé, que Vuestra Alteza es
Principe de Epiro; y no
ignoro, que dió la muerte
al de Chipre:::

Sale el Rey de caza y se queda al paño.

FISBERTO.

En el rumor
de los ramos::: ¡Mas qué es esto!

LISIDAS.

y qué agravia su valor
Vuestra Alteza. Pero el Rey.

Sale al tablado.

FISBERTO.

Ya me han visto.

RUGERO.

¡Hay confusion
como ésta!

SIGISMUNDO.

¡Fuerte lance!

FISBERTO.

¿Quién es, Lisidas? *ap. á Lisidas.*

LISIDAS.

Señor,
yo estaba::: quando:::

FISBERTO.

¡De qué
te turbas!

LISIDAS.

Criados son
de un forastero. Los Dioses *ap.*

y Alcina mi turbacion
socorran.

FISBERTO.

Vén acá. Escucha:
O el oído me engañó,
ó hablabas de Alteza á aquel
de mas cerca.

LISIDAS.

¡Esto es peor!
No te queria decir,
temiendo tu indignacion,
que es el Principe de Creta,
que oculto á Chipre llegó,
para vér (segun me han dicho)
si en la rara perfeccion
de Diana:::

FISBERTO.

No prosigas.
Ya te entiendo. Ese es error
de su afecto; en mi venganza
ha de empezar su pasion.
Mate á Sigismundo, y pase
desde la ira al amor.

LISIDAS.

Bien matará á Sigismundo, *ap.*
si es él mismo. Lo que yo
juzgo es, que ignora el edicto.
Seguí su misma ficcion, *ap.*

con que no salí del orden
de Alcina.

SIGISMUNDO.

¡Confuso estoy!

RUGERO.

Sin duda os ha descubierto.

TURPIN.

¡Qué será, valgame Dios,
esto con que hacen temblar
los Reyes! ¡Azogue! No;
que estos temblores del culto
guardan mucha proporcion.
¡Miedo! Tampoco; que el miedo
se templa con el amor.
Algo divino es sin duda;
y nace en mí este temblor,
de que, al mirar su molestia,
se asusta mi adoracion.

SIGISMUNDO.

De quando en quando me vuelve
á mirar.

FISBERTO.

Si es su intencion,
vér á Diana encubierto,
yo haré, que á un tiempo con dos
atenciones su hermosura
y su desdicha::: Mas no
sepa, que le he conocido.

Vén, Lisidas.

LISIDAS.

Muerto voy.

FISBERTO.

¡Oh si aquel brazo apurase
este invencible temor,
dando muerte á Sigismundo!
¡Mas, ay cielos; que velóz
hácia donde está el deseo,
se vá la imaginacion!

Vase el Rey y Lisidas.

SIGISMUNDO.

¡Qué es esto! ¡Se ván!

TURPIN.

De mí
han huido; porque soy,
el que está demás.

RUGERO.

Sin duda,
quando en secreto le habló,
se lo dixo, y se retiran,
para asegurar la accion
con mas gente.

SIGISMUNDO.

¡Pues qué haremos!

RUGERO.

Hay riesgos, en que el valor

no queda mal, con huirlos.

TURPIN.

Bien dices. Los riesgos son
villanos, y con los pies
se vencen mucho mejor.

SIGISMUNDO.

Cerca de aqui está la entrada
de la gruta. Su intencion
burlarémos con la peña,
si nos siguen.

TURPIN.

Ya sirvió
de algo la nueva, que traxe.

RUGERO.

¿De qué?

TURPIN.

De saber los dos,
que está abierta.

RUGERO.

Vén siguiendo
nuestros pasos.

TURPIN.

Eso no.
Vé delante, quando huyeres,
dice un refrán hespañol. *vase.*

RUGERO.

¿Y pensais vér á Diana?

SIGISMUNDO.

¡Mal la olbidais! La ocasion
dirá, lo que hemos de hacer.

RUGERO.

Yo lo pregunté por vos.

SIGISMUNDO.

Y yo por vos lo dudé.

RUGERO.

Está bien. Guiad.

SIGISMUNDO.

Ya voy.

RUGERO.

¡Discurso, quando estarémos
solos un rato los dos!

SIGISMUNDO.

Mucho tenemos que hablar,
afligido corazon.

Vanse y sale Diana suspensa y Laura con dos buxías, que ha de poner sobre un bufete.

LAURA.

¿Pondré en este cenador
las luces? ¿Sabes hablar?
Pongolas pues; que el callar
es el sí del hablador.
¡En qué imaginas! ¡Qué tienes!
¡No pediste luces!

DIANA.

Sí.

¡Temblando vengo de mí!

LAURA.

De tus males y tus bienes
hacerme dueño solias,
y, quando mas lo mirabas,
con los bienes te quedabas,
y los males dividias.
¡Donde tu valor se fue!
¡No estaba con tu pesar!
¡Tú llorosa y sin llorar!
Qué es esto!

DIANA.

Ay Laura, no sé.

Esto es una locura: es un furor,
compuesto del osar y el desistir,
que pretende olbidarse del sentir,
y siente, que se olbida del valor:
Una osadía llena de temor,
que haciendo vanidad del resistir,
disminuye el dolor, que ha de sufrir,
y halla, que es la paciencia otro dolor:
Un esfuerzo, que, viendose irritado,
se despecha y se vuelve á detener,
como que se enamora del pesar,
Y un duelo del sufrir y padecer,
que llama la razon á pelear,

y lo convierte en miedo de vencer.

LAURA.

O es mi ingenio un majadero,
ó esas inquietudes son,
que allá en tu imaginacion
están danzando el Rugero.

DIANA.

¿Traxiste luces?

LAURA.

¡No atina
tu vista con lo alumbrado!

DIANA.

¡Si Astrea habrá despertado?
¡Mas cómo no canta Alcina!

LAURA.

No te entiendo.

DIANA.

A ese Rugero,
irritadas aguardamos,
las dos; y ambas esperamos,
quál ha de olbidar primero.
Quise adelantarme á hablarle,
con uno como cuidado,
de que le halle despreciado,
quando llegue á despreciarle.
Alcina lo conoció;
y como tan eloqüente,
su voz, junto á aquella fuente,

cantando, la adormeció.
Dexó caer un retrato;
y, ahunque, trayendole Astrea,
no puedo dudar, que sea
de Rugero, es tan ingrato
este modo de dudar,
que, para vér si remedio:::

ALCINA *dentro cantando.*

Corazon, no tiene medio,
este tu ciego anhelar.

DIANA.

Que para vér, si remedio
este modo de anhelar.

ALCINA *cantando.*

Era el remedio olbidar,
y olbidóseme el remedio.

DIANA.

Eso que canta, parece
que habla conmigo tambien.
Mal haya su voz amen.
¡De esta manera adormece!
¡Mas ay triste, el daño crece,
y yo el daño no remedio!

Al mismo tiempo canta esta copla Alcina.

ALCINA.

Corazon, no tiene medio
este tu ciego anhelar.

LAS DOS.

Era el remedio olbidar,
y olbidóseme el remedio.
Pero aparta; no me estorbes
la luz.

LAURA.

¿Qué quieres mirar?
¿No estás, en que es de Rugero
el retrato?

DIANA.

Claro está.
Pero quiero que mis ojos
no me lo puedan negar.

Sale Laura á la luz.

Llega. ¡Mas qué es esto!

LAURA.

Aguarda.
¡La misma Astrea cabal
no es ésta!

DIANA.

Retrato es suyo.

LAURA.

Y ella consigo le trahe.
Se quiere bien.

DIANA.

No lo entiendo.
Mas ya he sentido llegar
á la entrada de la gruta.

LAURA.

Aqui es ello.

DIANA.

¡Estoy mortal!

LAURA.

Ya he visto un vulto en campaña.

DIANA.

Tente. No mires allá.
No parezca que se espera,
lo que se teme.

Salen á la boca de la gruta Sigismundo, Rugero y Turpin.

RUGERO.

Llegad,
amigo.

SIGISMUNDO.

Yo llegaré,
porque vos lo porfiais.

TURPIN.

¿Luego es estotro el llamado?

no os entiendo.

RUGERO.

Necio estás.
Vé delante.

SIGISMUNDO.

Vos vereis:::

RUGERO.

¡Qué he de vér!

SIGISMUNDO.

que os engañais.

RUGERO.

En la gruta esperaré.

Vuelvese Rugero á la gruta , y ván llegando Sigismundo y Turpin.

SIGISMUNDO.

Sin vida estoy.

TURPIN.

Alli está
Laura. Señores , la gruta
llega hasta Laura. ¡Esto mas!

SIGISMUNDO.

Tú , pues eres conocido,
te puedes adelantar:::
¡Mas , cielos , esta es Diana! *ap.*

TURPIN.

Esta , que con Laura está,
es confidente. ¿Ce , Laura?

¿Ce, confidente?

LAURA.

Ya ván
llegando. ¿Quién es?

TURPIN.

El todo,
de quien tienes la mitad.

DIANA.

Llevad de ahí ese criado.

LAURA.

Vén, Turpin.

TURPIN.

Esta beldad
tira á destruir la otra,
que en el medio pecho está;
y no me agrada; que aquello
de querer una no mas,
es achaque de hombres tristes,
que alaban la soledad.

Vanse Laura y Turpin; y Diana y Sigismundo se quedan, sin hablarse.

DIANA.

¡Quexa y desprecio, (ay ofensas,)
qué sin tiempo me avisais!
¡Al principio de la voz
conoceis la indignidad!

SIGISMUNDO.

Miedo y razon, buena mezcla
es ésta, para empezar
una quexa. ¿Afectos mios,
pedís justicia ó piedad?

DIANA.

¡Yo, que á despreciar venia,
me resuelvo á dibujar
desayres de la razon,
con miedos de la verdad!

SIGISMUNDO.

¡Pedir zelos quien adora
sin otro fin que adorar,
no es servirse del temor,
para la temeridad!

DIANA.

¡Pero el rigor es delito,
que ha de obligarme á callar!
¡No es el trueno, que estremece
la voz del rayo, que cae!

SIGISMUNDO.

¿Pero es ofensa el quexarme?
Sopla el Austro y sentirás,
que, en el gemir de la selva,
se escucha su actividad.

DIANA.

¡Con qué turbada atencion
me mira!

SIGISMUNDO.

¡Qué hermosa está!
Dexaráme sin razon,
si otra vez vuelve á mirar.
Señora, yo:::

DIANA.

Proseguid.
¿A qué venís?

SIGISMUNDO.

A callar.
Si no lo dicen mis ojos,
mis labios no lo dirán.

DIANA.

¿Por qué?

SIGISMUNDO.

Porque en mi decoro
de mi quexa os amparais.

DIANA.

¡Quexa vos!

SIGISMUNDO.

No sé lo que es;
porque en el noble adorar
del respeto, la razon
se tiene, mas no se dá.

DIANA.

No os entiendo.

SIGISMUNDO.

Yo intenté,

reducir mi voluntad
al mas violento remedio,
y olbidóseme.

DIANA.

¿Os turbais?

ALCINA *dentro cantando.*

Olbidóseme el remedio,
y era el remedio, olbidar.

SIGISMUNDO.

Aquello quise decir.

DIANA.

Tened, Rugero. Es verdad,
que al saber, quien sois, de Alcina,
os dexé (mal hice) entrar
en este jardin, fiando
de vos (tambien hice mal)
el amparo de mi vida;
y vos, turbando la paz
de mi oído, cautamente
convertisteis la piedad
en otro afecto; de suerte,
que, sin conocer su mal,
en ambos pechos se vieron
dos corazones:::

SIGISMUNDO.

¿Callais?

ALCINA *dentro cantando.*

Dos corazones enfermos
de una misma enfermedad.

DIANA.

No quise decir aquello.

SIGISMUNDO.

¿Pues qué?

DIANA.

No lo sé explicar.
Ayudese mi decencia,
á no decir lo demás,
con otra voz, que en mis manos
puso el acaso. Tomad;
preguntad á este retrato,
lo que yo os debo callar.

Dale el retrato de Astrea.

SIGISMUNDO.

¡Retrato! ¡Pero qué veo!
¡Hay mas rara novedad!
¡No es ésta mi hermana Astrea!

DIANA.

Miradle bien, ¿Os turbais?
¿No os ha dicho mi razon?

SIGISMUNDO.

Fuerza es, dexarme culpar,
hasta saber, por qué medio

llegó á sus manos.

DIANA.

Cobrad

el haliento.

SIGISMUNDO.

Los retratos

son hurtos de la beldad,
que las mas veces suponen
culpas del original.
¡Cómo, señora (estoy muerto)
á vuestras manos llegar
pudo::: No sé, lo que digo.

DIANA.

¿Quereislo vér? Aguardad;
que, dudando si es mas noble
el desengaño que os dá
mi razon, que fementido
vuestro engaño, he de probar:::

ALCINA *dentro cantando.*

Que es el engaño traydor,
y el desengaño leal.

DIANA.

Ahora sí, que yo quise
decir aquello. Esperad.

Vase Diana: queda Sigismundo suspenso, mirando el retrato, y sale Rugero asomandose poco á poco á la gruta.

SIGISMUNDO.

Yo he de perder el sentido.

RUGERO.

No sé, si el ingrato afan
de mi pena, ó el cuidado
de vér lo que tarda ya
en el jardin Sigismundo,
me hace venir, á acechar
desde aqui, si acaso es tiempo:::
¿Mas no es aquel? Solo está.
Llego pues. ¿Es hora, amigo,
de que nos veamos? ¿No hablais?

SIGISMUNDO.

¿Si, con darme este retrato *ap.*
de mi hermana, declarar
ha querido, sin decirlo,
que me ha conocido ya?

RUGERO.

¡Rara suspension! Mirando
un retrato, fuera está

Llega á vér el retrato.

de sí. ¡Mas, cielos, el mismo,
que aquella ingrata beldad
de las manos me quitó,

es éste. Un hielo mortal
me ha ocupado el corazon.

SIGISMUNDO.

Rugero, amigo, seais
bien venido.

RUGERO.

¿Qué teneis?
¡Tristeza y felicidad
juntas en vos! Mas parece,
que vuelven.

SIGISMUNDO.

Tened; no os vais;
que me importa.

RUGERO.

Si os importa,
no me toca, el replicar.

Salen Diana y Astrea, y al verse se quedan todos turbados.

DIANA.

Ven, amiga.

ASTREA.

Tu obediencia,
violenta mi voluntad.

DIANA.

Ya, Rugero, os traygo aqui
el hermoso original
del retrato.

ASTREA.

Ya, Rugero:::
¡Mas qué es, lo que viendo están
mis ojos! ¡Mi hermano aqui!

SIGISMUNDO.

¡Aqui mi hermana!

RUGERO.

¡Mortal
estoy! Ella debió de irse
enojada; pues la trahe
la criada.

DIANA.

¡Otro hombre aquí
con Rugero! ¡Quién será!

SIGISMUNDO.

Por no darme á conocer,
es fuerza, disimular.

ASTREA.

Rugero está alli, y mi hermano
con el modo de mirar,
me ha dicho, que disimule.

DIANA.

Todos turbados están,
y los ojos de Rugero
con tan nueva ceguedad,
robados de la hermosura
de Astrea, que ahun para dár
la disculpa, de haber roto,

con otro testigo mas
este sagrado, le falta
la voz.

SIGISMUNDO.

¡Qué confusa está
Diana, de hallar aqui
á su amante.

DIANA.

Antes de hablar *ap.*
mas palabra, he de saber,
quién es Rugero. Escuchad;
que yo:::

Salen Laura y Turpin asustados.

LAURA.

Señora, tu padre:::

TURPIN.

Señor, el Rey:::

DIANA.

¿Dónde está?

LAURA.

dentro del jardin le he visto.

TURPIN.

con su cara de turbar,
venia.

DIANA.

¡Terrible empeño!

SIGISMUNDO.

Todo ha sucedido mal.

Sale Alcina.

ALCINA.

Fingí una sombra del Rey *ap.*
á estos dos del material,
que facilitó á mi ciencia
su misma credulidad.

DIANA.

¿Alcina?

ALCINA.

No os asusteis.
Los dos la gruta tomad,
y las dos venid conmigo.

DIANA.

Vén, Astrea.

ASTREA.

¡Voy mortal!

SIGISMUNDO.

Venid, Rugero; busquemos
los dos la gruta.

RUGERO.

Guiad.

ASTREA.

¡No sabe de sí el haliento!

DIANA.

¡De alivio estoy incapaz!

RUGERO.

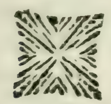
¡Ahun no acierto, á discurrir!

SIGISMUNDO.

¡Ahun no acierto, á respirar!

ALCINA.

Quede en pie su confusion,
hasta que sazone mas
el Alcazar del Secreto
este inutil porfiar.



JORNADA TERCERA.

Salen Sigismundo y Aurelio,

SIGISMUNDO.

Dexame ya.

AURELIO.

¡Qué es dexarte!
Si te maltratas de suerte,
que haces, que el no obedecerte,
sea el mejor respetarte.
Desde que anoche veniste,
no has podido reposar.
¿Te acostaste á suspirar,
ó á dormir?

SIGISMUNDO.

¡Ay de mí triste!
Al punto te has de partir
á Epiro. Mira, si viene:::

AURELIO.

¿Quién?

SIGISMUNDO.

Rugero.

AURELIO.

Pues que él tiene
tal reposo, has de decir,
dónde estamos; que ha seis meses
que los dos nos arrojamos
al mar, que á Chipre arribamos,
y que tú:::

SIGISMUNDO.

¡Si ahora quisieses
arguirme! Sé, que estoy
indignamente arriesgado
en Chipre: que embelesado
cuenta á mi padre no doy
de mi vida, y que, encubierto
con el nombre de un amigo,
busco un imposible, y sigo
las huellas de un desacierto.
Pero esto, que el alma siente,
lo sé, para no entenderlo,
sirviendome el conocerlo,
de errarlo advertidamente;
que la voluntad, violento
dominio del albedrío,
hace de su desvarío
cómplice al entendimiento;
y él, haciendose parcial

de sus errores, tambien
le dá la razon del bien,
para que execute el mal.

AURELIO.

Todos los caminos cierras
al consuelo. No te alteres.
Basta. Dime, lo que quieres,
ya que quieres, lo que yerras.

SIGISMUNDO.

Que inquieras ocultamente
en Epiro, qué ocasion,
qué motivo ó qué razon
pudo haber, para que, ausente
de Epiro, Astrea, mi hermana:::
Pero Rugero::: Despues
lo sabrás.

AURELIO.

Callemos pues.

Sale Rugero.

RUGERO.

¡Amigo, tan de mañana!
(disimulemos, desdichas)
Poco el lecho os ha debido.
¿Tambien se han introducido,
á ser desvelos las dichas?

SIGISMUNDO.

¡Qué dichas! Salte allá fuera.

Vase Aurelio.

Si pasáran mis pasiones
por dichas las confusiones,
nadie mas dichoso fuera.

RUGERO.

No os entiendo. Del jardin,
juntos anoche salimos,
y entrambos mudos venimos
hasta la Quinta. Yo en fin
tube causa de callar;
que, ahunque alegrarme debia
vuestra dicha, era alegría,
que hallaba, con quien luchar.
¡Pero vos tan afligido
en la novedad del bien!
La otra fortuna tambien
se estrena con el gemido!

SIGISMUNDO.

¡Ay amigo! ¡Quál estado
puede ser mas lastimoso,
que, el de parecer dichoso,
y quedarse desdichado!

RUGERO.

¿Aquella rara beldad
no salió, á escucharos?

SIGISMUNDO.

Sí.

RUGERO.

¿No la hablasteis?

SIGISMUNDO.

Es asi.

RUGERO.

¿No os dió un retrato?

SIGISMUNDO.

Es verdad.

RUGERO.

¿Y no fue favor?

SIGISMUNDO.

No fue,
sino desprecio y rigor.

RUGERO.

¡Cómo!

SIGISMUNDO.

Otra pena mayor,
(¡ay, Rugero!) os fiaré,
si atento:::

Sale Turpin.

TURPIN.

¿Señor?

RUGERO.

¿Turpin?

SIGISMUNDO.

¿Qué tienes?

TURPIN.

¿Nos oye alguien?

RUGERO.

Solos estamos.

TURPIN.

Sabed:::

SIGISMUNDO.

No te detengas.

TURPIN.

Dexadme
respirar; que, hasta el correr,
permite el cielo, que canse.
Anoche, quando salisteis
del jardin, por un instante,
que me detube con Laura,
de quien ya soy todo casi,
perdí el tino de la gruta,
y fue preciso, quedarme
escondido. Amaneció,
y como me halle en el trage
de Jardinero postizo,
tube dicha; de mezclarme
con los otros, que venian
Jardineros naturales.
De ellos supe::: mas no es tiempo
de relaciones, que alarguen;
echemos por el atajo;

que es un punto muy notable,
lo que inclina á Relatores,
esto de hablar en Romance.
Todo el Alcazar se abrasa
en aparatos marciales;
y Laura, mi medio dueño,
baxó al jardin á buscarme
con todo el color perdido,
y me ordenó, que al instante
viniese á decirte:::

RUGERO.

¡A mí!

SIGISMUNDO.

Claro está.

RUGERO.

Tú te engañaste.

TURPIN.

,,Dí á tu amo, que mi ama
(dixo Laura) se deshace
en llanto, y es menester,
porque hay muchas novedades,
que al punto venga al jardin
por el camino, que sabe."

SIGISMUNDO.

¡Qué puede ser!

RUGERO.

No lo entiendo.

Otra vez vuelve á inquietarme
el recelo, de que ahier
os conocieron.

SIGISMUNDO.

¿Bastante
seguridad de ese riesgo
no fue, que el Rey se apartase,
y que nadie nos siguiese?

RUGERO.

Sí. ¿Pero estas novedades,
este llanto de Diana,
y estos ruidos militares
qué arguyen?

SIGISMUNDO.

Lo que yo, amigo,
por mejor tengo en el lance
es, que vais luego al jardin.

RUGERO.

¡Yo al jardin!

SIGISMUNDO.

¡Pues no escuchasteis,
que dixo Laura á Turpin:::

RUGERO.

¿Qué?

SIGISMUNDO.

que á su amo avisase!

RUGERO.

Por vuestro criado tienen

á Turpin.

SIGISMUNDO.

Que á mí me llamen,
es imposible.

RUGERO.

Acabad.

TURPIN.

Señor, hablemos verdades;
que me quitas y me vuelves
el juicio, que me quitaste.
¿No adoras esta hermosura?
¿No eres caballero andante,
porque te hizo su retrato
muy devoto de una imagen?
¿No te fiaste del mar
en un leño miserable,
porque desde él una voz
te llamaba? No encontraste
esta infanta de aventuras,
junto á esa peña volante?
¿No la hablaste? ¿No te oyó;
por señas, de que la hablaste?
¡Pues cómo ahora la ofreces!
¡Eres de aquellos altares,
que hacen, que el Idolillo
á ser ofreńda se baxe!

RUGERO.

¡Discurso en fin como tuyo!

Calla, menguado.

SIGISMUNDO.

Dexadle,
proseguir, ó respondedle.

RUGERO.

Ya de aquellas ceguedades
convalecieron mis ojos.
No me desmientas, semblante. *ap.*

SIGISMUNDO.

Tambien yo supe vencer
mis afectos. No desmayes, *ap.*
corazon. Ya no conozco
esos golpes desiguales.

RUGERO.

Vos estais favorecido.

SIGISMUNDO.

Ya he dicho, que os engañasteis.

RUGERO.

Si yo, al salir de la gruta,
ví á la misma que hallé antes
en esa playa, volver
contra:::

SIGISMUNDO.

¿Y vos qué imaginasteis?

RUGERO.

Que la obligó algun enojo
al ademán de apartarse,
y tenia prevenida

otra, que se lo estorbase.

SIGISMUNDO.

¡Ay, amigo; que ya son
de otra especie mis pesares,
de otro color mis desdichas,
mis penas de otro linage!
Y, para que lo sepais,
Turpin, vuelvete al instante
al jardin, y tén cuidado,
si hubiere mas novedades.

TURPIN.

Bien está: voyme á bizcar,
mirando á un tiempo á dos partes;
que lo bizco es uso nuevo,
y un uso, que si no hace
galanes los hombres, sirve
de hacer hombres los galanes.

Vase Turpin.

SIGISMUNDO.

Ya que hablo á solas conmigo,
pues yo soy otro, escuchadme,
lo que os empecé á fiar.
Al punto que os retirasteis
á la gruta, hallé á Diana.
Siempre fue con mis verdades
rigurosa; pero entonces,
sin acertar á explicarse

de mas irritada, expuso,
quizá por desengañarme,
de que ya me ha conocido
por su enemigo, al exâmen
de mis ojos un retrato.
Aqui empiezan sus crueldades:
aqui mis dudas, y aqui
el no saber explicarme.
Un retrato de:::

Sale Aurelio.

Señor,
el Rey llega en este instante
á la puerta del jardin.

SIGISMUNDO.

¡Qué dices!

AURELIO.

Que al apearse
de una carroza, le ví,
y me adelanté, á avisarte.

RUGERO.

Cierto es, lo que imaginé.

SIGISMUNDO.

¡Raro empeño!

RUGERO.

¡Fuerte lance!

SIGISMUNDO.

Nunca engañan los temores

á las infelicidades.

Salen Fisberto y Lisidas.

FISBERTO.

Quedaos todos; que yo solo
desde aqui he de acompañarme.
Verá el de Creta, que emprende *ap.*
un imposible, y que antes
mi venganza, que su empeño:
Pero aqui está: llego á hablarle.
Quien viene, sin avisar,
no hay razon, para que extrañe,
que venga yo de esta suerte.
Lisidas, vete al instante,
y en orden la gente haga
estrecha y lucida carcel
la de Diana.

LISIDAS.

Ya voy.
¡Que no pueda yo avisarle! *vase.*

FISBERTO.

¡Que venga yo de esta suerte,
á prevenir hospedage
mas decente á vuestra Alteza!

RUGERO.

Ya no es posible, ocultarse.

SIGISMUNDO.

Esto es hecho. Yo, señor,

llegué á Chipre; mas, si sabe
vuestra Magestad, quién soy,
solo me toca, acordarle
su grandeza; y que ella misma
me defienda, por librarse
de ser menor, permitiendo
á una pasion, que le arrastre.

FISBERTO.

Vuestra Alteza es, quien olbida
la suya; que el ocultarse,
arguye delito, y siempre,
en los que, á ser tanto, nacen,
está con lo delinqüente,
muy encojido lo grande.

SIGISMUNDO.

Justo recelo, señor,
me ha obligado á recatarme;
que, ahunque sois Rey, (con que digo,
que lo sois todo) no es facil,
hallar la piedad de un Rey
en la indignacion de un padre.

FISBERTO.

¡Qué presto, y qué sin tormento,
el delito confesaste!
Padre de Diana soy;
y ya sé, que en los amantes,
á disculpar desaciertos,
nacieron las ceguedades.

SIGISMUNDO.

¿Luego tambien has sabido
mi amor? ¡No sé, cómo hablarle! *ap.*

RUGERO.

Yo he de perderme con él
de una vez. Todo lo sabe.

SIGISMUNDO.

Confieso, que estoy turbado.

FISBERTO.

No extraño, que os embarace
mi razon. Mas, ya que os puso
en ese ocioso certamen
vuestra osadía, no es bien,
que ignoreis las calidades
de la empresa á que venís;
que hay algo en ella, que es ántes
que pelear con las armas
de esos afectos vulgares.
Venid conmigo.

Rugero llega á ponerse enmedio de Sigismundo y Fisberto.

RUGERO.

Primero,
señor, que de aqui se aparte
el Principe, sabre yo,
comprar con toda mi sangre
su seguridad.

FISBERTO.

¡Quién es::!

RUGERO.

Quien sabrá:::

FISBERTO.

¡Qué recelasteis!
¿Sois del Principe de Creta?

RUGERO.

volver por mí en qualquier tiempo
con sus recelos cobardes;
que son conmigo traydores,
para ser con vos leales.

SIGISMUNDO.

Principe de Creta, dixo. *ap.*

RUGERO.

Rugero dixo; no sabe,
quién es.

SIGISMUNDO.

Mejor se ha dispuesto. *ap.*

RUGERO.

Dicha fue, no declararme. *ap.*

FISBERTO.

Venid, Rugero. El edicto *ap.*
de mi venganza implacable
haré que le notifique
la voz de Alcina suave,
y á vista de la opresion
de Diana, he de irritarle

contra Sigismundo. Vamos.

Vase Fisberto.

SIGISMUNDO.

Ya obedezco. No dilates
el ir, donde te han llamado.

RUGERO.

¿Otra vez te persuades
á que fue::: ?

SIGISMUNDO.

Ya vés, que ahora
del Rey no puedo apartarme.

RUGERO.

Ni yo de tí.

SIGISMUNDO.

Ello es preciso,
el ir, llame á quien llamáre,
quando se vá á riesgos suyos,
y no á favores.

RUGERO.

Hallaste
el camino, de vencerme.
Yo ire; pero á disculparte.

SIGISMUNDO.

Espera junto á la entrada
del jardin, hasta que llamen
de adentro:::

RUGERO.

Está bien.

SIGISMUNDO.

Y dexa
abierta de esta otra parte
la gruta, para que yo,
quando me desembarace
del Rey, te vaya á buscar.

RUGERO.

De amigo, mas no de amante,
obedezco.

SIGISMUNDO.

A Dios.

RUGERO.

A Dios.

SIGISMUNDO.

¡Dónde, amor:::

RUGERO.

¡Quándo, pesares:::

SIGISMUNDO.

encontraré tus alivios!

RUGERO.

os cansaréis, de matarme!

Vanse y dice dentro Alcina y Laura:

LAURA.

¿No sabes, adónde están
todas temiendo su fin?

ALCINA.

Dí, que baxen al jardin,
que en el jardin me hallarán.

Salen Alcina y Laura.

ALCINA.

¿Dónde vás?

LAURA.

¡Ay de mí triste!
Tú seas muy bien venida.

ALCINA.

¿Qué tienes?

LAURA.

Estoy perdida.
Despues que anoche te fuiste
al templo, hay mil confusiones.
Diana está sin haliento,
no hay voz aqui sin lamento,
ni palabra con razones.
Apenas despuntó el dia,
quando al rumor y el estruendo
de las armas:::

ALCINA.

Ya te entiendo.
¿Y Diana desconfia
de mí? Dile, que este ruido
militar no la acobarde;
que es un politico alarde,
que su padre ha prevenido
para un intento, que aqui
sabrá. Dí, que yo he tomado

por cuenta de mi cuidado
los riesgos que teme. Y dí:::

Hablan las dos á parte y sale Turpin.

TURPIN.
Las guardas están dobladas,
y ya poniendose ván.
¡Pero, qué miro! Aqui están
mis dos prendas adoradas.
Irme quisiera en secreto,
porque no se me exásperen;
que, entre dos que bien se quieren,
nadie se puso discreto.

LAURA.
Voy á obedecerte ya.

ALCINA.
Y dí, que no baxe Astrea
por el riesgo, de que sea
conocida.

LAURA.
Bien está.

Vase Laura.

TURPIN.
Mejor se ha dispuesto. Ausente
la una, ya no me voy.
De los dias, el de hoy,
de las damas, la presente.

ALCINA.

Ya, Venus, de tus enojos
me avisó tu inspiracion.
No me asombres la razon,
alumbrandome los ojos.

TURPIN.

A estas mujeres leídas
(ya sé el camino) parlallas
poco y obscuro y dexallas,
que se dén por entendidas.
Si las amas, corazon,
y quieres vivir contento,
dales el razonamiento,
que ellas te le harán razon.
Llego pues. ¿Sábia señora:::?

ALCINA.

Ya, soberana deydad,
ya te he entendido.

TURPIN.

Tomad,
si es lerda la entendedora.
Deydad me llamó tambien.
Luego una boba supiera
pagarse de esta manera,
de que se lo dicen bien.

Pasease Alcina, él con ella.

Algun concepto digiere,

pues se pasea. Allá voy.
El que dice, lo que quiere:::

ALCINA.

Baste; yo haré, qué á tu altar
se postre el hado enemigo.

TURPIN.

Ya sé, que basta; mas digo
mi pasion, por descansar.
¡Que una sábia entiende luego
á media razon la troba,
y haya quien sufra una boba,
que la gaste todo el ruego!

ALCINA.

¡Turpin, tú aqui!

TURPIN.

¡Hay mas graciosa
suspension!

ALCINA.

¡De qué te inquietas!

TURPIN.

Esto tienen las discretas,
pensar siempre en otra cosa.

ALCINA.

¡Qué dices; que no entiendo!

TURPIN.

Hablando estaba.

ALCINA.

¿En qué hablabas?

TURPIN.

Es, que ví, que me escuchabas,
y te estaba divirtiendo.

Sale Laura.

LAURA.

Ya Diana:::

TURPIN.

Soy perdido.

LAURA.

viene. ¡Aqui estás, oh villano!

TURPIN.

Es, que iba doble la mano,
y quise darme á partido.

Sale Diana asustada con acompañamiento de criadas.

LAURA.

¿Dónde vás?

DIANA.

Dexame, Alcina.

ALCINA.

¿Qué tienes?

DIANA.

¡Quantos peligros!
Idos todas, pues que ordena
mi padre, que en este sitio
sola con Alcina espere.

Y vosotras tambien idos
de aqui.

Vanse las criadas.

LAURA.

La gruta está abierta;
y de tal humor la he visto,
que no me atrevo á decirla;
que mi miedo ha prevenido
á Rugero. Venga usted,
el hombre de á dos sencillo;
que acá dentro nos verémos. *vase.*

TURPIN.

¡Qué ceño ha puesto tan lindo!
Bien parecen enojadas
las hermosas. Ahora digo,
que, quien las tiene gustosas,
se pierde su mejor viso. *vase.*

DIANA.

¡Ay, Alcina! Los rigores
de mi prision, los peligros
de mi vida, los desmanes
de mi fortuna, y no digo
(¡ay de mí!) las desazones
de otro afecto mal nacido,
porque no es para la voz
lo que es para los suspiros:
todo es menos, que el cuidado
con que, Alcina, martirizo

mi corazon.

ALCINA.

No te ahogues.

DIANA.

Sabe, que Astrea me ha dicho,
que aquel hombre (no quisiera
que nadie pudiera oirnos)
que anoche:::

ALCINA.

Nadie te escucha;
prosigue.

DIANA.

que anoche vimos
en el jardin, es su hermano
Sigismundo:::

ALCINA.

Astrea ha dicho *ap.*
la verdad; pero ella piensa,
que Rugero, á quien no ha visto
otra vez, es el hermano
de Astrea.

DIANA.

y quando me irrito
de ver, que entró con Rugero
por la gruta mi enemigo,
sin saber, lo que intentaban
los dos, cojió de improviso
Astrea todos los pasos

á mi enojo, y con suspiros
y lagrimas me ha obligado,
á ofrecerla otro delito
de mi atencion, amparando
á su hermano.

ALCINA.

Ya he sentido
pasos. Despues lo dirás.

DIANA.

¡Pues qué es esto!

ALCINA.

Es, que ha venido
un Principe forastero,
á intentar con su albedrío
la dicha, de ser tu esclavo;
y, como dice el edicto,
á vista de tu hermosura,
mi voz intíma el indigno
pacto de aquella venganza.

DIANA.

Paciencia, haliento rendido.

Sientase Diana, toma Alcina el instrumento y salen al paño Sigismundo, y Lisidas.

SIGISMUNDO.

Sé, que debo á tu silencio
la vida.

LISIDAS.

En nada te sirvo,
pues obedezco en Alcina
á los Dioses.

SIGISMUNDO.

El motivo
de mi obligacion, no es menos;
porque tú::: ¡Pero qué miro!
¿No es Diana?

LISIDAS.

Desde aqui
te harán espalda estos mirtos,
para verla. Allá se avengan
tus ojos con tus oidos.

SIGISMUNDO.

¿Dónde vás?

LISIDAS.

Aqui me aparto. *vase.*

SIGISMUNDO.

¡A qué fin habrá querido
el Rey, que yo me adelante
hácia este hermoso peligro!

ALCINA *cantando.*

En las batallas de amor
vence mas el mas vencido.

DIANA.

¡Y esa es victoria!

ALCINA.

¡Eso dudas!

DIANA.

No te entiendo.

ALCINA.

Ya me explico.

CANTA.

Porque el mismo cautiverio
es valor del albedrío.

SIGISMUNDO.

Ojos, valor. ¡Que á lo hermoso
sirva lo ingrato de aliño!

ALCINA *cantando.*

La razon siempre obedece,
donde mandan los sentidos.

DIANA.

¡Obedece!

ALCINA.

Y sin violencia.

DIANA.

¡Eso dices!

ALCINA.

Esto digo.

CANTA.

Conoce la tiranía,
mas reconoce el dominio.

SIGISMUNDO.

Con su voz está encendiendo
nuevo ardor en mi sentido.

ALCINA *cantando.*

Amor en lo voluntario:::

DIANA.

Yerra tu voz el edicto,
ó es contra mí, lo que cantas.

ALCINA *cantando.*

sabe encontrar lo preciso.

DIANA.

¡Provocas á la venganza,
y despiertas al cariño!

ALCINA.

Yo elijo el daño, que siento.

DIANA.

No es posible:::

ALCINA.

¿Qué?

DIANA.

sufrirlo.

ALCINA *cantando.*

Yo elijo el daño, que siento,
y abrazo el daño, que elijo.

DIANA *levantandose.*

¡Que aquel ingrato (¡en el pecho
un volcan has encendido!)

malográse mis verdades!
Apartemos los oídos
de este encanto. ¡Mas quién es!
¿Rugero?

Vase á entrar, y encuentra con Sigismundo.

SIGISMUNDO.
¡Apenas respiro!

DIANA.
¡Qué es esto, Alcina!

ALCINA.
Rugero
es el forastero mismo,
á quien tu padre, que ya
entendió::: Mas yo prosigo;
que está en tu quarto, y no es bien,
que echen menos sus oídos
ó la voz ó el instrumento.

Mientras hablan Sigismundo y Diana, ha de tomar los instrumentos, y cantar Alcina, interponiendo la musica, y la representacion como se sigue.

DIANA.
Ya está de mas el edicto,
porque, ahunque cumpla con él
Rugero:::

SIGISMUNDO.

Acabad: decidlo.

DIANA.

hay otra ley imposible,
que persigue mi albedrío.

SIGISMUNDO.

¡Contra mí!

DIANA.

No es contra vos;
que la ley habla conmigo;
mas vos disteis la razon
de la ley.

SIGISMUNDO.

Yo no me admiro;
que la tube, y de callarla,
debo de haberla perdido.

ALCINA *cantando.*

La razon siempre obedece,
donde mandan los sentidos.

DIANA.

¡Vos razon!

SIGISMUNDO.

Sí.

DIANA.

¿Quál?

SIGISMUNDO.

Ninguna.
O admiteme el sacrificio,

de callar, lo que no entiendes,
ó entiende, lo que no digo.

DIANA.

¡Ahun del silencio te vales
para ofender los oídos!

SIGISMUNDO.

Yo hablára, si yo supiera,
aliñar mi desvarío
de suerte, que no sonáran
como quexas los gemidos.

DIANA.

Quando esos afectos fueran
verdades, sin ese aliño
que echais menos, fueran culpas.
Preguntaos pues á vos mismo;
qué nombre tendrá el engaño,
donde es la verdad delito.

SIGISMUNDO.

¡Que dificultoso es,
pedir zelos sin peligro
del respeto y la razon!
Dadme (no sé lo que digo)
dadme, señora, un lenguage
decente, para deciros,
que me ha muerto otra osadía,
que antes, que el afecto mio
empezó la noble culpa,
de irritaros, con serviros.

ALCINA *cantando.*

En las batallas de amor
solo vence el mas rendido.

SIGISMUNDO.

Yo lo soy; pero el tener
comparacion, es martirio
del amor.

DIANA.

Iba á enojarme;
pero vos no hablais conmigo,
y paso á no responderos.
Decid, al que en este sitio
anoche encontré con vos:::

SIGISMUNDO.

¡Qué escucho! *ap.*

DIANA.

que ya ha debido
á aquella misma hermosura,
que á vos os tiene cautivo:::

ALCINA *cantando.*

Porque el mismo cautiverio,
es valor del albedrío.

DIANA.

„¡Porque el mismo cautiverio,
es valor del albedrío!"
Digo, que ha debido:::

SIGISMUNDO.

¿ Qué?

DIANA.

mi piedad.

SIGISMUNDO.

¡ Cielos divinos,
qué es esto! ¿ Y quieres, que yo
se lo diga? ¡Estoy sin juicio!

ALCINA *cantando.*

Amor en lo voluntario,
sabe encontrar lo preciso.

Sale Fisberto.

FISBERTO.

¡ Qué es esto, Alcina, que cantas!
¡ Tanto amor! ¡ Tanto albedrío!
¡ Para quándo son los rayos
de mi venganza!

ALCINA.

¿ El principio
no ha de ser de tu venganza
el amor?

FISBERTO.

No has entendido
mi intento. Escuchad, Rugero;
que yo acabaré el edicto.

SIGISMUNDO.

¡Muerto estoy!

ALCINA.

Venus, yo haré
verdades tus vaticinios.

FISBERTO.

Esa infelíz hermosura,
Principe de Creta invicto,
morirá sin libertad
en esta prision.

SIGISMUNDO.

¡Qué esquivo *ap.*
decreto, ¡Oh sea dichosa,
ahunque es ingrata!

FISBERTO.

El divino
estatuto de los cielos
la destinó á un enemigo.

SIGISMUNDO.

¡Yo no la adoré, por solo *ap.*
adorarla!

FISBERTO.

No hay camino,
de merecer con su mano
su libertad.

SIGISMUNDO.

¿Un amigo
no está porfiando, á morir

por mi amistad?

FISBERTO.

Divertido
parece, que me escuchais.

SIGISMUNDO.

¿Ella misma no me ha dicho,
que ya Rugero encontró
su piedad, y que yo mismo
se lo diga?

FISBERTO.

¿No entendeis?

SIGISMUNDO.

¡Pues cómo el dolor resisto,
y á la razon de morir
no cede el haliento mio!

ALCINA.

Ahora es tiempo; escuchadme;
que de esta manera inspiro
en vuestros tres corazones
los celestiales avisos.

Vá pasando por el tablado, y mirando á los tres, segun lo que se vá cantando.

ALCINA *cantando.*

La vida de Sigismundo — *á Sigism.*
será felíz sacrificio.
En tu engaño está tu dicha, — *á Diana.*
buscala con tu albedrío.
El secreto del Alcazar — *á Fisberto.*

del secreto es el camino.
Huid, huid, mortales,
del termino preciso:
huid, huid; que huyendo
siguen los fugitivos,
y al destino caminan
las fugas del destino. *vase.*

SIGISMUNDO.

„La vida de Sigismundo
será felíz sacrificio,
y el Secreto del Alcazar
del secreto es el camino."
Ya entiendo. Señor, seguidme;
que yo cumpliré el edicto.

FISBERTO.

¡Qué decís!

SIGISMUNDO.

Que al acabarse
vuestra venganza:::

FISBERTO.

Ya os digo:::
Aguarda, Alcina::: Dexadme
saber primero::: Esto ha sido,
lo que me dixo aquel sabio
Sacerdote: saber digo,
lo que me quiso decir
Alcina, quando me dixo:
„El secreto del Alcazar,

del secreto es el camino."
Vete, Diana, á tu quarto,
y vos::: Mas venid conmigo. *vase.*

DIANA.

„En mi engaño está mi dicha."
¡Qué es esto, Alcina!

SIGISMUNDO.

Esto ha sido,
que en tu engaño está mi muerte,
que es tu dicha.

DIANA.

Ya os he dicho,
que ese estilo desconozco.

SIGISMUNDO.

¡Ah ingrata! Pero sí digo
ingrata, mucha pasion
me buscas con mucho estilo.

DIANA.

¿Oís? Guardad esas voces,
para la que ha merecido:::
Pero id con Dios.

SIGISMUNDO.

Atended;
mas no atendais.

DIANA.

¡Qué delirio!

SIGISMUNDO.

¡Qué obstinacion!

DIANA.

¡Qué congoja!

SIGISMUNDO.

¡Qué pena!

DIANA.

¡Qué desvarío!

SIGISMUNDO.

Tú yerras, adónde llegan
despechos de un afligido.

DIANA.

Y Tú:::

SIGISMUNDO.

¿Qué decias?

DIANA.

Nada;
que ahun no mereces, oírlo.

SIGISMUNDO.

¡Que ahoguen las sinrazones!

DIANA.

¡Que enternezcan los delitos!

Vanse, y salen Laura y Turpin, que hace que se vá.

LAURA.

Dexame cerrar; que ya
como sin orden abrí
la gruta, al vernos aqui,
me ausentaba. Vuelve acá.

¿Dónde vás?

TURPIN.

Ya me has tenido
un rato de amores loco.
Dexame amar otro poco
la locura del oído.

LAURA.

¡Quando afirmandose iba,
se muda asi tu fineza!

TURPIN.

Mira, esto de la firmeza:::

LAURA.

¿Qué tiene?

TURPIN.

Ser cuesta arribà.

LAURA.

Dices bien, y ya me empeñas,
en no tenerla jamás,
porque es cuesta arriba, y mas
que está, donde están las peñas.

TURPIN.

Discurralo cada uno.
La que en ser mudable dá,
quando quiere á otro, está
cerca, de querer ninguno.

LAURA.

Del sabio es, mudar consejo,
y, si llaman comunmente

á la culebra prudente,
es, porque muda el pellejo.

TURPIN.

Vés las rocas, pues son locas;
y los azotes del mar,
por no quererse mudar,
merecen muy bien las rocas.

LAURA.

Yo en una cosa me fundo;
que no por firmes y quietas
están siempre las veletas
en lo mas alto del mundo.

TURPIN.

Oh qué bien. Pero aqui viene
tu ama.

LAURA.

No es sino Astréa.

TURPIN.

¿No es ésta Diana?

LAURA.

Sea
quien fuere; lo que conviene
es, que aparte la entretengas,
mientras yo la gruta cierro.

TURPIN.

Está bien.

Sale Astrea asustada.

ASTREA.

'No me engañé;
qué puede ser. Jardinero,
¿dónde está Diana?

TURPIN.

¿Quién?

ASTREA.

Diana.

TURPIN.

Yo estoy creyendo,
que mudan::: ¡Como:::! ¡Diana
no es ésta!

ASTREA.

¡Mi hermano, cielos,
con el Rey! Lo que discurro,
se embaraza, en lo que temo.
Pero alli está Laura. ¿Laura?

LAURA.

¿Señora? Quedóse abierto. *ap.*

ASTREA.

Dí á Diana (¡estoy sin vida!)
que en este sitio la espero,
porque he menester, hablarla
á solas; y tú vé presto,
y busca:::

TURPIN.

¿A quién?

ASTREA.

á tu amo;
y dile, que el caballero,
que entró anoche en el jardin
con él, está en grande riesgo;
y que, si es su amigo, como
de verlos juntos, lo infiero,
le acuda. No os detengais.

TURPIN.

¡Quién vió tan raros misterios!

LAURA.

¿Oyes?

TURPIN.

¿Qué?

LAURA.

No se te olbide,
que quedamos en aquello
de querernos, si gustamos,
de mudarnos, si queremos. *vanse.*

ASTREA.

¡A quién habrán combatido
tan de tropel los sucesos,
que en el tiempo limitado,
que há que me arrojó del Templo
de Tetis en esta playa
la saña del mar, primero

encontré en la voz de Alcina
una amenaza del cielo,
despues en la de un amante
un peligro del sosiego!
Busqué, huyendo, mi fortuna,
y vine á encontrar huyendo,
amiga noble en Diana:
pero, al saber que Rugero
la adoraba, hallé tambien
en su amparo otro tormento.
Alcina se me retira,
ó responde con misterios
á mi confusion: mi hermano
Sigismundo con su riesgo
me deshalienta: Diana
me rinde con sus afectos;
y yo entre tantas fatigas
tengo mas rendido el pecho
al dolor menos ayroso,
porque es el mas lisonjero.
¡Oh inclinacion mal nacida,
hija en fin de un desacierto,
quién te pudiera arrancar
del corazon, donde véo,
que está engendrando el enojo,
una ira tan sin fuego,
que de puro discursiva,
se convierte en sufrimiento!

Sale Rugero, abriendo con recato la puerta.

RUGERO.

Ya que ha cesado el rumor
indistinto, que al silencio
de la gruta parecia
cercano, y á nadie véo,
que á buscar á Sigismundo
se acerque, para los riesgos
de Diana::: ¡Mas Diana
no es ésta! Valedme, cielos.
Sola está, y no sé, qué diga.
¡Qué hermosa pérdida han hecho
mis ojos! Bien reconocen
la luz de sus escarmientos.
Pero parece, que el llanto
los quiere volver á ciegos.
Suspensa está; no me ha visto.
Irme, sin hablarla, quiero,
que estoy recien emendado,
para fiarme del riesgo.

ASTREA.

¡Ay de mí!

RUGERO.

Suspiro fue.
Tambien se aparta violento
el oído; pero huyamos;

Hace que se vá.

que esto ha de ser.

ASTREA.

¡Ah Rugero! *ap.*

RUGERO *volviendo.*

¿Llamais?

ASTREA.

¿A Quién?

RUGERO

Yo no soy
Rugero. ¡Notable yerro
de mi pasion!

ASTREA.

El me oyó. *ap.*
¡Notable error de mi afecto!
¡Que ahun los suspiros me sirvan
de ahogo! Disimulemos
la humanidad del suspiro
con otra culpa, que es menos.
Llamabaos, para deciros
un cuidado.

RUGERO.

Vuestro riesgo
me ha trahido, y la atencion
de vuestro amante:::

ASTREA.

No entiendo
ese atrevido lenguage.

¡Vos mi amante! No es tan cuerdo
mi rigor, que no supiera
borrar ese atrevimiento
con rayos; pero es rigor,
que le desarma el desprecio.

RUGERO.

Yo, señora, ya no os hablo
de mí, que ahun el pensamiento,
invidiando el de la voz,
ha empezado otro silencio:
antes venia á deciros,
que ha sabido ya Fisberto:::
Pero advertid, que os escuchan,
y os han visto.

Vuelve á mirar hácia Diana, y sale ella.

DIANA.

Ya me vieron.

ASTREA.

¿Quién? Pero por vos me pesa.
¿Diana?

DIANA.

¿Astréa?

RUGERO.

¡Qué es esto!
Astrea la llamó, y ella
Diana. No hay entenderlo.

DIANA.

Yo te venía á buscar,
y extrañé el atrevimiento
de tu hermano.

ASTREA.

En eso hablaba,
quando llegaste ; que el pecho
se asustó, de haberle visto,
salir con el Rey.

RUGERO.

¡Qué es esto!

ASTREA.

Y á Rugero le pedia,
que fuese:::

DIANA.

¡A quién!

ASTREA.

A Rugero.

DIANA.

¿No se llama Sigismundo
tu hermano?

ASTREA.

Yo no te entiendo.

DIANA.

Ni yo á tí.

RUGERO.

Ni yo á las dos.

Dentro voces Fisberto y Sigismundo.

FISBERTO.

Ahunque te sepulte el centro
de la tierra, ha de buscarte
mi venganza.

SIGISMUNDO.

No la temo.

FISBERTO.

Traydor Sigismundo, espera.

SIGISMUNDO.

Sigueme, que ya te espero.

DIANA.

¿No lo escuchaste? ¡Qué voces
son éstas!

Salen por los dos lados Turpin y Laura asustados.

TURPIN.

Sin vida vengo.
Huye, señor.

LAURA.

Muerta soy.
¡Señora, terrible empeño!

RUGERO.

¿Qué teneis?

TURPIN.

Que el Rey ha entrado

con tu amigo:::

LAURA.

Eso es lo mesmo,
que yo ví desde esa torre.

TURPIN.

y yo le encontré saliendo,
á buscarte.

RUGERO.

¿Dónde entraron?

TURPIN.

En la gruta.

DIANA.

¡Dónde! ¡Cielos,
gran desdicha!

RUGERO.

¡Duro trance!

ASTREA.

¡Fuerte susto!

FISBERTO *dentro.*

De mi acero
la obscuridad te defiende.
¿Dónde me llevas?

SIGISMUNDO.

Ya intento,
que me deban otra luz
tus desengaños.

Sale apresurado abriendo de golpe la gruta del jardin Sigismundo.

SIGISMUNDO *por la gruta.*

¡Rugero!

¡Diana!

RUGERO.

¡Qué es esto, amigo!

SIGISMUNDO.

Esto es un noble despecho
de sacrificar la vida
á una amistad y á un desprecio.

ASTREA.

¿Hermano, qué es lo que intentas?

DIANA.

¡Hermano le llamó, cielos!

RUGERO.

¡Esta es su hermana! ¡Qué escucho!

SIGISMUNDO.

Tú tambien::: pero no puedo
hablarte ya.

Sale Fisberto con la espada desnuda, y se deslumbra con la luz al salir de la gruta.

FISBERTO *por la gruta.*

¿Sigismundo?

Pero tambien el exceso
de la luz se hace tiniebla.

¿Dónde estás?

SIGISMUNDO.

A tus pies puesto.
Si mi vida es la amenaza, *de rodillas.*
de que se ha valido el cielo
contra Diana, y yo supe
adorarla, ahora entiendo,
si he de morir de perderla,
perderla tambien, muriendo,
porque empiece su fortuna
de la dicha de Rugero.

FISBERTO.

No te rindas, porque es noble
mi rencor, y el rendimiento
le destruye; pero ya
con mas causa me suspendo.
¡No es éste el jardin! ¡Diana
no es ésta! ¡Qué es lo que véo!

Sale Alcina.

ALCINA.

Yo te lo diré. Escuchadme
todos; que la voz del cielo
habla á todos en Alcina.
Diana, el amor ha hecho,
que te adore Sigismundo
con el nombre de Rugero,
su amigo, que á Astrea su hermana

ama con igual afecto,
como él mismo manifiesta.
Yo con impulso de Venus
para esta hazaña de amor
los traxe á Chipre.

FISBERTO.

Cielos,
esta es la luz de las sombras
con que hablaron los decretos
de los Dioses: y ésta es
la ventura, que ofrecieron
al secreto misterioso
del Alcazar del Secreto.

SIGISMUNDO.

Albricias, amor.

DIANA.

Albricias,
cuidados.

RUGERO.

Vuelva el haliento
hácia el corazon.

ASTREA.

Respire
mi fatiga.

FISBERTO.

Tú has abierto
mis ojos. Premie la mano
de Diana los afectos

de Sigismundo.

SIGISMUNDO.

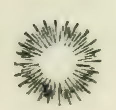
Y Astrea
mi dicha, y la de Rugero
asegure con la suya.
Ya empiezan á ser deseos
los temores.

RUGERO.

Ya se anima
la adoracion á ser riesgo.

SIGISMUNDO.

Y empiece con esto á hablar
el humilde encojimiento,
y el rendido sobresalto,
con que fia un corto ingenio
á tan generosas limas,
el ennoblecer sus yerros.



ECO Y NARCISO,

COMEDIA

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Eco soy la mas rica
Pastora de estos valles:
bella decir pudieran
mis infelicidades. Jorn. II.

ARGUMENTO.

Celebrando los Pastores de Arcadia los años de Eco, á quien amaban sin correspondencia Febo y Silvio, halla Anteo en el monte un monstruo, que tenia asombrados los Pastores. Declara, ser Liriope hija de Fileno, que arrebatada de Cefiro, hijo del viento, enamorado de ella la llevó á su esfera, de cuyo amor fue fruto Narciso, hermoso joven, á quien amenazaban mal destino una Hermosura, y una Voz contra cuyo vaticinio le guardaba en una cueva.

Saliendo de ella Narciso se enamora de él Eco con envidia de los Pastores.

Liriope, temiendo se cumpliesen los vaticinios infaustos contra su hijo, priva por medio de cierto veneno, de la voz á Eco; y Narciso, viendose en una fuente, se enamora de sí mismo; resultando al fin, que éste se convirtiese en la flor de su nombre, y aquella en el ayre, que repite nuestras voces.

PERSONAS.

NARCISO.

SILVIO.
ANTEO.
FEBO.
} *Pastores.*

ECO, *Pastor.*

LIRIOPE, *madre de Narciso.*

LAURA.

NISE.

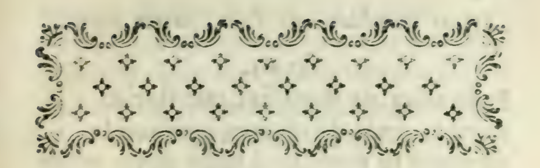
LIVIA.

SILENO.

SIRENE, *padre de Liriope.*

BATO.

Musica y acompañamiento.



ECO Y NARCISO.



JORNADA PRIMERA.



Descubrese el theatro , que será de bosque, y sale por un lado Silvio , Pastor.

SILVIO.

Alto monte de Arcadia , que eminente
al cielo empinas la elevada frente,
cuya grande eminencia tanto sube,
que empieza monte , y se remata nube;
siendo de tu copete y de tus huellas,
la alfombra rosas y el dosel estrellas:

Por el otro lado sale Febo, pastor galan.

FEBO.

Bella selva de Arcadia, que florida
siempre estás de matices guarnecida,
sin que á tu pompa, á todas horas verde
el Diciembre, ni el Julio se le acuerde,
siendo el Mayo corona de tu esfera,
y tu edad todo el año primavera:::

SILVIO.

Páxaros, que en el ayre fugitivos
soys matizados ramilletes vivos,
y, añadiendo colores á colores,
en los arboles soys parleras flores:::

FEBO.

Ganados, que en el monte divididos
musica soys de esquilas y balidos,
y en la margen de aqueste arroyo breve
candidos trozos de quaxada nieve:::

SILVIO.

á pediros albricias, mi alegría
viene de las venturas de este dia;
pues Eco en él zagala la mas bella,
que vió la luz de la mayor estrella,
de humana dá floridos desengaños,
un círculo cumpliendo de sus años.

FEBO.

pesames, viene, á daros mi tristeza,

de que la rara y singular belleza
de Eco, desengañada, de que ha sido
inmortal, hoy un círculo ha cumplido
de sus años; que, ahunque de dichas llenos,
cada año mas es una gracia menos.

Sale Bato, villano, por otro lado.

BATO.
Selvas de Arcadia, bello, excelso monte,
ganados y aves pues de este orizonte,
á pediros albricias, he venido,
y á daros hoy un pesame cumplido;
las albricias, porque Eco á la florida
fiesta hoy de sus años nos convida,
y con su vanidad hacer promete
á todos un opiparo banquete,
y el pesame, porque, (¡dolor extraño!)
otro no nos hará desde aqui á un año.

FEBO.
¡Oh Silvio!

SILVIO.
¡Oh Febo!

BATO.
¡Oh Bato!

FEBO.
¡Tú mismo á tí te nombras, metecato!

BATO.
¡Pues, si no hay, quien me nombre,

qué he de hacer! y el estilo no os asombre;
que el tiempo está tan necio é importuno,
que es menester, honrarse cada uno.

FEBO.

¿Silvio, pues dónde bueno?

SILVIO.

De gusto vengo y de alborozo lleno
á esta hermosa cabaña,
que dos veces pagiza el sol la baña.

FEBO.

Yo tambien á ella vengo,
y, de verte á tí en ella, zelos tengo;
que ya mi amor está desengañado,
de que vives de Eco enamorado.

SILVIO.

¡Oh qué temprano, cielos,
antes que con mi amor, dí con mis zelos!

BATO.

¡Qué falsos con esfuerzos semejantes
están unos con otros los amantes!

FEBO.

¿Por qué lo dices?

BATO.

Ahunque yo quisiera
decirlo, no pudiera,
porque, toda esta musica, este ruido,
dice, que Eco ha salido
de todos los zagales festejada.

SILVIO.

Daréla el parabien con voz turbada,
hasta que hablen mas claro mis desvelos.

FEBO.

¡Quién vió en villano amor tan nobles
zelos!

Salen cantando y baylando Sileno, Anteo, Nise, Sirene, y Eco detrás.

MUSICA.

A los años felices de Eco,
divina y hermosa deydad de las selvas,
felíz los señale el Mayo con flores,
ufano los cuente el sol con estrellas.

SILVIO.

Eco hermosa, en quien cifró
la sábia naturaleza.
la mas singular belleza,
que jamás la Arcadia vió:
el círculo, que cumplió
la Aurora en tus luces bellas,
tanto mejores, que en ellas
unos y otros resplandores.

EL Y MUSICA.

Felíz los señale, &c.

FEBO.

Tu florida primavera
el invierno ignore frio,

ardiente ignore el estío,
porque dure lisonjera
en su verdor, de manera,
que de la muerte las huellas
no truequen sus rosas bellas,
sino sus claros albores.

EL Y MUSICA.

Felíz los señale, &c.

BATO.

Mi lengua no te aconseja,
vivir tanto; que es error;
pues, morir moza, es mejor,
que no llegar, á ser vieja.
Y asi las edades dexa;
que, en pasandosete aquella,
de la hermosura mas bella
los matices y colores.

EL Y MUSICA.

Felíz los señale, &c.

ECO.

Estoy muy agradecida
al festejo, que me haceis;
y, para que me mandeis,
solo estimaré esa vida
en la cancion repetida;
pero quexarme tambien
debo á este tiempo, de quien
con extremos mas extraños,

en la fiesta de mis años
no me ha dado el parabien.

ANTEO.

Si es, que lo dices por mí,
yo soy rustico pastor;
nunca hablar supe en amor;
luchar con las fieras, sí.
Y, ya que he callado aqui,
en tu nombre al monte iré;
quanto cazáre, traheré;
y asi, con accion mas alta,
lo que en palabras me falta,
en obras te lo diré.

SILENO.

Si por mí tambien ha sido,
Eco, la quexa que has dado,
no extrañes, que mi cuidado,
me tenga tan suspendido.
Años tambien han cumplido,
hoy mis mayores enojos;
y asi en rendidos despojos
no te ofrecen mis agravios
las lisonjas de los labios,
sino el llanto de los ojos.
Doce años ha, que faltó
Liriope, mi hija bella,
de estos valles, y que de ella
no tube noticia yo.

Hoy los cumple; y asi, no
admires, vér en mis daños
sentimientos tan extraños,
pues el dia, (¡suerte dura!)
que cumple años tu hermosura,
cumple mi desdicha años.

BATO.

Hoy no es de lagrimas dia.

SIRENE.

No nos quite la extrañeza
de tu notable tristeza
nuestra comun alegria.

NISE.

Vuelva la dulce harmonía
á poblar los vientos.

ECO.

Hoy
al Templo ofrecida estoy
de Jupiter, que en lo oculto
yace de este monte inculto.
Pues acompañada voy
de todos, cumplirlo quiero
ahora; que, mal pudiera
sola yo, sin que temiera
el horrible monstruo fiero,
que en él se esconde.

FEBO.

Ahunque infiero,

quanto es grave pesadumbre,
querer penetrar la cumbre,
donde este Templo se asienta,
pues su fabrica opulenta,
al sol escala su lumbre,
vamos ; que, yendo contigo,
la dificultad mayor
hará facil el amor.

SILVIO.

Y yo lo mismo te digo.

BATO.

Yo no ; que, á ir, no me obligo,
adonde un mostruo encantado
muesas gentes y ganados
tantas veces asombró.

SIRENE.

Vuelva la musica; y no
quede pastor en el prado,
que no vaya.

SILENO.

Yo tambien,
llegar hasta el Templo quiero,
por si en él piedad espero.

NISE.

Pues prosiga el parabien.

FEBO.

¡Ay Eco divina! ¡Quién
obligará tu rigor!

SILVIO.

¡Quién lográra tu favor!

ECO.

¡Quién querida no se viera!

SILENO.

¡Quién su llanto divirtiera!

BATO.

¡Quién no tubiera temores!

MUSICA.

A los años felices de Eco,
divina y hermosa deydad de las selvas,
felíz los señale, &c.

Vanse y sale Narciso vestido de pieles, y

Liriope deteniendole, vestida de pieles, con arco y flechas.

LIRIOPE.

No has de pasar de aqui.

NARCISO.

¡Cómo
quieres tú, que me detenga,
si esos páxaros que escucho,
forman tan extraña y nueva
musica para mi oído,
que arrebatado me llevan
tras sus acentos! Jamás
voces escuché tan tiernas,
ahunque escuché tantas veces

las aves, que al sol despiertan.

LIRIOPE.

Esas voces, que has oído,
y que tú, ser aves, piensas,
no lo son.

NARCISO.

¿Pues qué son, madre?

LIRIOPE.

No conviene, que lo sepas;
porque los hados han puesto
tu mayor peligro en ellas.

NARCISO.

¡Qué peligro, si el mayor
será, no escucharlas! Dexa,
que las siga; sepa, quien
tan suavemente halienta
los acentos de su voz,
diciendo en clausulas tiernas:::

EL Y MUSICA.

A los años felices de Eco,
divina y hermosa deydad de las selvas.

LIRIOPE.

Naturalmente llevado
del afecto, los remeda.

NARCISO Y MUSICA.

Felíz las señale el Mayo con flores,
ufano los cuente el sol con estrellas.

LIRIOPE.

¡Que en tantos años no haya,
quien á discurrir se atreva
esta intrincada espesura,
y hoy con tal musica vengan!

NARCISO.

Permiteme, madre mia,
que los siga.

LIRIOPE.

Tente.

NARCISO.

Suelta;
¡que, como he de detenerme,
oyendo, que á decir vuelvan:::

EL Y MUSICA.

Felíz los señale el Mayo con flores,
ufano los cuente el sol con estrellas!

LIRIOPE.

¿Ya no sabes, que no puedes
llegar mas, que hasta esta peña,
que es pardo cancel, que encubre
los umbrales de esta cueva,
donde vivimos los dos?
¡Pues cómo romper intentas
los fueros de mi precepto,
las leyes de mi obediencia!

NARCISO.

Como a quella novedad

me ha dado, madre, licencia,
no para que intente solo
quebrantarlas y romperlas,
mas, para que intente hablarte
mas claro. Escuchame atenta.
Yo, desde aqueste peñasco,
que es raya, donde me ordenas,
que pueda llegar, he visto
de la gran naturaleza
varios efectos. Un dia,
sobre aquella parda sierra
ví una ave, que es sin duda
de todas las otras reyna,
segun lo ufana que vive,
y segun lo alto que vuela.
Esta sobre un verde nido
hecho de pajas y hierbas
unos polluelos tenia,
á quien con su boca mesma
mantenia, en quanto estaban
desnudos de pluma. Apenas
vestidos los vió y con alas,
quando, las piedades vueltas
en rigores, los echó
del nido, para que fuera
del discurso de su vida
la necesidad maestra.
Entre aquellos dos peñascos

(ahun alli dura la quiebra)
una leona criaba
sobre pieles de otras fieras
unos cachorros, á quien,
desangrada su fiereza
por los pechos, mantenia,
hasta que, cobrando fuerzas,
los arrojó de sí misma,
tratandolos con soberbia,
para que ellos conociesen,
lo que les daba en herencia.
Pues si una fiera y una ave
del lecho y el nido echan
á sus hijos, para que ellos
á vivir sin madre aprendan:
¡por qué tú, viendome ya
con las alas, que en mí engendra
el discurso, y con el brio,
que mi juventud ostenta,
no me despides de tí!
¿No me has contado tú mesma,
que hay mas mundo, que estos montes?
¿mas casa, que aquesta cueva?
¿mas gente, que aquestos brutos?
¿mas poblacion, que estas selvas?
¿Pues por qué, madre, me quitas
la libertad, y me niegas
dón, que á sus hijos conceden

una ave y una fiera,
patrimonio, que dá el cielo
al que ha nacido en la tierra?

LIRIOPE.

De que discurras, Narciso,
hoy tan resuelto, me pesa,
porque me obligas, á darte
de esas dudas la respuesta.
Yo lo haré; pero no ahora;
que antes que el sol se obscurezca,
á cazar, que comas, quiero
salir. En dando la vuelta,
los peligros te diré,
que amenazan tu belleza,
y las causas, por qué asi
te he criado; que, pues llegas
á tener ya entendimiento,
tú sabrás, guardarte de ellas.
Solo lo que ahora mi voz
con mis lágrimas te ruegan,
es, que no salgas de aqui,
hasta que yo á verte vuelva.

NARCISO.

Yo te lo ofrezco con una
condicion, y es, que no venga
otra vez á mis oídos
aquella voz lisonjera,
que escuché, porque será

mucho, no irme tras ella,
si otra vez á decir vuelve
con voz tan suave y tierna:

EL, Y MUSICA.

A los años felices de Eco,
divina, &c.

Vase Narciso.

LIRIOPE.

Llegó el dia, que temí,
pues ya, declarar, es fuerza,
á Narciso los sucesos
de mi vida y de su estrella.
Dioses, dad ventura hoy
á las puntas de mis flechas;
que nunca mas me importó,
dar presto al albergue vuelta.

Entra por una puerta, y sale Anteo por otra con venablo.

ANTEO.

Solo un dia, que ha querido
cazar con mas diligencia
el deseo, no ha encontrado
alguna caza. Ahunque sea
penetrando las entrañas
de esta confusa maleza,
que tarde ó nunca ha sentido
de humanas plantas la huella,

no he de volver al Lugar,
sin llevar alguna presa,
que la pueda dar á Eco,
pues vine en su nombre.

Vuelve á salir Liriope.

LIRIOPE.

Apenas
timido conejo hoy corre,
cobarde perdíz hoy vuela.
Nunca viene mas despacio,
que quando se busca apriesa,
la caza.

ANTEO.

Entre aquellas ramas
ruido he sentido.

LIRIOPE.

Entre aquellas
hojas rumor he escuchado.

ANTEO.

En qualquier cosa que sea,
la cuchilla he de dexar
de este venablo sangrienta.

LIRIOPE.

En lo que fuere, he de ver
manchado el hierro á mis flechas.
pero un homdre es. ¡Ay de mí!
No dispares: tente, espera.

ANTEO.

Bien ha sido menester
oír, que pronuncia tu lengua
voz humana, para que
la accion al brazo suspenda.

LIRIOPE.

Y bien menester ha sido,
el mirarte con las señas
de hombre, para que el impulso
afloxe al arco la cuerda.

ANTEO.

¿Humano monstruo, quién eres?

LIRIOPE.

Soy una ignorada fiera
de estos montes; y asi, antes
que aqui mas noticia tengas
de mí, vuelvete, porque,
si dar otro paso intentas,
desde mi aljaba á tu pecho
verás volar las saetas
tan veloces, que ellas solas
se embaracen á sí mesmas.

ANTEO.

Si las señas no me mienten.
conocido hé po tus señas,
que eres el prodigio, á quien
toda esta comarca tiembla;
y asi, ahunque dos muertes juntas

aqui mi recelo tema,
la una de tus harpones,
la otra de tu extrañeza,
he de atropellarlas ambas,
porque ya no solo intenta
mi admiracion apurar,
quién, extraño monstruo, seas,
pero llevarte conmigo;
que á una zagala hice ofrenda,
de lo que hoy cace en el monte;
y será notable empresa,
el ofrecerte á sus plantas,
y el asegurar la tierra.

LIRIOPE.

No desesperado intentes
tan grande accion, pues arriesgas
tu vida.

ANTEO.

Ya no es posible,
dexar de intentarlo.

LIRIOPE.

Piensa
antes, á lo que te atreves.

ANTEO.

No hay cosa, á que no me atreva
ya.

LIRIOPE.

Pues será á tanto riesgo,

como el de morir.

ANTEO.

¿Qué esperas?
Dispara.

LIRIOPE.

Sí haré. ¡Mas, cielos,
con la sobrada violencia,
que halentar el tiro quise,
al arco rompí la cuerda!

ANTEO.

Sin duda, que yo consiga
esta victoria, desean
los Dioses.

LIRIOPE.

Pues, si has vencido
mis desdichas, no mis fuerzas.
Mil pedazos te haré antes,
que segunda vez me venzas.

Luchando los dos.

ANTEO.

Mal sabes, quién es el joven,
que te lidia; que, ahunque fueras
leona de estas montañas,
humillára tu soberbia.

LIRIOPE.

¡Ay infelice de mí!
Ya que á tu valor sujeta
estoy, no me lleves sola.

Que lleve conmigo, dexa,
la otra mitad de mi vida.
¿Narciso?

ANTEO.

Los labios cierra.
No llames, á quien te ampare,
porque, sin que te defiendan,
he de lograr esta dicha.

LIRIOPE.

¿Narciso?

ANTEO.

Calle tu lengua.

Vanse los dos luchando, y sale Narciso.

NARCISO.

La voz de mi madre he oído,
que tristemente se quexa,
llamandome. Si ella misma,
que no salga de la cueva
me manda, ¡cómo me llama!

Dá voces Liriope lexos.

LIRIOPE.

Narciso, á Dios; que me ausentan
de tí mis hados.

NARCISO.

¡Qué escucho!
¡Pues cómo, madre, me dexas,

diciendome desde lexos,
sin que yo, donde estás, sepa,
que los hados te han dispuesto,
hacer de mi amor ausencia!
¡El dia que te esperaban
mi alma y vida mas contentas,
porque esperaban saber,
quién soy, ¡cómo, dí, me niegas
la libertad! Solamente
vuelven tus voces, y ahun esas
no cabales, pues el viento
la mitad me usurpa de ellas.

Dentro Liriope á lo lexos.

LIRIOPE.

Narciso, á Dios.

NARCISO.

¡Ay de mí!
¡Qué he de hacer sin tí en aquestas
montañas solo, ignorando,
quién soy, y qué modo tengan
de vivir los hombres, pues
nada, sino á hablar me enseñas;
y ahun eso te perdonára
ahora, porque no tubieran
en su abono las desdichas
el consuelo de las quexas!
Mi bien, mi madre, señora,

vuelve, vuelve á mí: no seas
tan ingrata, que me dexes,
á vivir entre estas peñas,
compañero de sus troncos,
de sus brutos y sus fieras.
¡Qué enojo te he dado yo,
para que de esta manera
huyas de mí! ¡No he vivido
siempre atento á tu obediencia!
¡Sé yo mas, de lo que tú,
madre, has querido, que sepa!
¡Pues para qué me castigas
con tan extraña sentencia!
¡Ay de mí! ¡Qué haré! La voz
hácia alli se oyó; tras ella
iré; que no dudo, que
mis lágrimas la detengan.
Ea, adelantaos, suspiros;
decid, que ya el llanto llega;
que le aguarde un breve instante;
que solo vá, á enternecerla.
¡Mas, ay triste; que no sé,
si acierta el discurso, ú yerra
en la eleccion de mis pasos;
que, como es la vez primera,
que de la cueva he salido,
no sé, si yerra ó si acierta.
Dioses, mis plantas guiad.

Cielos, socorred mis penas;
Sol, alumbra mis sentidos;
inclinad mi arbitrio, estrellas;
fieras, doleos de mí;
aves, repetid mis quexas;
montañas, dadme salida;
troncos, decidme la senda;
pues á un infelíz, á quien
su misma madre le dexa,
justo será, que le amparen
Dioses, Cielos, Sol, Estrellas,
fieras, paxaros, montañas,
troncos, peñascos y selvas. *vase.*

Mudase el teatro, teniendo en el foro la puerta del Templo, y salen primero Febo y Silvio asidos de una cinta, y Eco deteniendolos: luego Laura, Sirene, Libia, Sileno y Musica.

FEBO.

Antes perderé la vida,
que dé la cinta.

ECO.

Mirad,
que estoy yo aqui.

SILVIO.

Tu beldad
me perdone, y no me impida,

el quedar con el liston,
ya que, habiendose caído
de tu cabello, yo he sido,
el que en aquella ocasion
le llegó á alzar el primero.

FEBO.

Amor, nunca en sus favores
gradúa los acreedores;
y, ahunque llegáse postrero,
le he de llevar.

BATO.

¿No advertís:::

FEBO.

¿Qué?

BATO.

que es muy civil contienda,
por un liston, que en la tienda
á veinte maravedís
vale la vara, luchar?

SILENO.

Si los dos habeis culpado,
que mi prolixo cuidado
hoy me acuerde mi pesar,
diciendome, que no es dia
de lágrimas el que veis,
¿cómo convertir quereis
en tristeza la alegría,
con que del Templo volvemos?

SILVIO.

Como en qualquiera ocasion
los zelos disculpas son,
ahun de mayores extremos.

ECO.

Oídme á mí, sin que tengais
mas contienda ni porfia.
Si el liston por prenda mia
tanto los dos estimais,
advertíd, que no merece
hasta ahora esa estimacion,
pues no es favor un liston,
que el viento acaso os ofrece,
de mi cabello volado:
que, ahunque yo no entiendo nada
de amor, la ocasion tomada
ha de ser, y el favor dado.
Y asi, hasta que yo le dé,
no le tengais por favor;
volvermele á mí, es mejor;
que yo despues le daré
de mi mano, á quien quisiere,
que con mi gusto le tenga.

FEBO.

Ahunque mi temor prevenga,
que nunca esta dicha espere,
el liston te restituyo.

SILVIO.

Yo tambien, ahunque no creo,
que jamás vuelva el deseo
á verse con favor tuyo. *danselè.*

BATO.

Si habertele vuelto aqui,
es, para que tú le dés
al mas galan, venga pues;
que claro es, que es para mí.

SIRENE.

¡Tú el mas galán!

BATO.

¿Por qué no?
¿Qué me falta, para sello,
sino, que caygan en ello
hoy los demás como yo?

SILVIO.

Ya que á tí restituido
ese iris de colores,
que con tantos resplandores
lisonja del viento ha sido,
habemos los dos, te pido,
que cumpla tu beldad rara
hoy su palabra. Declara,
para quál de los dos es,
como ofreciste.

FEBO.

No dés

igual sentencia, y repara,
que, si yo te lo volví,
por obedecerte, fue
solamente, y no porque
merecerle presumí
jamás; y siendo esto asi,
que no le dés, te prevengo;
que á ser tan infelíz vengo
en amar y padecer,
que ahun temo, que he de perder
la esperanza, que no tengo.

SILVIO.

Yo tampoco la he tenido;
que el haber yo deseado,
ver mi dolor declarado,
mas desconfianza ha sido;
que, si á una duda rendido
tengo de morir, que acuda,
es mejor, mi fé desnuda
de su desengaño al daño,
por morir del desengaño,
si he de morir de la duda.

FEBO.

Duda ú desengaño infiero
hoy precisos; y pues no
es posible, tener yo
la ventura, que no espero,
vivir hoy dudoso quiero

antes, que desengañado,
pues en mi infelíz estado
es lance menos penoso
el ser en duda dichoso,
que de cierto desdichado.

SILVIO.

Poco ama aquel, que en su engaño
consolado, de su dama
no ama el favor.

FEBO.

Menos ama,
quien no teme un desengaño.

SILVIO.

La duda es dolor extraño.

FEBO.

Ese quiero padecer.

SILVIO.

Querer dudar, no es querer.

FEBO.

Querer saber, no es amar.

SILVIO.

Pues yo no quiero dudar.

FEBO.

Pues yo no quiero saber.

ECO.

Vos, que me declare, y vos,
que calle, solicitais;
y yo en la duda, en que estais,

he de igualar á los dos.
Deme pues el ciego Dios
industria, para que aqui
hable y calle. Solo asi
el callar y hablar se infiere.
El liston daré, al que hiciere
mayor fineza por mí.

FEBO.

Yo aceto la condicion;
y solamente pudiera
ser esa, la que pusiera
alas á mi presuncion.
Fundolo en esta razon:
el merecer no está en mí,
y en mí está el servir; y asi
puedo esperanza tener,
pues no está en mí el merecer,
y el hacer finezas sí.

SILVIO.

Yo la condicion no aceto,
porque, si tan felíz fuera,
que hacer finezas pudiera,
no las guardára á este efecto.
Nada un amor, que es perfecto
reservó. Siendo esto asi,
bien la condicion temí,
pues mi corazon constante
no podrá hacer adelante

mas de lo que ha hecho hasta àqui.

Sale Anteo con Liriope.

ANTEO.

Eco hermosa, á quien el cielo
dotó de tantos favores,
bellas zagalas, pastores,
honor del Arcadio suelo,
vivid, vivid sin recelo
de aquel monstruo, que con tantas
penas os asombró, quantas
veces le visteis, pues ya
humilde y rendido está,
besando de Eco las plantas.
En su nombre al monte fuí,
y en el monte le encontré.
No es la admiracion, de que
os le haya trahido aqui:
no el verle cubierto asi
de cabello: no el andar,
es lo que os ha de admirar,
sino el oirle hablar; que tiene
nuestra humana voz, que viene
á hacerle mas singular.
Preguntadle: hablad con él;
que á todo os responderá.

ECO.

Si hablar sabes, dinos ya

¿quién eres, monstruo cruel?

FEBO.

Respondanos tu horror fiel,
quánto su esclavitud siente.

SILVIO.

¿De qué especie diferente
eres?

SILENO.

¿Sabes, dónde estás?

LIRIOPE.

Pues no puedo callar mas,
escuchadme atentamente.
Yo, Pastores de la Arcadia,
no soy, como presumís,
monstruo irracional; que soy
una mujer infelíz.
Si bien no ha sido el engaño
muy notable, si advertís,
que solo, para ser monstruo
de la fortuna, nací.
Estos valles, que están siempre
de un matiz y otro matíz
llenos, porque en todo el año
no saben mas que el Abril,
fueron mi primera cuna.
Pluguiese á ese azul viríl,
que tumba, y no cuna, hubiesen
sido entonces para mí.

Joven mi hermosura apenas
empezaba á descubrir
en mis primeras auroras
algun agrado gentil,
quando á descubrir tambien
empezó (esto permitid,
que diga,) que no vió el sol
una hermosura felíz.
Cefiro , un galán mancebo,
hijo del viento sutil
por el nombre (que su padre
debió de llamarse asi)
me vió en el prado una tarde,
y enamorado de mí,
á entender me dió su amor
cortesmente , á que el carmin
respondió de mis mexillas,
parlero no , mudo sí.
Desde alli mi sombra fue,
y yo su luz desde alli,
pues no hice mas , que abrasar,
y él no hizo mas , que seguir.
¡Oh , quántas veces, oh quántas,
dar á los vientos, le ví
suspiros de ciento en ciento,
lagrimas de mil en mil:
sin que el buríl ni la lima,
del porfiar ni el asistir,

pudiesen labrar mi pecho,
porque era diamante en fin,
defendido ahun á las mellas
de la lima y del buríl!
Desesperado su amor,
de no poder conseguir
mi amor, y desesperado,
de padecer y sentir;
una tarde, que al exido
apacentando salí
una manada de blancos
corderillos, que entre sí
retozando, celebraban
la libertad del redil,
á mí Cefiro llegó,
y abrazandose de mí,
bien como al muro la hiedra,
bien como al olmo la vid,
dixo: lo que no han podido
rendimientos conseguir,
consiganlo las violencias;
y en este instante (¡ay de mí!)
el cefiro arrebató
á los dos con tan sutíl
movimiento, que á las nubes
volar sin alas me ví;
que, como era padre suyo,
por no mirarle morir

de amor, le prestó sus alas:
¡mirad, que piedad tan vil!
¡Quién vió contienda de amor
tan nueva! Pues bien asi
volabamos los dos, como
la temerosa perdíz
en las garras del azor,
la garza en las del neblí.
Viendome desvanecer,
al solicitar medir
la distancia de la tierra,
los ojos cerré, y me así
al traydor hijo del viento,
¡Ah, qué abrazo es tan ruin,
el que la necesidad
hace dar, y no sentir!
De esta suerte pues conmigo
llegó el velero Adalid
del ayre á esa cumbre altiva,
á quien todo ese turquí
globo con su peso está
agoviando la cervíz.
Hay en sus duras entrañas
una obscura cueva. Aqui
de los pielagos vacíos
el humano vergantin
tomó puerto, á quien salió
un anciano á recibir.

Despues os diré, quién era,
porque ahora es fuerza decir,
que honestando la traycion
con la disculpa civil
de amor, que ahun el enojar
es en nosotras servir;
llegó::: Entendedlo vosotros,
y á mi vergüenza suplid
cosas, que para saberse,
no se han menester oír.
¡Quién creerá, que tan extraño
principio de amor su fin
tan cerca tubiese, que
su nacer fue su morir!
Todos lo creed; que apenas
coronada de jazmin
salió otra aurora, no sé,
si á llorar, ó si á reir,
quando, ausente de mis brazos,
mas á Cefiro no ví.
¡Qué hay que fiar, del que finge,
si el que ama, procede asi!
En poder de aquel anciano
caduco quedé. Ahora oíd
con mas atencion, porque
empiece otro caso aqui
no menos extraño éste.
Tiresias era, el sutíl

Magico, que tantas veces
habreis oído decir,
que asombraba con su ciencia
á los Dioses, pues asi
á ese enquadernado libro
de once hojas de zafir
le leía los secretos,
que muchas veces le ví,
los futuros contingentes
anunciar y prevenir.
¡Quántas veces eclipsó
al Sol, puesto en su cenit!
¡Y quántas resplandecer
le hizo desde su nadir!
¡Quántas á la blanca Luna
la vistió de carmesí!
¡Y quántas á las estrellas
las vistió el oro de Ofir!
Porque se quiso igualar
á Jupiter, él alli
ciego y preso le tenia.
Consideradme ahora á mí
presa ahí, y ciega tambien,
aborreciendo el vivir,
y las lastimas vereis,
con que mis penas sentí.
Sola una utilidad pudo
mi soledad adquirir,

que fue, saber los sucesos,
que de su ciencia aprendí,
principalmente en las causas
naturales, á quien fui
mas inclinada. No hay piedra,
ni hierba, ni hoja, que en fin
su naturaleza niegue:::
Pero esto no es para aqui.
Un dia pues aquel caduco
esqueleto me habló asi:
yo he hallado por mis estudios,
que ya el termino cumplí
de mis halientos. Hoy es,
quando tengo de morir.
No tengo, que te dexar,
ó compañera gentil
de mis fortunas, sino es,
lo que te voy á decir.
En cinta estás; un garzon
bellisimo has de parir;
una Voz y una Hermosura
solicitarán su fin,
amando y aborreciendo;
guardale de ver y oír.
Yo, viendo del vaticinio
ya los anuncios cumplir
en el parto y la belleza,
todo lo demás temí;

y asi, sin querer jamás
de aquella cueva salir,
asegurando á Narciso
de sus peligros, viví,
criandole, sin que llegase,
á saber, ni á discurrir
mas, de lo que quise yo,
que él alcanzase: y en fin
sin que otra persona viese
humana, sino es á mí.
Esta es la causa, por qué,
viendome tal vez huir
por el monte los Pastores,
escandalo suyo fuí.
Mas, ya que ha querido el cielo
mis secretos descubrir,
rendida de aqueste joven,
todos conmigo venid
por mi hijo, pues es fuerza
ya entre vosotros vivir;
fuera de que ya el discurso
suyo le empieza á afligir,
y no dudo, que su pena
le acabe, al verse sin mí.
Y para que me creais,
todo quanto os repetí,
por si oísteis alguna vez
mi suceso referir,

y hay alguno entre vosotros,
que ahora se acuerde de mí,
yo, que en los inquietos mares
de la fortuna corrí
tan graves tormentas: yo,
que al nunca mudo clarin
de la fama voladora
tantos asuntos la dí:
yo, que al teatro del mundo
comica tragedia fuí:
yo, exemplo del padecer:
yo, epílogo del sentir:
yo, cifra del suspirar,
del llorar y del gemir,
la hija soy de Sileno,
Liriope la infelíz.

SILENO.

¡Ay hija del alma mia!
Dexa, que una vez y mil
tu cuello enlace; yo soy
Sileno; y, pues merecí,
á la que muerta lloré,
viva abrazar, ver y oír,
venga la muerte, pues ya
no tengo mas, que vivir.

LIRIOPE.

Humilde á tus pies estoy,
ahunque la vergüenza aquí

me embaraza mucha parte
del contento, que hay en mí.

ECO.

Los brazos albricias sean
de suceso tan felíz.

FEBO.

Aqui mas dice el callar,
que el decir puede decir.

SILVIO.

Con bien, Liriope, vuelvas
á esta campaña gentil.

BATO.

Yo, hasta veros desollada
del pellejo, que vestís,
ahun no me atrevo, á abrazaros.

ANTEO.

Dichoso mil veces fuí,
pues traher tanta alegría
pude al valle conseguir.

LIRIOPE.

Mayor será, quando todos
veais mi hijo, en quien sutíl
esmeró naturaleza
sus perfecciones. Venid
conmigo á la cueva, donde
me espera; hallareis alli
bruto el mas bello diamante,
y tosco el mejor rubí.

SILENO.

Guia, Liriope mia.

ECO.

Todos habemos de ir
juntos.

FEBO.

¿Quién se quedará,
sin ver de este caso el fin?

BATO.

Yo; que, si no hay que fiar
de una mujer mansa, dí,
¿qué habrá que fiar de aquesta
tan montaráz y cerril?

SILVIO.

Vamos todos.

TODOS.

Vamos todos.

LIRIOPE.

Vamos. Mis pasos seguid.
Narciso, no te entristezca
mi ausencia; ya voy por tí.



JORNADA SEGUNDA.

Salen Liriope, Sileno, Eco, Febo, Anteo, Bato, Sirene, y todos los demás que acabaron la primer jornada.

LIRIOPE.

Mil veces infelíz fuí.

FEBO.

Oye.

SILENO.

Aguarda.

ECO.

Escucha.

SILVIO.

Espera.

NISE.

Mira.

ANTEO.

Advierte.

SIRENE.

Considera.

LIRIOPE.

No hay consuelo para mí,
habiendome sucedido
una desdicha tan nueva,
pues Narciso de la cueva
falta. Jamás ha salido
de ella , sino solo hoy,
y ya su muerte recelo.
Narciso: Narciso. Al cielo
en vano estas voces doy.
Sin duda, el haber tardado
tanto, en venir aqui yo,
de la cueva le sacó.
¡Oh , mateme mi cuidado!

ANTEO.

No te aflijas; que , pues él
en este monte ha de estar,
yo te le sabré buscar.

TODOS.

Todos irémos.

LIRIOPE.

Cruel
fortuna ha sido la mia.
Narciso. Yo estoy mortal.

SILENO.

¡Ay Dioses, quándo cabal
sucederá una alegría!

SILVIO.

Dircurriendo el monte vamos,
llamandole , pues será
cierto, el responder.

LIRIOPE.

No hará,
porque, si asi le buscamos,
él, que nunca gente vió,
mas es fuerza, que se esconda,
que no á las voces responda.
Mas oíd , lo que pensó
mi ingenio. Para que venga
buscandonos , ha de haber
una industria.

TODOS.

¡Qué ha de ser!

LIRIOPE.

No hay cosa, que con él tenga
mas fuerza , para atrahelle,
que oír musica ; y siendo asi,
divididos desde aqui,
cantando, para movelle,
todos id.

FEBO.

Con Laura esta
falda al monte correré.

SILVIO.

Y yo con Sirene iré,

penetrando esa floresta.

ANTEO.

Yo con Livia hasta la cumbre
de ese monte he de subir.

SILENO.

Yo con Eco he de medir
su mas alta pesadumbre.

BATO.

Y yo con Nise tambien
he de entrar á ese jaral:
y si cantásemos mal,
por Eco ahullarémos bien.

LIRIOPE.

Yo sin ley y sin aviso
por todas partes iré.
Cada uno cante lo que
sepa. Narciso : Narciso.

LAURA *cantando.*

Pues del monte la falda
tocó á mis voces,
diganme de Narciso
fuentes y flores.

NISE *cantando.*

Pues á mí de la selva.
tocó lo alegre,
de Narciso me digan

flores y fuentes.

SIRENE *cantando.*

Pues le tocó á mi acento,
medir la cumbre,
diganme de Narciso
sombras y luces.

ECO *cantando.*

Y pues á mis afectos
los ristos tocan,
de Narciso me digan
luces y sombras.

LAURA.

A la falda.

NISE.

A la selva.

SIRENE.

A la cumbre.

ECO.

Al risco.

LIRIOPE.

Oyga á todos y todas,
decir:::

ELLA, MUSICA Y TODOS.

Narciso,
á la falda, á la selva,
á la cumbre, al risco.

Vanse y sale Narciso.

NARCISO.

Ahunque la suave voz
de mi madre, me parece,
que oygo, sombra es, que me ofrece
sin cuerpo el ayre velóz,
pues hallarla no he podido,
por mas que al monte he baxado.
Ya el haliento me ha faltado;
aqui moriré rendido
al cansancio, ahunque no es
él, lo que mas me fatiga,
síno la sed. Y asi siga
de aquella agua el ruido, pues,
para darme alivio,
diciendo corre:::

LAURA *cantando.*

Diganme de Narciso
fuentes y flores.

NARCISO.

¡Pero qué voz es esta,
que me suspende!

NISE *cantando.*

Diganme de Narciso
flores y fuentes.

NARCISO.

¡Cómo ya en dos partes
quereis, que escuche:::

SIRENF *cantando.*

De Narciso me digan
sombras y luces.

NARCISO.

Y ahun en tres, supuesto,
que dice estotra:::

ECO *cantando.*

Diganme de Narciso
luces y sombras.

NARCISO.

Por seguir á todas,
ninguna sigo.

TODOS.

A la falda, á la selva,
á la cumbre, al risco.

LIRIOPE.

Oyga á todos y todas,
decir:::

ELLA, MUSICA Y TODOS.

Narciso.

NARCISO.

¡Cómo, si á mí me llamais,
sonoras hermosas voces,
volveis huyendo veloces,
y no solo no le dais

un alivio á mi sentido,
mas trocandole en agravio,
me embarazais el del labio,
por irme tras el oído!
Y, pues de vosotras mal
puedo percibir las señas,
el ruido, que entre estas peñas,
no menos dulce, el cristal
hace, su haliento me dé,
siendo la primer vez esta,
que afan, el llegar, me cuestã
al agua; pues no dexé
nunca la cueva hasta hoy,
donde un alcornoque era
taza menos lisonjera,
que la que mirando estoy
guarnecida de hierbas,
y ramos donde:::

LAURA *cantando.*

Diganme de Narciso
fuentes y flores.

NARCISO.

Mas la voz á pararme,
diciendo vuelve:::

NISE *cantando.*

De Narciso me digan
flores y fuentes.

NARCISO.

¿Si es, que á mí me buscas,
por qué me huyes?

SIRENE *cantando.*

Diganme de Narciso
sombras y luces.

NARCISO.

¿Puesto que no me alivias,
por qué me estorbas?

ECO *cantando.*

Diganme de Narciso
luces y sombras.

LIRIOPE.

Repitiendo á un tiempo
tonos distintos,
oyga á todos y todas,
decir:::

ELLA, MUSICA Y TODOS.

Narciso.

NARCISO.

Pues á todos escucho,
y á nadie veo,
vuelvo al agua. ¡Mas, cómo,
si oygo este acento!

LAURA *cantando.*

Es el engaño traydor,
y el desengaño leal:
el uno dolor sin mal,

y el otro mal sin dolor.

NARCISO.

Solo aquella voz pudiera
ser remora de un sediento.
Seguir quiero de su acento
la musica lisonjera.

NISE *cantando.*

Si acaso mis desvarios,
llegaren á tus umbrales,
la lastima, de ser males,
quite el horror, de ser mios.

NARCISO.

Pero mas cerca esta suena,
ahunque una y otra me encanta,
y aquella tan dulce canta,
mas estotra me enajena
de mí mismo; porque tiene
mas agrado y mas dulzura.
Por esta verde espesura
el buscarla me conviene.

SIRENE *cantando.*

Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer del morir
no me vuelva, á dar la vida.

NARCISO.

En lo alto de aquellas peñas,
una dulce voz sonó,

que nuevamente borró
de las pasadas las señas.

ECO *cantando.*

Solo el silencio testigo
ha de ser de mi tormento,
y ahun no cabe, lo que siento,
en todo lo que no digo.

NARCISO.

¡Valgame el cielo! Esta sí,
que es reyna de todas ellas;
que, ahunque por dulces y bellas
juzgué las que hasta ahora oí,
con mas fuerza ha suspendido
ésta, con mayor empeño.
¡Qué hermoso será su dueño,
pues vence por el oído
dos afectos, que en rigor
son con fuerza desigual::!

EL Y LAURA *cantando.*

El uno dolor sin mal,
y el otro mal sin dolor.

NARCISO.

Voz, que, postrando mis brios,
mis males creces mortales:::

EL Y NISE *cantando.*

La lastima, de ser males,
quite el horror, de ser mios.

NARCISO.

No quisiera, vér rendida
la vida á tanto sentir:::

EL Y SIRENE *cantando.*

Porque el placer del morir
no me vuelva á dár la vida.

NARCISO.

Lo que siento, mal me obligo
á que lo diga mi haliento:::

EL Y ECO *cantando.*

Y ahun no cabe lo que siento,
en todo lo que no digo.

NARCISO.

En mil partes divididos
mis cuidados, son despojos
del viento. Ved algo, ojos,
ó no escucheis tanto, oídos.

Vuelve á cantar cada una su copla
y sale Eco.

ECO.

Hácia aquesta parte yo
he de penetrar lo ameno
de estas intrincadas breñas,
una y otra vez, diciendo:::

CANTA.

Solo el silencio testigo
ha de ser de mi tormento, &c.

NARCISO.

Páxaro de estas montañas,
que con suaves acentos
tan sonoramente eres
dulce confusion del viento,
si entre el oído y el labio
dudoso, absorto y suspenso
me ví, sin saber, quién es
mi mas poderoso afecto,
pues, al oír el cristal,
que me llamaba sediento,
sediento tambien me llama
el ayre, que á beber vuelvo:
¡cómo de una sed y otra
tanto has trocado el afecto,
que, en vez que labios y oídos
beban agua y ayre, has hecho,
que beban fuego los ojos,
y tan venenoso fuego,
que para explicarle, es fuerza,
pensar, que en tu estilo mesmo:::

EL Y ECO *cantando.*

Solo el silencio testigo
ha de ser de mi tormento.

ECO.

Bruto diamante, que mal
pulido de ese grosero
tosco trage, brillar dexas

el alma, que ocultas dentro,
no menos suspensa yo
quedé, al mirarte, supuesto
que absorta, helada y confusa,
solo á responderte acierto
con lo mismo que cantaba:::

CANTA.

Y ahun no cabe, lo que siento
en todo, lo que no digo.

NARCISO.

Parecidas, segun eso,
son nuestras dos suspensiones,
tanto, que los dos dirémos:.
tú, por si á mí me respondes,
yo, por si á tí me parezco:::

CANTAN LOS DOS.

Solo el silencio testigo
ha de ser de mi tormento.

NARCISO.

¿Quién eres?

ECO.

Una mujer.

NARCISO.

La segunda eres, que veo;
y ahun la primera pudiera
decir; pues, á lo que entiendo,
no era mujer para mí
la primera que ví, puesto

que en mi pecho no encendió
nunca tan activo fuego,
como tu voz y tu vista
han encendido en mi pecho.
¿Adónde vás por aqui?

ECO.

A solo buscarte, vengo;
y con desear hallarte,
estimára, á lo que entiendo,
no haberte hallado; porque
hoy en tí, mas que hallo, pierdo.

NARCISO.

¿Conociasme?

ECO.

Yo no.

NARCISO.

¿Pues cómo en este desierto,
á quien no conoces, buscas?
¿Usase en el mundo eso,
de que busquen las mujeres,
á quien no conocen?

ECO.

Presto
la causa, que me ha trahido,
sabrás.

NARCISO.

Dila pues.

ECO.

¿Sileno?

NARCISO.

¿A quién llamas? ¿Qué pretendes?

ECO.

¿Febo? ¿Bato? ¿Silvio? ¿Anteo?

NARCISO.

Tú quieres matarme, como
si ya no me hubieras muerto.

ECO.

¿Sirene? ¿Liriope? ¿Nise?
Venid todos á este puesto;
que ya he hallado á Narciso.

Salen todos.

SILVIO.

Llamado de tu voz vengo.

ANTEO.

De tu voz vengo trahido.

SILENO.

Alas me ha dado tu acento.

FEBO.

Aqui Eco hermosa llamaba.

BATO Y SIRENE.

Pues todos llegan, lleguemos.

NARCISO.

¡Tanta gente hay en el mundo!

LIRIOPE.

Felice yo, que te veo.

NARCISO.

¡Pues cómo, madre, á buscarme
vienes con todos aquestos!

SILENO.

Pedazos del corazon,
dadme los brazos.

NARCISO.

Teneos;
y, si me ha de abrazar alguien,
sea aquella, que estoy viendo.
Quien es, me dí, y lo que intentas,
madre; porque estoy suspenso,
tan notables diferencias
de rostros y trages viendo.

LIRIOPE.

Despacio sabrás tu historia.

SILENO.

Dices bien; que ahora no es tiempo,
de detenernos aqui.
Juntos al valle baxemos:
allá mudarás de trage,
y oirás todos tus sucesos,
hermoso Narciso mio.

FEBO.

Perdonad mi atrevimiento,
Sileno, y dadme licencia,

para dár al zagalejo,
mientras vos le haceis vestido,
un pellico, que por nuevo
irá con mejor disculpa.

SILENO.

La merced os agradezco.

FEBO.

Yo me adelanto, á enviarle.
Y, desocupado de esto, *ap.*
amor, intenta finezas
que hacer por tu hermoso dueño. *vase.*

SILVIO.

Dadme licencia, de como *ap.*
obligue un desden, deseos. *vase.*

SILENO.

Dichoso yo, que he vivido,
hasta haber mirado esto. *vase.*

ANTEO.

Dicha he tenido, en ser yo
de este acaso el instrumento. *vase.*

LIRIOPE.

Sigue, Narciso, mis pasos;
que ya no es patria el desierto. *vase.*

NARCISO.

Muchas cosas he admirado,
pero una sola me ha muerto. *vase.*

ECO.

¡Mas que segun son las penas, *ap.*

que dentro del alma siento,
vienen á ser nueva historia
del mundo Narciso y Eco! *vase.*

BATO.

¿ Ah Sirene?

SIRENE.

¿ Qué me quieres?

BATO.

Algo es, lo que te quiero,
para que sepas en algo
el mal gusto, que yo tengo.

SIRENE.

Peor le tubiera yo,
si te quisiera á tí.

BATO.

Niego;
que, cada cosa en su tanto,
todo es malo y nada es bueno.
Pero esto aparte, entretanto
que á nuestros amos siguiendo
vamos, ¿ tú no me dirás
una verdad?

SIRENE.

Yo la ofrezco.

BATO.

No la cumplirás; que no
estás enseñada, á hacerlo.
Pero vaya. Yo, Sirene,

soy muy grande majadero.

SIRENE.

Grandisimo.

BATO.

Voto al sol,
que ahora he caido en ello:
desde que estó viendo cosas,
que son cosas, que estó viendo,
sin entenderlas, Sirene.

SIRENE.

¿Qué cosas?

BATO.

¡Pues hay suceso
tan extraño, como haberse
hallado hoy mi amo Sileno
una hija suya salvaja
con un salvagito nieto,
y haberme de ir yo agora
á casa, á vivir con ellos!

SIRENE.

¿Pues eso qué importa, dí?

BATO.

Tú no sabes, segun eso,
lo que es tratar con salvages.

SIRENE.

Bato, no lo son aquestos,
sino una mujer y un hombre.

BATO.

Esos, á lo que yo entiendo,
son los peores salvages,
la vez que llegan á serlo.

SIRENE.

¿Pues has visto tú en tu vida,
garzon mas hermoso y bello,
que Narciso?

BATO.

Ya estarás
caprichosa; mas no es nuevo,
agradarse de salvages
las mujeres.

SIRENE.

¡Oh mal fuego
en tu lengua! ¡Qué mujer
se ha llegado á agradar de ellos!

BATO.

¿Qué mujer? Todas aquestas,
que iré, Sirene, diciendo.
Mujer hay, que se enamora
de un disciplinante, viendo,
que es tan gran salvage, que
á sí mismo se dá recio.
Mujer hay, que se enamora
de un volatin, atendiendo,
que es tan gran salvage, que
anda en ayre, habiendo suelo.

Mujer hay, que se enamora
de un toreador, advirtiendo,
que es tan gran salvage, que anda
con el toro en galanteos.
Mujer hay, que se enamora
de un danzante, conociendo,
que es tan gran salvage, que
se muele á compás los huesos.
Mujer hay, que se enamora
de uno, que esgrime, sabiendo,
que es tan gran salvage, que
pone sus ojos á riesgo.
Mujer hay, que se enamora:::

SIRENE.

Tente; que saber no quiero
mas.

BATO.

Pues ahora empezaba.

SIRENE.

Divertidos en efecto
con tus locuras, al valle
hemos llegado.

BATO.

Y habiendo *Mirando adentro.*
dexado en casa á los dos,
se vá el acompañamiento.

SIRENE.

Cada uno á su ganado

querrá acudir.

BATO.

Sino es Febo,
que á la soledad se vuelve.

Sale Febo.

FEBO.

Sirene, á buscarte vengo.

SIRENE.

¿En qué puedo yo servirte?

BATO.

Yo, por no estorbar, me ausento,
y tambien, por ir á vér,
qué hacen los huespedes nuevos.

Vase Bato.

FEBO.

Pues nadie, Sirene, ignora
en el valle la firmeza,
con que la rara belleza
de Eco mi atencion adora,
no habré menester, ahora
repetirla; y, pues aqui
estabas, quando ¡ay de mí!
un favor depositó
para una fineza, yo
le intento ganar por tí.
Sirene, supuesto que eres

hoy tú la zagala, á quien
Eco ha querido mas bien,
y en su gracia te prefieres,
si, dár vida á un muerto, quieres,
procura saber, en qué
mas agradarla podré;
que las finezas no son
de mayor estimacion,
por grandes, Sirene, que
por la ocasion en que llegan.

SIRENE.

No tienes que decir mas.
Quanto yo sepa, verás,
que mis labios no te niegan.

FEBO.

Eso mis ansias te ruegan.

SIRENE.

Ya te digo, que lo haré,
y nada te callaré.

Vase Sirene.

FEBO.

¡Quien mayor tormento alcanza,
que el que ama sin esperanza
á una hermosura sin fé.

Apenas el Invierno helado y cano
este monte de nieves encanece,
quando la Primavera le florece,

y, el que helado se vió, se mira ufano.
  Pasa la Primavera, y el Verano
los rigores del sol sufre y padece.
Llega el fertil Otoño, y enriquece
el monte de verdor, de fruta el llano.
  Todo vive sujeto á la mudanza;
de un dia y otro dia los engaños
cumplen un año, y éste al otro alcanza.
  Con esperanza sufre desengaños
un monte, que, á faltarle la esperanza,
ya se rindiera al peso de los años.

Salen Liriope y Narciso.

LIRIOPE

¿Has estado atento?

NARCISO.

Sí;
y todo quanto me has dicho,
en la memoria lo tengo,
y en el corazon escrito.
Y, para que lo conozcas,
el haber, madre, nacido
en los montes, y el haber
criadome con tal retiro,
todo pára, en que yo tengo
en las estrellas previsto,
que una Voz y una Hermosura
con dos efectos distintos,

amando y aborreciendo,
son mis mayores peligros.

LIRIOPE.

Pues haz, por guardarte de ellos,
considerando, Narciso:::

NARCISO.

¿Qué?

LIRIOPE.

que tú solo no mas
podrás guardarte á tí mismo.

NARCISO.

De todo advertido ya,
licencia, madre, te pido,
para ir, á vér por el valle,
lo que otras veces no he visto.
Sepa yo de los pastores
los diversos exercicios,
el modo de apacentar
los ganados, el estilo
de las labranzas del campo.
Y, ya que libre me miro,
debales algo á los ojos
hoy mi natural instinto;
que no todas las noticias
deber tengo á los oídos.

LIRIOPE.

Ahunque con algun temor,
la licencia te permito;

mas, porque no vayas solo,
quiero que vaya contigo
un criado de mi padre,
que te informe y te dé aviso
de todo. ¿Bato?

Sale Bato.

BATO.
¿Señora?

LIRIOPE.
Hoy de tu despejo fio
mi temor. Narciso quiere,
ir á vér todo el exido,
y conocer los pastores
de aqueste valle vecinos.
Llevale por ahí, y de él
no te apartes. Advertido
escucha, Bato, lo que
á solas aqui te digo.
No le dexes con alguna
zagala hablar.

BATO.
No me obligo
á eso, solo porque es
muy desapacible oficio
el de estorbador, y yo
á lo contrario me inclino
mas; que en fin es, hacer gusto,

y muero, por ser bien quisto.

LIRIOPE.

Tú harás, lo que yo te encargo.
Mejorad, Dioses divinos, *ap.*
del hado las amenazas. *vase.*

BATO.

Buena comision ha sido,
la que tu madre me ha dado.
¡Quién en el mundo habrá visto,
que sean ayos los Batos!

NARCISO.

Ea: vamos, Bato amigo,
discurriendo todo el valle.

BATO.

Escurramos.

NARCISO.

¿Qué edificio
es aquel?

BATO.

¿Aquel? Un Templo
de Apolo, eminente y rico.

NARCISO.

Es muy justo, que los Dioses
tengan lugar mas altivo;
que ahun en lo material deben
ser al hombre preferidos.
No te sabré decir, quánto,
el haber mirado, estimo

el edificio dorado
entre los demás pagizos.

ANTEO *dentro.*

Yo os pondré en paz, voto al sol,
si la honda me desciño.

NARCISO.

Qué es aquello?

BATO.

Están lidiando
alli dos fuertes novillos
de Anteo, y él los aparta
con la honda y con el silbo.

NARCISO.

¿Quién es Anteo?

BATO.

Un zagal,
el mas valiente que ha habido
en toda la Arcadia.

NARCISO.

¿Y qué es,
ser valiente?

BATO.

Haberlo él dicho.

NARCISO.

¿Cuyo ha sido aquel rebaño?

BATO.

¿Si has de matarme, Narciso

á pescudas, no es mijor
tomar aqueste cochillo,
y degollarme con él,
que con el de palo?

NARCISO.

Digo,
que no preguntaré mas.
¿Cuyo aquel rebaño ha sido,
que de ese monte á ese valle
desciende en tan excesivo
numero, que tras si trahe
descabellados los riscos?

BATO.

De Febo, que es el pastor
mas discreto y entendido,
que tiene toda la Arcadia.

NARCISO.

¿Y en qué, dime, ha consistido,
el ser entendido un hombre?

BATO.

En dár otros, en decirlo;
porque una misma razon
dicha de dos, ya se ha visto,
ser en el uno agudeza,
y en el otro desatino.

NARCISO.

¿Y aquel ganado, que llega
amenazandole al rio,

que ha de agotar su corriente?

BATO.

¡Quién me ha juntado contigo!
De Silvio, que es el pastor
mas galan.

NARCISO.

¿Y en qué ha caido,
ser galan?

BATO.

En parecerlo,
siendo al uso talle y brio.

NARCISO.

¿Pues hay usos en los talles?

BATO.

Sí; yo me acuerdo, haber visto,
usarse un año á los pechos,
y otro año á los tobillos.
Y esto no es mucho; que en fin
consistia en los vestidos.
Mas en las caras, me acuerdo,
el tener usos distintos
las mujeres.

NARCISO.

¡En las caras,
que naturaleza hizo,
uso!

BATO.

Un tiempo, que se dieron,

en usar ojos dormidos,
no habia hermosura despierta,
y todo era, mirar bizco.
Usaronse ojos rasgados
luego, y dieron, en abrirlos.
tanto, que de temerosos
se hicieron espantadizos.
Las bocas chicas entonces
era de lo mas valido,
y andaban por esas calles
todas, los labios fruncidos.
Dieron en usarse grandes,
y en aquel instante mismo
se desplegaron las bocas,
y dexando lo xarifo
de lo pequeño, pusieron
su perfeccion en lo limpio
de lo grande, hasta enseñar
dientes, muelas y colmillos.

ECO *dentro cantando.*

Pues el sol y el ayre
turban mi color,
hacenlo de envidia
el ayre y el sol.

NARCISO.

¿Quién es ésta, que un rebaño
trahe de blancos corderillos,

dando á entender, que se dexan
apacentar los armiños?

BATO.

Esta es Eco, la mas bella
zagala, que el sol ha visto.

NARCISO.

¡Qué será, que, al verla yo,
pierdo todos mis sentidos;
y este pesar, que me hace,
se le agradezco y estimo,
dexandome engañar de él,
creyendo, que es regocijo!

BATO.

¡A la hé, que esos extremos
de amor son! De resistirlos
trata al principio; porque
solo podrás al principio.

ECO *cantando.*

Pues el sol y el ayre
turban mi color,
hacenlo de envidia
el ayre y el sol.

NARCISO.

Si una Voz y una Hermosura
me amenazan con castigo,
de su hermosura y su voz
huyamos, Bato.

Salen Eco y Sirene.

ECO.

¿Narciso?

NARCISO.

¿Hermosa zagala?

ECO.

Mucho,
verte en este trage, estimo.
¿Cómo te parece el valle?
¿No es mas ameno este sitio
que el monte, donde naciste?

NARCISO.

Si en él tu belleza admiro,
no solo mejor que el monte,
mejor será que el Elisio.
Mas quedate á Dios.

ECO.

¿Por qué
te vás tan presto?

NARCISO.

Imagino,
que me importa, el ausentarme.

ECO.

¿Cómo?

NARCISO.

Como habiendo sido
una Voz y una Hermosura
mis dos mayores peligros,

y concurriendo en tí entrambos,
el huir de tí, es preciso;
que es un encanto tu voz,
y tu hermosura un hechizo. *vase.*

BATO.

Criarse quiere el muchacho. *vase.*

ECO.

¡Sirene, qué es lo que miro!
¡Zagal hay, que, al darle yo
ocasion (tiemblo al decirlo)
de hablar conmigo, se ausenta,
huyendo, de hablar conmigo!
Y ahun no extraño tanto, no,
que él pueda (pierdo el sentido)
consigo acabarlo, como
el que yo no haya podido
conmigo, al vér que se ausente,
acabar, de no sentirlo.
¡Yo, que la mas celebrada
pastora soy, que ha tenido
la Arcadia: yo, que de tantos
idolatrada me he visto,
al desayre de un rapaz
tan grosero, como lindo,
tantas vanidades postro,
tantas altiveces rindo,
que confiese, que lo siento!
¡Mas, ay de mí! ¡Qué me aflijo;

que ninguna siente mas
los desayres, que la hizo
la libre condicion de uno,
que, quien ufana ha rendido
la esclaba pasion de todos;
porque en efecto es preciso,
que todo estilo se extrañe,
quando es extraño el estilo!

SIRENE.

No de esa manera sientas
un acaso sucedido
tan acaso.

ECO.

Si supieses,
lo que siente el pecho mio,
ay, Sirene, no culpáras
estos extremos, que has visto.
Desde el instante que ví
la hermosura de Narciso,
vivo, juzgando que muero,
muero, juzgando que vivo.

Salen por los dos lados Silvio y Febo.

FEBO.

¡Qué escucho, cielos! ¡Tú quexas!

SILVIO.

¡Tú extremos! ¡Cielos, qué miro!

FEBO.

¡Tú llanto!

SILVIO.

¡Tú sentimiento!

FEBO.

¡Tú lagrimas!

SILVIO.

¡Tú suspiros!

ECO.

Esto solo me faltaba.

SILVIO.

Mirando, que tus divinos
ojos mas perlas congelan
que de la aurora el rocío,
al cielo pediré albricias.

FEBO.

Yo, al vér, que en dos bellos hilos
de aljofar hoy se desata
todo el campo del Olimpo,
el pesame daré al cielo.

SILVIO.

Alegre á tu voz me rindo;
porque este apacible llanto
con sus ternezas me ha dicho,
que sabe sentir tu pecho.

FEBO.

Triste hoy á tus pies me humillo;
porque me ha dicho este llanto,

que hay algo, que hayas sentido.

ECO.

¡Oh, qué mal contento, amor,
eres, pues que no ha podido
despicarte de un amado,
tener dos aborrecidos!

SILVIO.

Si en el desear, oh Febo,
hacer finezas compito
con tu amor, en esta accion
mas Eco á mí me ha debido.

FEBO.

¿De qué suerte?

SILVIO.

De esta suerte.
Oye, pues es tuyo el juicio. *á Eco.*

ECO.

Por disimular mis penas,
habré por fuerza de oirlo.

SILVIO.

Tan rara es, tan peregrina
de Eco la belleza ufana,
que, no creyendola humana,
la adoré como divina.
Hoy pues, que al llanto se inclina,
mayor esperanza alcanza
mi amor; luego en confianza
tal debe mi pensamiento

estimar su sentimiento,
pues de él nace mi esperanza.

FEBO.

Yo, desde el punto que ví
á Eco, siempre la adoré
como divina; y, ahunque
llorar ahora, la ví,
humana no la creí.
Con que persuadirme intento,
que siente mi atrevimiento,
porque á ser divina alcanza:
luego debe mi esperanza
morir de su sentimiento.

SILVIO.

Suceder en el amor,
lo que en un enfermo, suele;
que ninguno de él se duele,
si no sabe, que es dolor.
Luego, sentir, fuera error,
el verla sentir aqui;
pues viendo, que siente asi,
podrá mas piadosamente
obligarla, lo que siente,
á que se duela de mí.

FEBO.

Que solo se compadece,
el que padece un dolor,
concedo. Y asi mi amor

del suyo se compadece.
Si á tí su dolor te ofrece
alivio, porque de tí
se duela, yo al revés fuí;
pues es mas justo, que yo
me duela de ella, que no,
que ella se duela de mí.

SILVIO.

Si yo remediar pudiera
con mi dolor su dolor,
el no hacerlo, fuera error.

FEBO.

Yo de qualquiera manera
sentir su dolor quisiera.

SILVIO.

Hacer, no es contra decoro,
de él conveniencia.

FEBO.

Eso ignoro.
¡Qué, mayor inadvertencia,
que el hacer yo conveniencia
del dolor, de lo que adoro!

ECO.

Atentamente he escuchado
de uno y otro la importuna
competencia, y que ninguna
se declara en mi cuidado.
En tí ni en tí he estimado

consuelo ni compasion.
Y, puesto que iguales son,
del que estima y el que llora,
los afectos, hasta ahora
no es de ninguno el liston. *vase.*

SILVIO.

Plegue á amor, pues ofendida
de él en mi agravio te empleas,
que, de quien amas, te veas
quexosa y aborrecida. *vase.*

FEBO.

Eso á los cielos no pida
mi voz. Mejor es, que asi
me aborrezcas; pues aqui
quieren mas mis penas fieras,
á trueco que á nadie quieras,
que me aborrezcas á mí.
¡Ay, Sirene! ¡Qué hare yo,
me dí, si es, que algo has sabido,
que en el mar de mis desdichas
me pueda servir de alivio!

SIRENE.

Sola una cosa.

FEBO.

¿Quál es?

SIRENE.

Olbidar.

FEBO.

Sin duda has visto
desahuciada mi esperanza,
pues la recetas olbido,
que es sepulcro del amor.

SIRENE.

Mal haré, si no te digo
lo que sé, ya que has fiado
tu dolor del pecho mio.
Eco no puede quererte;
y no tan comun ha sido
su desdén, que no se haya
postrado:::

FEBO.

¿A quién?

SIRENE.

á Narciso.

FEBO.

¡Ay, Sirene! Mal has hecho:::

SIRENE.

¿En qué?

FEBO.

en habermelo dicho.

SIRENE.

¿Tú no me lo has preguntado?

FEBO.

Sí. Mas por aqueso mismo
no decirmelo debieras;

pues, quanto un zeloso quiso
saber, quiso no saber.
Y, pues no estaba en mi arbitrio,
no preguntarlo, estubiera
en el tuyo, no decirlo.

SIRENE.

Ahunque tarde esa leccion
me dás, Febo, solicito
pagartela yo con otra.
Nunca, lo que está escondido
de mujer, quieras saberlo,
si has de sentir, el oírlo. *vase.*

FEBO.

Flores de este ameno valle,
troncos de estos altos riscos,
aves de este manso viento,
fieras de este monte altivo,
pastores de estas riberas,
ganados de estos apriscos,
hermosuras de estos campos,
cristales de aquestos rios,
pues todos testigos fuisteis
del venturoso amor mio,
de mis desdichados zelos,
sed ahora tambien testigos.

Quedase suspenso sobre el cayado, y sale Bato y Narciso.

BATO.

¿Dónde vuelves?

NARCISO.

No lo sé;
que por mas que me resisto,
no puedo mas. A vér vuelvo
la beldad, que en este sitio
dexé.

BATO.

Pues ya no está aqui.

NARCISO.

¿Dirasme, pastor amigo,
que sobre el cayado estribas
tan confuso y suspendido,
si á Eco, honor de éstas montañas,
por estos valles has visto?

Amenazale con el cayado.

FEBO.

Respondate aqueste acebo,
en tu purpura teñido.
Pero no; que no he de hacerte
yo infelíz, porque te hizo
felíz tu amor. Vive, joven,
ufano y desvanecido;

que yo no quiero tomar
mas venganza, que en mí mismo;
pues tú no tienes la culpa,
de querer, á quien te quiso,
y yo sí, de haber amado,
á quien me ha aborrecido. *vase.*

NARCISO.

¡Qué es esto, Bato!

BATO.

¿Qué quieres
que sea, si inadvertido
preguntas por Eco, á quien
á Eco adora?

NARCISO.

¡Que esquivo
veneno en esa palabra
me has dado por el oído,
que ha corrido al corazon,
tan vário, que á un tiempo mismo
me abraso y tiemblo, alternando
hielo ardiente y fuego frio!

BATO.

El que tú á Febo le diste.

NARCISO.

¿Y Febo, dí, Bato amigo,
es de Eco querido?

BATO.

No;

antes siempre aborrecido
vivió.

NARCISO.

La mitad del peso
has quitado á mis sentidos;
que, ahunque arde el hielo, es templado,
y, ahunque hiela el fuego, es tibio.

Sale Eco.

ECO.

Mejor es, que de una vez
se declare el dolor mio.
Narciso, á buscarte vengo.

NARCISO.

Ya el vér, que á buscarme vino,
me quitó la otra mitad;
pues, si no hubiera venido,
á buscarme, fuera yo,
á buscarla. ¿En qué te sirvo?

ECO.

En escucharme. Cantando
lo diré, por si te obligo
mas con mis voces.

BATO.

Yo quiero
dár á Liriope aviso
de aquestos extremos; pues
yo no basto, á resistirlos. *vase.*

ECO *cantando.*

Bellisimo Narciso,
que á estos amenos valles
del monte en que naciste,
las esperanzas trahes:
Mis pesares escucha,
pues deben obligarte,
quando no, por ser mios,
solo por ser pesares.
Amor sabe, con quánta
vergüenza llego á hablarte,
y no dudo ni temo,
que tú tambien lo sabes:
Si atiendes los colores,
que en el rostro me salen,
la purpura y la nieve
variada por instantes;
Porque en cada suspiro,
que en efecto son ayre,
camaleon de amor
se muda mi semblante.
Desde el primero dia,
que al monte fuí, á buscarte,
y te hallé la primera
entre sus soledades:
Mi vida á tu hermosura
rindió sus libertades,

haciendo tu extrañeza
de mi altivéz donayre.
Que, ahunque estaba tan bruto
entonces el diamante
de tu pecho, ya daba
muestra de sus quilates.
Eco soy, la mas rica
pastora de estos valles;
bella decir pudieran
mis infelicidades:
Que de amor en el Templo,
por culto á sus Altares
de felices bellezas
pocas lamparas arden.
Todo aqueste Oceano
de vellones, que hace
con las ondas de lana
crecientes y menguantes:
Desde aquella alta roca,
hasta este verde margen,
esmeraldas paciendo,
y bebiendo cristales:
Todo es mio. No hay
pastores que lo guarden,
que á mi sueldo no vivan
atentos y leales.
Todo á tus pies lo ofrezco;
y no, porque á rogarte

lleguen hoy mis ternezas,
imagines, que nacen
En la constancia mia
de usadas liviandades,
supuesto, bello joven,
que no puede obligarme
Sino es el ser tu esposa,
á que mi amor declare,
porque tengas en mí
siempre firme y constante
Un alma, que te adore,
un pecho, que te ame,
una fé, que te estime,
un nudo, que te enlace,
Atencion, que te sirva,
amor, que te regale,
deseo, que te obligue,
cuidado, que te agrade.
Y si estos rendimientos
no pueden obligarte,
triste, confusa, ciega,
muda, absorta, cobarde,
Infelice, afligida,
me verás entregarme
tanto á mis sentimientos,
que, en voces lamentables
El ayre confundido
de mis voces, se alabe,

de que Eco, enamorada,
se ha couvertido en ayre.

NARCISO.

Hecho habia tu rigor
experiencias en mi pecho,
con que te iba mejor.
Mal, Eco divina, has hecho,
en declararme tu amor.
Pues tan claramente arguyo,
que postrado mi albedrío,
yo ahora, á despecho suyo,
te dixera el amor mio,
si hubieras callado el tuyo.
Al buscarte á tí mi ayrada
pena, la tuya te tray,
con que ya la accion mudada,
vé las distancias, que hay,
de rogar á ser rogada.
Sin reparar en el hado,
mi amor iba á tí rendido.
Ya en su riesgo he reparado,
que veo mas favorecido,
que veía despreciado.
Y asi no me digas, no,
tu amor, ni en tu vida esperes
vér, que su luz me abrasó;
pues con saber, que me quieres,
viviré contento yo.

ECO.

Oye: aguarda: espera: tén
el paso.

NARCISO.

Suelta la mano.

Al tenerle asido, sale Silvio.

SILVIO.

¡Qué es lo que mis ojos vén!

ECO.

Escuchame.

NARCISO.

Será en vano.

ECO.

Narciso: mi amor: mi bien.

NARCISO.

No he de oirte.

SILVIO.

¡Cómo asi
sufro mis ofensas yo!

NARCISO.

Dexame.

ECO.

¡De mí huyes!

NARCISO.

Sí.

SILVIO.

¡Quién mayor desdicha vió!

ECO.

Vengueme el cielo de tí.

SILVIO.

Si tú le pides al cielo,
que de él te vengue ¡ah cruel!
ya con mayor desconsuelo
pedir puede mi desvelo,
que me vengue de tí y de él.
Y supuesto que él aqui
á tí, fiera, te ofendió,
y tú y él juntos á mí,
de él me vengaré, pues no
me puedo vengar de tí.
Advenedizo zagal,
que de este monte eminente
á solo aumentar mi llama,
hijo del viento, desciendes,
ahunque no es tuya la culpa,
de que Eco á amarte llegue,
sino suya, y ahunque tengo
en parte, que agradecerte,
al vér, quán dueño de tí,
tanta ventura desprecies,
tan fuera de la razon
las leyes los zelos tienen,
que mandan, que muera, quien
es querido, y no, quien quiere.
Sin duda, que fue mujer

quien introduxo esas leyes,
pues condenó al instrumento,
y no al que con él ofende.
Y asi, pues ya recibido
está en uso, que se venguen
en los hombres los agravios,
que nos hacen las mujeres,
fuerza es, el vengarme en tí,
ahunque es fuerza, que me pese,
que seas tan tierno joven,
que no haga nada, en vencerte.

ECO.

Silvio, mira::: Muerta estoy.

NARCISO.

¡Ay de mí, infelíz!

ECO.

Advierte:::

Ponese delante.

SILVIO.

Para matarle, me irritas,
quanto mas á él le defiendes.

NARCISO.

Pues no me defiendas mas.
Dexa, que á mis brazos llegue;
que valor hay en mis brazos,
que sabrán, Eco, vencerle.

Luchan los dos y cae Narciso.

SILVIO.

¡Cómo, si á mis plantas ya
estas! Por dichoso muere;
que es delito, ser dichosos,
en los amantes.

Al sacar el puñal para herirle, sale Febo y detienele.

FEBO.

Detente;
no le mates.

SILVIO.

¡Tú lo estorbas!

FEBO.

Sí.

SILVIO.

Será, porque no tienes
noticia de la ocasion,
Febo; que, si la tubieses,
me ayudáras á matarle.

FEBO.

No hiciera; que, por saberse,
antes que por ignorarse,
le guardo; que no merece
morir, por verse querido.

SILVIO.

¡Oh qué infames zelos tienes,
pues mil muertes no deseas
á hombre, que á tu dama quiere!

FEBO.

Antes son mis zelos nobles,
pues desengañar pretenden
hoy al mundo del error,
que en esa parte padece.
Querer lo que quiero yo,
casi lisonja á ser viene,
pues aprueba mi buen gusto.
Ser mas dichoso, en que llegue,
á ser mas querido, es
donativo de la suerte.
¿Pues por qué, al que el cielo hizo
mas venturoso, he de hacerle
yo mas desdichado? Fuera
de que es tan sagrado siempre
para mí (extrañelo el gusto,
yerre yo en esto ó acierte)
quanto es gusto de mi dama,
que tengo de defenderle,
por no hacerla este pesar,
de ofender, lo que ella quiere.

SILVIO.

En amor, Febo, no hay
sofisterías; y advierte,

que en zelos nunca hay nobleza;
lo que se siente, se siente.
Y asi tengo de matarle,
porque ella le favorece,
ahunque tenga que estimarle,
el vér, que él á Eco desprecie.

FEBO.

¡El desprecia á Eco!

SILVIO.

Sí.

FEBO.

Ahora le daré yo muerte;
porque, á lo que quiero yo,
no ha de haber, quien lo desprecie.

SILVIO.

Ahora le defenderé
yo, si advierto, que le tiene
esta obligacion mi amor.

FEBO.

¡Oh qué villano amor tienes;
pues al que Eco quiere, matas,
guardando, al que á Eco no quiere!
Y asi es forzoso, que aqui
de ese desayre la vengue.

SILVIO.

Yo por él he de guardarle.

FEBO.

El que de los dos venciere,

siga despues su opinion.

Luchan Febo y Silvio.

ECO.
¡Quién vió confusion mas fuerte!
Pastores de esta montaña,
venid á favorecerme,
estorbando una desdicha,
que hoy á mis ojos sucede.

Salen Anteo, Sileno, Liriope, Bato, y los demás.

ANTEO.
¡Qué es aquesto! Silvio, Febo,
teneos; que estoy presente.

SILENO.
¡Narciso, tan presto ya
pendencia en el valle tienes!

NARCISO.
Y ahun dos; pues dos enemigos
aqui matarme pretenden.

LIRIOPE.
¡Qué presto empiezan los hados,
á declararnos, que tienes
tu riesgo en una hermosura.

BATO.
Yo, sin que Astrologo fuese,
lo dixera; porque, ¿quién

no tubo su riesgo siempre
en una hermosura, y ahun
en una fealdad mil veces?

SILENO.

¡Qué es esto, Eco hermosa!

ECO.

Ser
desdichada solamente. *vase.*

ANTEO.

¡Qué es esto, Silvio!

SILVIO.

Ser yo
infelíz. Febo os lo cuente. *vase.*

LIRIOPE.

¡Que es esto, Febo!

FEBO.

No sé.
Narciso decirlo puede. *vase.*

SILENO.

¡Narciso, qué es esto!

NARCISO.

Yo
no sé, lo que me sucede. *vase.*

ANTEO.

Bato, pues fuiste á llamarnos,
dinos tú mas claramente,
qué es esto.

BATO.

Ser desdichado.
Ahí os lo dirá esa gente. *vase.*

SILENO.

Sigamoslos; porque no
vuelvan otra vez á verse,
antes que amigos se hagan. *vase.*

ANTEO.

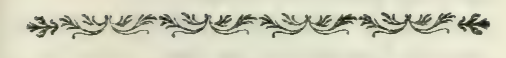
Vamos, ahunque me parece,
que el serlo será imposible,
donde una dama interviene;
que amistades sobre zelos
hanse visto pocas veces. *vase,*

LIRIOPE.

Cielos, pues ya me vais dando
indicios tan evidentes
en la hermosura de Eco
del peligro, que previenen
vuestros astros á Narciso,
dadme valor, con que emiende
los amagos, antes que
las execuciones lleguen.
Valgame lo que he aprendido,
para que el daño remedie,
pues primero que le vea
sucedido, he de ponerle
mil embarazos al paso,
si sé altiva, osada y fuerte

trastornar todos los globos
de esa maquina celeste,
viendola á prodigios mios
desplomada de sus exes.





JORNADA TERCERA.



Salen Febo , Silvio y Anteo.

ANTEO.

Esto habeis de hacer por mí,
pues ocasion no teneis,
de no ser amigos.

FEBO.

Mal
sabes , lo que es querer bien;
pues dices , que no tenemos
ocasion , para no ser
amigos los dos, amando
los dos un mismo desden.

SILVIO.

¡Cómo es posible , que sea
un hombre amigo , de quien
quiere, lo que él quiere , siendo
ira los zelos!

ANTEO.

Ahunque

entiendo poco del duelo
de amor, á mi parecer,
quando igualmente los dos
aborrecidos os veis,
y ninguno es preferido,
podeis ser amigos, pues,
lo que al sentimiento obliga
en qualquier amante, es,
que la esperanza ó favor,
que yo pierdo, gane aquel;
mas sin favor ni esperanza
el uno y otro, es, querer
estirar el duelo, á mas
de lo que manda la ley.

FEBO.

Esa es bastante razon
para no reñir con él;
mas no, para ser su amigo.

SILVIO.

Febo ha respondido bien;
que una cosa es amistad,
y otra es competencia.

ANTEO.

Pues
en aquesa diferencia,
yo me contento, con que
enemigos no seais,
si amigos no quereis ser.

FEBO.

De eso la palabra doy
á mi pesar.

SILVIO.

Yo tambien.
Pero advierte, que se queda
el mayor disgusto en pie;
porque yo la doy, Anteo,
en quanto á Febo; que es
igual conmigo en mis penas:
no en quanto á Narciso; pues,
si Eco le quiere, yo tengo
de vengarme de ella en él.

FEBO.

Yo no, porque ella le adore;
pues dicha y no culpa es:
porque él la desdeñe, sí;
que yo no tengo de vér,
que ninguno trate mal,
á lo que yo quiero bien.

ANTEO.

Antes de hablar á los dos,
con este zagal hablé,
y me ofreció de estorbar
las ocasiones, en que
disgustar á alguno pueda,
en despreciar ni en querer.
Y puesto que en esta parte

estais compuestos los tres,
ved, que queda sobre mí
vuestra competencia; y ved,
que el que la rompa, conmigo
habrá de reñir despues. *vase.*

SILVIO.

¡Quién llegó á mayor desdicha,
que el galan, que llegó á vér
cara á cara un desengaño:::

FEBO.

¡Quién llegó á mas dicha, quién,
que el amante que llegó,
un desengaño á tener:::

SILVIO.

pues, quanto vivió engañado,
vivió contento; porque,
una cosa es, ignorar,
y otra cosa es, padecer!

FEBO.

pues, quanto engañado amó,
fue desdichado; porque
no hay mal, como el que encubierto
mata, sin saberse de él!

SILVIO.

Oh quién engañado amára
toda su vida:::

FEBO.

¡Oh quién

hubiera este desengaño
tenido antes:::

SILVIO.

para que
nunca sintiera el dolor:::

FEBO.

para que siempre el cruel
dolor hubiera sentido:::

SILVIO.

que en un amor:::

FEBO.

una fé:::

SILVIO.

no hay cosa, como ignorar!

FEBO.

no hay cosa, como saber!

Sale Eco.

ECO.

Silvio y Febo están aqui.
¡Quánto siento, que otra vez
su cansada competencia
á escuchar he de volver!

FEBO.

Eco es, la que vén mis ojos.

SILVIO.

Eco, la que miro, es.

FEBO.

Dadme valor, séntimientos,
para dexarla de vér.

SILVIO.

Para no llegar á hablarla,
quexas, esfuerzos haced.

FEBO.

Eco, los Dioses te guarden. *vase.*

SILVIO.

Vida los cielos te dén. *vase.*

ECO.

¡Cómo los dos, sin hablarme,
se ván de esta suerte! ¡Quién
creerá, que sentí, el hallarlos
aqui, quando aqui llegué,
porque temí, que me habláran
en su amor, y que despues
he sentido, que se ausenten
los dos, sin hablarme en él!
¡Pero, qué mucho! ¡Qué mucho,
si en efecto la mujer,
que mas ha olbidado, mas
ha llegado á aborrecer,
ahun de lo que quiere mal,
le suena la quexa bien!
Que es una ceremoniosa
vanidad, verse querer,
que se desestima antes,

y se echa menos despues.

Sale Bato y Narcisa.

BATO.

¿Dónde vás?

NARCISO.

A caza al monte
voy, Bato; que, quiero vér,
si con la ausencia mejor
venzo esta pasion cruel;
porque á Eco en toda mi vida
tengo de escuchar ni vér;
que está en ella mi peligro.

ECO.

El viene aqui. ¡Qué he de hacer!

NARCISO.

Ella está aqui. Huyamos, antes
que llegue á hablarme.

ECO

¡Mas qué,
lo que he de hacer, dudo yo!
¡Aqui á sentir no llegué,
que se fuesen, sin hablarme,
los dos que aborrecí! Pues,
lo que fue veneno en ellos,
será medicina en el.
Esfuerzate, corazon:
vence siquiera una vez.

¿ Narciso?

NARCISO.

¿ Qué quieres, Eco?

ECO *retirandose*.

Que vida el cielo te dé.

NARCISO.

¡ Cómo, sin decirme mas,
te vás!

BATO.

Andando en los pies.

NARCISO.

¿ Luego, ya no siente, Bato,
que desengaños la dé,
pues ella no me dá quexas?

BATO.

Pareceme, que no.

NARCISO.

¡ Quién
habrá llegado á sentir,
lo que llegó á pretender!

BATO.

Quien pretendió, lo que habia
de sentir.

ECO.

¡ Esto es querer!
Sí; mas, por disimular,

y porque juzgue tambien,
que nada siento, cantando,
la desecha quiero hacer.
¡Si espanta su mal quien canta,
cómo yo espanto mi bien! *vase.*

NARCISO.

¡Mas qué importa, que se vaya!

BATO.

Nada, si se mira bien.

NARCISO.

Pues no importa, sino mucho.

Pegale Narciso.

BATO.

Importe, y la mano tén.

ECO *dentro cantando.*

Si en los que bien quieren,
todo es padecer,
y no hay dicha alguna,
en el bien querer,
Fuego de Dios en el querer bien.

NARCISO.

Amen.

BATO.

Amen.
¿Pero de qué te amohinas?

NARCISO.

De que cante.

BATO.

Dices bien;
que es el cantar muy mal hecho,
despreciada una mujer.

NARCISO.

Huyamos, Bato, de aqui;
que, si la escucho otra vez,
tras sí me llevará.

BATO.

Dices
lindamente. Al monte vén.

ECO *dentro cantando.*

Fuego de Dios en el querer bien.

NARCISO.

Amen.

BATO.

Amen.

NARCISO.

Detente; que aquella voz
un clarin del amor es,
que á mi oído mis deseos
ha tocado á recojer.
Dexarme, sin hacer caso
de mí, tan fiera y cruel:
cantar tan alegre y libre,

fuerza es, que lo sienta. Vén
conmigo; que de mis quexas
testigo te quiero hacer.

BATO.

¿Pues dónde hemos de ir?

NARCISO.

Tras ella.

BATO.

¿Qué te obliga ahora?

NARCISO.

No sé.
Pero, estando triste yo,
al vér, que ella alegre esté,
porque canta, la siguiera,
ahunque no cantára bien.
Eco hermosa, espera, escucha.

Al entrarse, sale Liriope y le detiene.

LIRIOPE.

La voz y el paso detén,
Narciso.

NARCISO.

¡Cómo es posible,
quando decir escuché:::

Eco dentro y Narciso fuera repiten.

LOS DOS.

Si en los que bien quieren,
todo es padecer,
y no hay dicha alguna
en el bien querer,
fuego de Dios on el querer bien.
Amen. Amen.

LIRIOPE.

¡Es posible, que sabiendo,
que está en ese azul dosél,
escrito con plumas de oro
y letras de rosiclér
el influxo de tus hados,
que te amenaza cruel,
sus hojas quieras abrir,
y sus capitulos leer!
¿No sabes, que esa Hermosura,
y esa Voz, alguna vez
á declararse empezaron
contra ti, quando á los pies
de dos zelosos amantes,
te llegaste á defender
del un peligro en el otro?
Pues allí el aviso cree,
agradeciendo á los cielos,
que tan de tu parte estén,
que escuches la voz del trueno,

antes que el rayo te dé.

NARCISO.

Yo te confieso, que es justo,
el recelar y el temer.
¿Pero vencerse á sí mismo,
dí, quién ha podido?

LIRIOPE.

Quien,
antevisto el daño, huye.

NARCISO.

Pues si eso basta, yo huiré.
Al monte me voy á caza;
y al valle no he de volver,
hasta que vuelva olbidado
de esta tan dudosa fé,
que un dia todo es amar,
y otro dia aborrecer.
Y asi, ya en otro sentido,
diciendo con ella iré:::

EL Y ECO *dentro.*

Si en los que bien quieren,
todo es padecer, &c. *vase.*

LIRIOPE.

Ahun hasta en eso hoy el cielo
te dá el aviso mas fiel;
pues aborrecer y amar,
destino es tuyo tambien.

Ve con él, Bato.

BATO.

Ya voy.
Mas mala comision es,
la de andarse tras un amo,
que pesar dá, y quiere bien. *vase.*

LIRIOPE.

Cielos, ya está declarada
la suerte. Y pues ya llegué
del peligro de Narciso,
la causa á reconocer,
¿de qué, si no la remedio,
me habrá servido, de qué,
quanto aprendí de Tiresias,
quanto leí y estudié
en aquella soledad?
Aprovechemonos pues
del saber; que, no aplicado,
de nada sirve, el saber.
De Eco en la Voz y Hermosura
sus dos peligros se vén;
pues destruyamos el uno,
para que quede despues
el otro imperfecto. Yo,
entre las cosas que sé
de la gran naturaleza,
sé un veneno, el mas cruel,
que produxo la abundancia

de su infinito poder.
Este entorpece la lengua
de tal manera, que aquel,
á quien se le dá, incapaz
queda del hablar, porque
de las razones no usa,
sin pronunciar ni aprender,
sino solo lo que oye,
y ahun eso la ultima vez.
Este pues tan poderoso
torpe veneno: éste pues,
partes del opio y beleño,
letargo de Eco ha de ser.
Tan eficazmente hiere,
que no será menester,
que le beba; que le pise,
bastará, para correr
brevemente al corazon
por el contacto del pie.
Confeccionado le tengo,
y al paso se le pondré
de aquella senda, que pisa.
Muera de Eco la voz, pues
la voz de Eco es, la que pudo
tanto á Narciso mover;
que, pues conseguir no pude
criarle, sin vér mujer,
de otra suerte he de guardarle.

Y si esto no basta, á hacer
el efecto que deseo,
de la tierra dexaré
los secretos producidos,
y hasta ese claro dosél
de los cielos mis portentos
subirán; desclavaré
de su Epiciclo los astros,
y esa gran caterva fiel
de estrellas y de luceros
perderá su rosiclér;
la faz mancharé á la luna,
turbaréle al sol la tez,
y titubeando del cielo
desde un ex hasta otro ex
la gran República hermosa,
ruina amenazar la haré
sobre el globo de la tierra,
tanto, que temiendo esté,
si se cae ó no se cae
á un vayven y otro vayven. *vase.*

Sale Narciso y Bato.

BATO.

Sigue aquel corzo, que herido
de una flecha, al viento iguala.

NARCISO.

¡Cómo en ave convertido,

volàr hoy con sola una ala
tan igualmente has podido,
oh corzo ; y con tan mortal
herida vuelves la espalda,
quando con presteza igual,
quanto písas esmeralda
lo vás dexando coral!

BATO.

En la espesura se ha entrado,
para morir desangrado
en aquel arroyo.

NARCISO.

Vé
tú : rematale ; porque
yo , rendido y fatigado,
no puedo pasar de aqui.

BATO.

Ni yo ; que ahora creí,
que verdad debe de ser:::

NARCISO.

¿ Dí , qué?

BATO.

que cansa el correr;
porque me ha cansado á mí.

NARCISO.

Entre aquellas ramas bellas
un poco estemos ; pues ellas
impiden el arrebol

del sol, en tanto que al sol
late el can del cielo estrellas.

BATO.

Dices muy bien. Descansemos
aqui un poco; que el lugar
convida; y pues que nos vemos
sin otra cosa en que hablar,
¿de la caza, no hablarémos?
!Hay bobería mayor,
que, con este resistero,
seguir un gamo, señor,
que á la sombra un despensero
le caza mucho mejor,
y mas descansado!

NARCISO.

No;
porque el gusto de matalle
es, lo que aqui se estimó.

BATO.

Que era el gusto, pensé yo,
el cocelle ó empanalle.

NARCISO.

Que es el escucharte, piensa,
de un noble exercicio ofensa.

BATO.

Tú, que no hay, imagina,
selva, como una cocina;
bosque, como una despensa.

NARCISO.

De la caza la porfia
dexa.

BATO.

¿En qué, si esto te pesa,
hablarás?

NARCISO.

De Eco querria.

BATO.

Pues tambien es caza esa,
y ahun caza de montería.

NARCISO.

Que siempre::: ¡Pero qué ruido
es éste!

BATO.

Que el corzo herido,
de espuma y sangre bañado,
por esta parte ha tornado.

NARCISO.

Cobrale tú; que rendido
yo, no puedo.

BATO.

Yo lo haré,
señor, y á cobrarle iré,
como él pagarseme quiera.

Vase Bato y descubrese la fuente.

NARCISO.

Yo á la margen lisonjera
de este arroyo esperaré.
¡ Atreveréme á beber
los cristales de su fuente,
sin recelar ni temer,
que segunda vez intente
mis sentidos suspender
quizá la ninfa, que está
en ella! Pero no hará;
que ofensa no puede ser,
llegar yo en ella á beber,
si ella brindandome está.
¡ Oh qué ignorante nací!
¡ Oh qué necio me crié;
pues nunca de alguno oí,
si ofensa ó lisonja fue
de las ninfas, el que así
se atrevan á su cristal!
Mas, si es deydad lisonjera,
para remediar mi mal,
forzoso es, ser liberal.
¡ Oh tú, que eres la primera
ninfa del agua, á quien yo
sediento á pedir llegué
alivio y consuelo, no

te ofendas ahora , de que
á tí me atreva. ¡ Quién vió
jamás igual hermosura,
de la que aqui á mirar llegó!
¡Pues su ninfa (¡qué ventura!)
flechando está vivo fuego
dentro de la nieve pura!
No sin espanto y recelo
á vér llegan mis temores
en otro mundo de hielo
otros arboles y flores,
otros montes y otro cielo.

Asomase á la fuente.

Como mis voces oyó,
á responderme salió.
Bellisimo asombro , á quien
la vida y el alma , es bien,
que ya sacrifíque yo,
dime , si podré , ay de mí,
en el cristal , que tú estás
guardando , templar aqui
mi sed. Ya dice , que sí,
ahunque por señas no mas.
Bien , que las entienden , fio,
mi discurso y mi albedrío.
Duda en ellas no se halla;
pues , ahunque al hablarla , calla,

se rie , quando me rio.
No ví hermosura jamás
tan divina. Beberé,
pues tu licencia me dás.
¡Quanto al cristal me acerqué,
tanto ella se acercó mas!
Vestida (¡qué admiracion!)
como yo está su belleza.
Dos arboles con razon
se visten de una corteza,
si tienen un corazon.
Beberé pues. ¡Pero, enojos,
por qué en sus claros despojos
hallo contrarios agravios!
¡Cómo , lo que es en los labios
hielo , es incendio en los ojos!
¡Cómo , quando al agua llego,
en mí tal fuego se fragua!
¡Cómo (estoy mudo , estoy ciego)
si al fuego le mata el agua,
aqui el agua enciende al fuego!
Desde el punto , que te ví,
oh beldad , morirme siento.
Solo viene bien aqui
aqueste encarecimiento,
de , quierote como á mí;
puesto que á mí no me quiero
mas que á tí , pues por tí muero.

¡Por qué no hablas ni respondes!
Pero de la voz, que escondes,
segunda ventura infiero;
porque, si mi suerte dura
en voz y hermosura atroz
fin á mi vida procura,
el no tener tú una voz,
es, tener otra hermosura.
¿Quieres darme aquesta mano?
¡Vive amor, que la acercó!
Hoy altos favores gano.
¡Mas, ay de mí, que es en vano,
que tal bien consiga yo;
porque, al ir (¡hay pena igual!)
á asirla, de amores loco,
su luz turbó celestial;
y yo solo el cristal toco,
y no el alma del cristal!

Quedase divertido en la fuente, y sale Eco.

ECO.

De la compañia del valle,
que, mas que divierte, cansa,
á la soledad del monte
huyendo vienen mis ansias.
A llorar vengo á esta fuente,
en cuya apacible estancia
suelen mis melancolías

divertirse; porque el agua,
instrumento es de los tristes,
y ésta en dulce consonancia
con cuerdas de vidrio hiere
trastes de oro y lazos de ambar.
Muchas veces vine aqui,
á divertir mis desgracias;
pero de todas ¡ay cielos!
ninguna con mayor causa;
que, inquietamente confusa
no sé, qué siento en el alma,
que á golpes dentro del pecho
el corazon se me arranca.
¡Pero qué miro! Narciso,
suspenso en ella con tanta
atencion está, que creo,
que es ya de la fuente estatua.
A que le he seguido yo,
no quiero, que se persuada:
y asi me he de recatar
entre aquellas verdes ramas.

NARCISO.

Como tú, hermoso prodigio,
solo me miras y callas,
yo no hago mas, que mirarte
y callar. Pero esto basta;
porque, como yo te vea,
¡qué mas dicha!

ECO.

¡Con quién habla,
que la está diciendo amores!
¡Los desprecios no bastaban,
sino los zelos tambien!
¡Mas zelos á qué amor faltan!
Acercarme quiero mas;
que, puesto que está de espaldas,
no me verá; que no duda
mi necia desconfianza,
que de la otra parte esté
alguna hermosa zagala,
con quien habla.

NARCISO.

¡Qué divina
eres, deydad soberana!
Bella me pareció Eco,
antes que á tí te mirára;
pero despues que te ví,
ahun no es tu sombra.

ECO.

¡Qué aguarda
mi sufrimiento, que ya
á voces no se declara,
viendo, quán á costa mia
guarnece las alabanzas
de otra! Pero á nadie veo;
y, pues mi vista no alcanza

desde aqui, por detrás de él
he de procurar mirarla,
si es, que me dexa valor,
quien lentamente me mata.

Asomase Eco por detras de Narciso á la fuente.

NARCISO.

Bella es Eco; pero tú:::
¡Ay de mí triste! Al nombrarla,
al lado, de la que adoro,
se puso. ¡Dentro del agua
Eco está! ¡Cómo es posible!
¡Mas, ay de mí! Mis desgracias
á sus Palacios habrán
facilitado la entrada
á sus zelos. No la creas,
lo que en mi ofensa te habla
al oído; porque, en todo
quanto te dice, te engaña.

ECO.

No engaña, Narciso.

NARCISO.

¡Cielos,
quién se ha visto en dudas tantas!
¡Cómo, si el cuerpo está alli,
aqui suena la voz! Rara
confusion en este caso
es, la que padece el alma.

¡Cómo estás aqui , si estás
en el cristalino Alcazar
de esta fuente! ¡A un tiempo mismo
dos cuerpos tienes! Turbada
mi vista , al verte en dos partes,
con admiracion se espanta.

Vuelve á mirar á Eco , y dexa la fuente.

ECO.

Escucha.

NARCISO.

Dexame: pero
en vano mi voz te agravia.
Eco hermosa de mis ojos,
si me quieres , si me amas,
si , á buscarme, al monte vienes,
muestra tus finezas altas,
en decirme , cómo entraste
á ese Palacio de plata,
y cómo tan presto de él
saliste, para que vaya
yo , por donde tú saliste,
á vér á la soberana
deydad de esta fuente.

ECO.

Espera,
Narciso: detente : aguarda:
que, con ser tanta mi pena,

ahun es mayor tu ignorancia.
¡A quién vés en esa fuente!
¡Con quién en esa fuente hablas,
si, quanto está dentro de ella,
solo es una sombra falsa,
que á nuestros ojos ofrece
la reflexion en el agua:
porque, como es un cristal,
que nuestros cuerpos retrata,
finge ese objeto á la vista!

NARCISO.

Ya sé, Eco, que me engañas;
porque disuadirme intentas
de mi amor y mi esperanza.
Yo he visto la ninfa hermosa
de esa fuente, á cuya rara
perfeccion dió el monte nieve,
el clavel purpura, y nacar
la rosa, el jazmin candor,
hermoso arrebol el alba,
el sol mismo trenzas de oro,
y el cristal manos de plata.
No es sombra fingida: no;
que ella en su profunda estancia,
entre otras selvas y cielos,
otros montes y otras plantas,
se ha dexado vér de mí.
Llega tú: llega, á mirarla;

que ahun aqui está todavía.

ECO.

Oh si un dolor me dexára
haliento, con que pudiera
desengañar tu ignorancia,
para tomar de una vez
de tu vanidad venganza.
Mas sí dexará; que yo
á despecho de su saña
sabré vencerle. Narciso,
esa deydad, que en el agua
viste::: ¡Qué duda! No sé,
lo que iba á decir. ¡Extraña
pena! Para que prosiga,
acuerdame tú, en qué hablaba.

NARCISO.

En la deydad de esa fuente.

ECO.

Ah sí. Esa sombra, que vana
tu fantasía presume,
que es la ninfa, que la guarda,
es::: ¡Cómo lo diré yo!
Ahun la explicacion me falta.
¡Lo mismo, en que estoy hablando,
dudo con presteza tanta;
y, no tan solo el concepto,
pero tambien las palabras::!
¿Quién eres tú, que aqui estás?

NARCISO.

¿Qué preguntas, si me hablas?
Yo soy Narciso.

ECO.

¡Narciso!

NARCISO.

Sí. ¡Qué te espantas!

ECO.

Espantas.

NARCISO.

¡Pues no he de espantarme yo,
al vér en tí tal mudanza!
¿Qué ibas diciendo?

ECO.

Diciendo.

NARCISO.

Sí; no calles nada.

ECO.

Nada.
Pero miento; que mil cosas
voy á decir; y turbada
la lengua, solo pronuncia,
lo que oye.

NARCISO.

¡Confusion rara!
¿Eco?

ECO.

Eco.

NARCISO.

¡Qué es esto!

ECO.

Esto.

NARCISO.

Dí, qué sientes. Habla.

ECO.

Habla.

NARCISO.

Sin duda, que, como quiso
ofender la soberana
deydad de esa fuente, ella
ha tomado esta venganza,
embargandola la voz.
Ya me dá asombro, el mirarla.
De ella huiré: ella me detiene,
y solo en señas declara
su dolor. El corazon
con su misma mano arranca,
¡Qué es, lo que quieres!

ECO.

¡Qué quieres!

NARCISO.

¡Tú me detienes y llamas!
Dimelo tú á mí,

ECO.

Tú á mí,

NARCISO.

Suelta.

ECO.

Suelta.

NARCISO.

Basta.

ECO.

Basta.

Sale Bato.

BATO.

No he podido volver antes;
porque::: Mas no habré hecho falta,
si tan bien entretenido
estabas, señor.

NARCISO.

No estaba,
sino mal; porque no sé,
qué es, lo que á mi vida pasa.
Habla con Eco; quizás
podrá aqui menos turbada,
que conmigo, hablar contigo:
y estorbala, que no vaya
tras mí; que voy á buscar
por todas esas montañas,
musícos, que á cantar vengan
á la ninfa soberana
de esa fuente, á quien rendí
el sér, la vida y el alma. *vase.*

BATO.

¡Ya tenemos otra historia!

¿Qué ninfa ó qué calabaza,
señora, es aquesta?

ECO.

¿Aquesta?

BATO.

¿Sí?

ECO.

Sí.

BATO.

Linda flema gastas.
No le sigas.

ECO.

No le sigas.

Quiere ir Eco tras Narciso, y Bato la detiene.

BATO.

No le sigas tú y tu alma;
que yo harto quedo me estoy.
Un instante aguarda.

ECO.

Aguarda.

BATO.

¿Qué es, dí, señora?

ECO.

Señora.

BATO.

¡Señora, yo! Está borracha. *ap.*
Dí, lo que sientes.

ECO.

Qué sientes.

BATO.

Yo no siento nada.

ECO.

Nada.

BATO.

¿Lo que oyes, dices? ¿De quando
acá tú eres papagaya?
Notables extremos hace.
Llena de mortales ansias
se hiere el pecho. El temor
de ella ya me aparta.

ECO.

Aparta.

Por de dentro, hácia mí misma,
sin articular palabra,
hablar puedo; pues conozco,
que, pronunciar bien, le falta
al organo de mi voz,
ahunque, no sé, por qué causa.
En mi vida me verán
humanas gentes la cara.
Huyendo de los poblados
á las asperas montañas
iré, y escondida en ellas,
las mas concavas estancias
viviré triste y confusa,

repitiendo, á quantos pasan,
ultimos acentos solo.
Asperos montes de Arcadia,
de Arcadia apacibles selvas,
nobles pastores, zagalas
hermosas, blancos rebaños,
verdes troncos, fuentes claras,
Eco, vuestra compañera,
ya de entre vosotros falta.
No la busqueis; porque oculta
en las asperas entrañas
de los montes vá á vivir,
de Narciso enamorada.
Mas, si quereis saber de ella,
desde los valles habladla;
que, de responder á todos,
desde aqui doy la palabra,
llorando, con los que lloran,
cantando con los que cantan. *vase.*

BATO.

¡Señores, qué ha sido esto,
que á Eco ha dado, que no habla,
sino solo lo que oye!
Oh quién supiera la causa,
para venderla: porque,
¡quántos hombres me pagáran
á peso de oro y mas oro,
que sus mujeres y damas,

por mucho que ellos hablasen,
ni ahun una sola palabra
hablasen en todo el dia:
y, quántas mujeres, quántas,
tambien pagáran la cura,
porque los hombres no habláran,
mas de lo que ellas quisieran!

Sale Sirene.

SIRENE.
Aqui, dixeron, que estaba
Eco, y á buscarla vengo.

BATO.
Oh, si hubiera la desgracia
hoy tenido tan buen gusto,
que hubiera quitado el habla
tambien á Sirene. ¿Qué hay,
Sirene?

SIRENE.
¡Oh quánto me cansa
este necio! Hablar no quiero,
porque me dexe y se vaya.

BATO.
¿Pues, no me respondes? ¿No?
¡Y por señas! ¡Qué, no hablas!
¡Linda cosa! Albricias, hombres;
todas las mujeres callan
desde hoy: peste general

ha venido por sus hablas.

SIRENE.

Malos años para vos;
que por tardes y mañanas,
quanto me venga al calletre,
he de hablar.

BATO.

Ya me espantaba
yo, de que era tan dichoso.

Sale Febo.

FEBO.

¡Dónde me llevan mis ansias
tras un divino imposible
sin dicha y sin esperanza!
¿Bato?

BATO.

¿Qué hay, Febo?

FEBO.

Por dicha,
¿entre aquellas intrincadas
espesuras, que texió
rusticamente la vária
naturaleza, que á veces
es sin el arte mas sábia,
viste á la divina Eco?

BATO.

No ví, sino á la Eco humana,

porque, si fuera divina,
no padeciera desgracias.

FEBO.

¡Qué desgracia!

BATO.

La mas grande,
que pudo, Febo, á zagala
alguna suceder.

FEBO.

¡Cómo!
¿Fue alguna fiera tirana
sangriento horror de su vida?

BATO.

Mayor.

FEBO.

¿De esas peñas altas
se ha despeñado?

BATO.

Mayor.

FEBO.

¿Fue monumento de plata
suyo el raudal de ese rio?

BATO.

Mayor.

FEBO.

¡Mayor que anegada,
que despeñada y herida!

BATO.

Sí.

FEBO.

¿Qué fué?

BATO.

Faltóle el habla;
que en mujer es mas que todo.

BATO.

Una y mil veces mal hayas,
pues ahora me hablas de burlas.

BATO.

Muy de veras ahora hablaba;
porque, sin poder decir
mas, que sola una palabra,
aqui la ví.

FEBO.

Sus tristezas
de eso habrán sido la causa.

BATO.

Pero no te aflijas mucho.
Tambien Sirene callaba
ahora, y habló al instante
mas, que quatro mil urracas.
Y lo mismo será de Eco;
porque, si el hablar es falta
en las hembras, no se pierde
tan presto una mala maña.

FEBO.

Sin darte credito, voy,
por este monte á buscarla.

Dentro musica á lo lexos.

¡ Pero qué es esto!

SIRENE.

Notable
ruido de musicas várias
hácia aqui viene.

FEBO.

No quiero
tenerme, á saber la causa;
porque, quando lloro yo,
me afligen mas, los que cantan. *vase.*

SIRENE.

¿A qué proposito hoy
habrá, Bato, fiesta tanta?

BATO.

En albricias, de que calle
una mujer. ¡Qué mas causa!

Sale Narciso y los musicos.

NARCISO.

Aqui, amigos, ha de ser
la musica; que ésta clara
fuente es la esfera de un sol,
que á su luz de hielo abrasa.

No llegueis, hasta que yo
llegue á la fuente, á llamarla;
porque, hasta que ella esté alli,
no es bien, que musica haya.

BATO.

¡Narciso, qué es esto!

NARCISO.

¿Ya,
quando con Eco quedabas,
de paso no te lo dixe?

BATO.

Pues dimelo ahora de estancia.

NARCISO.

A la ninfa de esta fuente
mi pecho rendido ama.
Llegando á beber, la ví.
Dióme licencia, de amarla,
por señas; porque la voz
no suena dentro del agua.
Una musica la traygo,
Bato, para festejarla;
y voy á vér, si está aqui.

BATO.

¡Quánto, de verla, me holgára!
porque, ahunque he oído decir,
que ninfas y duendes haya,
ni ninfa ni duende he visto.

NARCISO.

Tente; que podrá enojarla,
el que tú llegues, á verla,
y ahun podrá ser, que no salga.
Dexame llegar á mí;
y, si á mi voz, que la llama,
saliere, llegarás tú
secretamente, á miralla.
Deydad cristalina, á quien
mi corazon idolatra,
sal á mis voces.

BATO.

¿Salió?

NARCISO.

Sí. No sabré decir, quánta
es mi alegría, de vér,
que tan presto á mi voz salgas.
Una musica te traygo;
y, á saber, lo que te agrada,
te traxera, quantos dones
producen estas campañas.
¿No agradeces el deseo?
Dí, que sí. Esa seña basta.

BATO.

¿Podré llegar yá?

NARCISO.

Entretanto,
que, á decir, que canten, vaya

á los musicos, podrás
verla, Bato. Mas, repara,
que llegues tan quedo, que
no te sienta. Soberana
belleza, á decir que lleguen
los musicos, voy: aguarda.
Llega, que ahí queda. *á Bato, y vase.*

BATO.

Ya llego
con harto miedo, y con harta
vergüenza; que es la primera
vez, que á fuente llego; tanta
ha sido la antipatilla,
que he tenido con el agua,
y fé que hé guardado al vino.

Mirase en la fuente.

¡Qué malditisima cara
de ninfa! La mia no puede
ser peor, ni ahun ser tan mala.

Sale Narciso.

NARCISO *al paño.*

Llegad. Desde aqui decid
de mi bien las alabanzas.
¿Hasla visto?

BATO.

Ya la he visto.

NARCISO.

¿No es su belleza extremada?

BATO.

Mucho, señor, si tubiera:::

NARCISO.

Prosigue. ¿Qué?

BATO.

hecha la barba;
porque tiene mas, que yo
debo de tener.

NARCISO.

¡Qué extraña
es tu simpleza! Cantad. *al paño.*
Oye, mi bien, lo que cantan. *á la fuente.*

Cantan, y desde adentro responde Eco.

MUSICA.

Las glorias de amor:::

ECO.

Amor.

MUSICA.

Tienen en los zelos:::

ECO.

Zelos.

MUSICA.

Libradas las penas:::

ECO.

Penas.

MUSICA.

Que en el alma siento.

ECO.

Siento.

MUSICA.

¡Ay, que me muero de zelos y amores!
¡Ay, que me muero!

ECO.

¡Ay, que me muero!

NARCISO.

Oíd. ¡Que segunda voz,
repetida de los vientos,
duplica vuestos acentos,
rompiendo el ayre velóz!

BATO.

No sé; que, admirado yo,
con harto miedo le oía.

NARCISO.

¿Cómo la letra decia,
que vuestro tono cantó?

MUSICA.

Las glorias de amor:::

ECO.

Amor.

MUSICA.

Tienen en los zelos:::

ECO.

Zelos.

MUSICA.

Libradas las penas:::

ECO.

Penas.

MUSICA.

Que en el alma siento.

ECO.

Siento.

MUSICA.

¡Ay, que me muero de zelos y amores!
¡Ay, que me muero!

ECO.

¡Ay, que me muero!

NARCISO.

De suerte, que repetidos
de esos versos los finales,
alguien lamenta sus males,
diciendo en otros sentidos:
Amor, zelos, penas siento,
ay, que me muero.

BATO.

¡Quién será!

SIRENE.

Alguna deydad;
porque, quien deydad no fuera,
no hablára, sin que se viera.

NARCISO.

Pues segunda vez cantad.
Veamos.

Sale Liriope.

LIRIOPE.

No canteis mas.
¿A quién, dí, Narciso, en ésta
siempre apacible floresta
aquesta musica dás?

NARCISO.

A la mayor hermosura,
que jamás el cielo vió,
en quien de los hados yo
tengo mi vida segura.
Porque, si mi fin atróz
en Voz y Hermosura están,
aqui los cielos me dán
la Hermosura sin la Voz.

LIRIOPE.

Sin duda, que amar procurà
á Eco; pues Eco infelice *ap.*
ya solo, lo que oye, dice,
y está sin voz su hermosura.

NARCISO.

La deydad de aquesta fuente
es, madre, la que yo adoro.
Dentro de ella está: y no ignoro,
que agradezcas noblemente
tan alto empleo.

LIRIOPE.

¿ Pues quándo
la deydad viste ?

NARCISO.

Al beber
su cristal , la pude vér
dentro del agua , abrasando;
y tanto me favorece,
conociendo el amor mio,
que se rie , si me rio;
y , si lloro , se entristece.

LIRIOPE.

Tu ignorancia te ha tenido,
por las señas , que me has dado,
de tí mismo enamorado.

NARCISO.

¡ Cómo eso puede haber sido!

LIRIOPE.

Llega al cristal, lo verás;
para que , desengañado,
te burles de tu cuidado,
y no te diviertas mas.

Llega á la fuente Narciso.

NARCISO.

Llega tú ; que ella está aqui.

LIRIOPE.

¿ Estoy en el agua yo,

ahora, Narciso?

NARCISO.

No.

Llega Liriope.

LIRIOPE.

¿Y ahora estoy en ella?

NARCISO.

Sí;

y equívoco mi deseo
extraños discursos fragua,
quando en la tierra y el agua
á un mismo tiempo te veo.

LIRIOPE.

Pues de esa misma manera,
que á mí me miras, te vés.
La que juzgas deydad, es
sombra tuya. Considera,
si ha sido tu amor locura,
pues á sí mismo se amó.

NARCISO.

Valgame el cielo! ¡Qué, yo
tengo tan rara hermosura!
¡Y qué, no puedo, ay de mí,
siendo, quien puede tenerla,
aspirar, á merecerla!
¡Cielo, es aquesto asi!

ECO *dentro.*

Sí.

NARCISO.

¡Quién á mi voz respondió!

LIRIOPE.

Eco, á quien el monte esconde,
que, á quanto escucha, responde.

NARCISO.

¡Y á sí no perdonó!

ECO *dentro.*

No.

NARCISO.

Pues, Eco, oye, ahunque tú mueras:::

ECO *dentro.*

Mueras.

NARCISO.

zelosa, yo enamorado:::

ECO *dentro.*

Enamorado.

NARCISO.

no me he de acordar de tí.

ECO *dentro.*

De tí.

NARCISO.

¡Mas, ay cielos, que, si aqui
junto las voces, que oí,
ó madre, y las consideras,
en tres voces dixo: mueras

NARCISO.

enamorado de tí.
Y temo, que la oyga el cielo:::

ECO *dentro.*

El cielo.

NARCISO.

Pues es fuerza, que me dé:::

ECO *dentro.*

Me dé.

NARCISO.

De mí mismo á mi venganza.

ECO *dentro.*

Venganza.

NARCISO.

Y mas ahora, que alcanza,
á vér mi desconfianza,
que, lo ultimo repitiendo
de mi acento, está diciendo:
el cielo me dé venganza.
Esta imposible hermosura:::

ECO *dentro.*

Hermosura,

NARCISO.

y aquella hermosura y voz:::

ECO *dentro.*

Y voz.

NARCISO.

á un mismo tiempo me han muerto.

ECO *dentro.*

Me han muerto.

NARCISO.

Pues tan claramente advierto,
que Oraculo del desierto,
quando á mis penas compite,
Eco conmigo repite:
Hermosura y Voz me han muerto.
¡ Ay de mí infelíz , que muero:::

ECO *dentro.*

Muero.

NARCISO.

y mi misma sombra amando:::

ECO *dentro.*

Amando.

NARCISO.

una voz aborreciendo:::

ECO *dentro.*

Aborreciendo.

NARCISO.

Con que se está averiguando,
que el hado vá executando
sus amenazas. Huir quiero
de mí mismo ; pues yo muero
aborreciendo y amando. *vase.*

LIRIOPE.

Oye , Narciso ; detente.

BATO.

Al monte se ha entrado huyendo.

LIRIOPE.

¡Oh qué en vano los mortales
quieren entender al cielo!
Todos los medios, que puse,
para estorbar los empeños
hoy de su destino, ha sido,
facilitarlos mas presto.
Pues la voz de Eco le aflige,
y por venir de ella huyendo,
muerte le dá su hermosura;
con que ya cumplido veo,
que Hermosura y Voz le matan,
amando y aborreciendo.

Salen Febo y Silvia.

FEBO.

Asombro de aquestos valles:::

SILVIO.

De aquestos montes portento:::

FEBO.

que, habiendo fiera venido:::

SILVIO.

á tu principio te has vuelto:::

FEBO.

¡qué hechizo á Eco la has dado:::

SILVIO.

qué tósigo, qué veneno:::

FEBO.

que, huyendo las gentes, muere:::

SILVIO.

loca por esos desiertos!

LIRIOPE.

¡Qué tósigo, ni qué hechizo,
ni qué veneno mas fiero,
que su proprio amor! El es,
zagales, el que la ha muerto.

FEBO.

Mientes; que tus Magias ciencias:::

SILVIO.

con sus nocivos halientos:::

LOS DOS.

juicio y vida la han quitado.

LIRIOPE.

Si ellas bastáran á eso,
bastáran, á que á Narciso
no le pasára lo mesmo.
Y, pues él muere á otro amor
no menos extraño, es cierto,
que no ha sido efecto mio.

FEBO.

Sí ha sido, pues ese efecto
es venganza de los Dioses,
que en él tus atrevimientos

han castigado.

SILVIO.

Y yo en tí
á ella he de vengar y á ellos.

FEBO.

Primero de mis rigores
será despojo.

Al acometerla los dos, sale Anteo, y los detiene.

ANTEO.

Teneos;
que corre á cuenta esta vida,
del que aqui la traxo.

FEBO.

Anteo,
no la defiendas; pues vés
las razones, que tenemos.

SILVIO.

Y, porque mejor lo digas,
vuelve á vér furiosa á Eco,
como, buscando las grutas,
vá de los montes huyendo.

LIRIOPE.

Vuelve tambien, para vér
la poca culpa que tengo,
no menos loco á Narciso.

Sale Eco furiosa.

ECO.

¡Dónde ocultarme pretendo,
de mí misma aborrecida,
si á mí conmigo me llevo!

Sale Narciso.

NARCISO.

De mí mismo enamorado,
á verme en la fuente vuelvo.

ANTEO.

Si fueran suyos, no fueran
iguales los sentimientos.

FEBO.

Ya que defiendes su vida,
verás, que yo otra defiendo;
pues lo noble de mi amor,
á la salud acudiendo
de Eco, intentaré curarla.

SILVIO.

Lo altivo, sañudo y fiero
del mio, mas que á su cura,
á su venganza resuelto,
la muerte dará, á quien fue
la muerte de sus despechos.

LIRIOPE.

¡Para quándo son, fortuna,

de mi Magia los efectos!
Perturbe de sus acciones
el encanto los intentos.

FEBO *asiendo á Eco.*

Bella Eco:::

SILVIO.

Infelíz joven:::

FEBO.

darte la vida, pretendo.

SILVIO.

y darte la muerte yo.

ECO.

¿Para qué, si la aborrezco?

NARCISO.

Tarde llegas, puesto que
ya mis desdichas me han muerto.

ECO.

Y, para que no lo logres,
desesperada, á ese centro
me he de arrojar.

NARCISO.

Y porque
nunca sea tu trofeo,
me despeñaré á esas ondas.

FEBO.

Vén conmigo.

ECO.

Es vano intento.

SILVIO.

Muere á mi acero.

NARCISO.

Es en vano.

LIRIOPE.

¡ Qué aguardan los elementos !

ECO.

Que yo de mí aborrecida,
de mí en mí vengarme intento.

NARCISO.

Que yo , de mí enamorado,
moriré de mi amor mesmo.

FEBO.

Detendréte yo.

SILVIO.

Daréte
yo la muerte.

Teniendo Febo asida á Eco, y Silvio á Narciso, Eco huye, y cae como muerto Narciso en el tablado. Obscurecese el theatro, y aparecen unas matas, que imiten las del Narciso, y cubran el cuerpo del zagal.

TODOS.

¡Mas qué es esto!

ANTEO.

Que el sol, empañando el dia

en pardas sombras se ha vuelto.

SILVIO.

¡Qué asombro! *terremoto y truenos.*

FEBO.

¡Qué marabilla!

LIRIOPE.

¡Qué prodigio!

ANTEO.

¡Qué portento!

TODOS.

¡Qué ha sido esto!

FEBO.

Que Eco en ayre
entre mis brazos se ha vuelto.

SILVIO.

Y Narciso en sus cristales,
antes que á mi saña, ha muerto.

TODOS.

En cuyas obsequias hacen
cielo y tierra sentimiento.

Aclarase el theatro, y descubrese la flor.

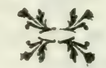
LIRIOPE.

Cumplió el hado su amenaza,
valiendose de los medios,
que, para estorbarlo, puse;
pues ruina de entrambos fueron
una Voz y una Hermosura,

ayre y flor entrambos siendo.

BATO.

Y habrá bobos, que lo crean.
Mas, sea cierto ó no sea cierto,
tal qual la fabula es
ésta de Narciso y Eco.
Perdonad las muchas faltas,
del que, á vuestras plantas puesto,
siempre acuerda la disculpa,
de que yerra, obedeciendo.



COMEDIAS CONTENIDAS en esta Coleccion.

PARTE PRIMERA.

TOMO PRIMERO.

TOMO II.

TOMO III.

TOMO IV.

PARTE SEGUNDA.

TOMO PRIMERO.

TOMO II.

TOMO III.

TOMO IV.

TOMO V.

TOMO VI.

TOMO VII.

TOMO VIII.

PARTE TERCERA.

TOMO PRIMERO.

TOMO II.

NOTA.

Si se hubieran de recojer en este Theatro todas las Comedias que tenemos dignas de entrar en él, no bastarian muchos centenares de Tomos; por esto, y como el fin del Colector es, dar una muestra solamente de nuestras representaciones comunes, se han omitido las Tragedias que se habian ofrecido; por considerarlas menos frequentes en nuestro Theatro, y porque hasta ahora no son mas que una pequeña parte de él.

